La sociohistoria es una corriente de investigación que se ha desarrollado durante los últimos quince años y que combina los principios fundadores de la historia y de la sociología. Esta monografía rastrea la génesis de las relaciones, largamente tumultuosas, entre estas dos disciplinas, evoca la dimensión histórica de la obra de los grandes sociólogos –desde Émile Durkheim a Pierre Bourdieu, pasando por Max Weber y Norbert Elias– y destaca la contribución hecha por los historiadores al conocimiento del mundo social, siguiendo la estela de la Escuela de los *Annales.*

Seguidamente, el autor analiza la actividad propia de la sociohistoria, poniendo el acento en dos aspectos esenciales: el estudio del *pasado en el presente* y el análisis de las *relaciones a distancia,* que vinculan entre sí a un número cada vez mayor de individuos. Ocupan el centro de la reflexión los grandes problemas actuales, tales como la globalización del capitalismo, la burocratización de los Estados o la influencia que ejercen los medios de comunicación. Asimismo, un número importante de ejemplos relativos a cuestiones económicas, sociales, políticas y culturales permiten abordar los aspectos metodológicos de manera concreta.

Clara y sintética, la presente obra constituye una lectura fundamental tanto para estudiosos como para estudiantes de las ciencias sociales y las humanidades.





ISBN 978-84-323-1468-1
9 788432 314681
www.sigloxxieditores.com



Gérard Noiriel Introducción a la sociohistoria

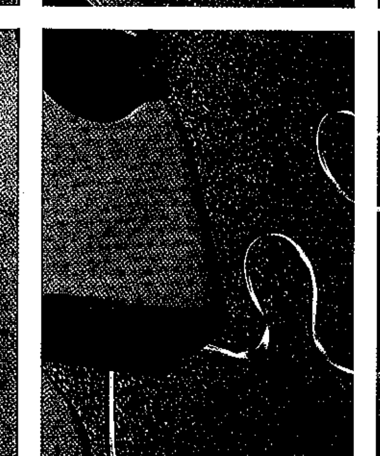
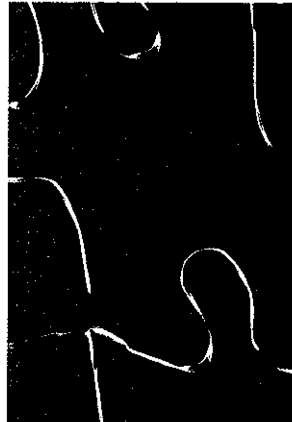


Gérard Noiriel

Introducción a la sociohistoria





GÉRARD NOIRIEL

INTRODUCCIÓN A LA SOCIOHISTORIA





Diseño de interior y cubierta: RAG
Motivo de portada: Golden Key (© mipan). Fotolia

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1468-1
Depósito legal: M-17057-2011

Impreso en: Cofás S. A.
Móstoles (Madrid)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 7
Crítica de la reificación de las relaciones sociales 7
Reflexión sobre las relaciones de poder 9
Una indagación dirigida al estudio de problemas empíricos precisos 11
Precisiones sobre el vocabulario de la sociohistoria 12

I. EL ENCUENTRO DE LA HISTORIA Y LA SOCIOLOGÍA 15
Comprender cómo sucedieron realmente las cosas.. 15
En busca del vínculo social 19
Las avanzadas de entreguerras 34

II. DE LAS ESTRUCTURAS A LOS ACTORES 49
Las ciencias sociales: entre creencia y desencanto.... 49
La sociología de Pierre Bourdieu: una pasarela hacia la sociohistoria 55
Cuando la antropología y la economía se encuentran con la historia 61
El retorno del actor 64

III. LAS CUESTIONES ECONÓMICAS Y SOCIALES 69
La historia económica y social y sus herencias 70
Cómo aborda la sociohistoria las cuestiones económicas y sociales 72
Estudios de casos 78

IV. LA POLÍTICA 91
Retorno a la historia política 91
¿Qué propone la sociohistoria de lo político? 94
Estudios de casos 102

V. Los problemas culturales 113
Sobre algunos enfoques históricos de las cuestiones culturales 113
Reflexiones a favor de una sociohistoria de la cultura 114
Estudios de casos 123

Conclusión. Compromiso y distanciamiento 133
Objetividad y autonomía de la ciencia 133
Reflexiones sobre el compromiso 139

Referencias bibliográficas 145

INTRODUCCIÓN

Aparecido hace unos quince años, el término «sociohistoria» hasta ahora se empleaba fundamentalmente como un rótulo para designar aquellos trabajos que se sitúan en la intersección de la historia y la sociología [Buton y Mariot, 2006]*. En este libro, quise ir más allá de esta lógica de rotulación con el propósito de circunscribir la esfera de investigaciones propia de la sociohistoria. Si queremos caracterizarla, no nos basta con invocar el padrinazgo de la historia y de la sociología. También la historia social, la sociología histórica y la microhistoria reivindican para sí esa doble herencia. La particularidad de la sociohistoria consiste en que esta disciplina combina los *principios fundadores* de las otras dos, tales como quedaron fijados a comienzos de los siglos XIX y XX respectivamente. Recordar aquellos principios nos permitirá comprender más claramente cuál es la misión que se ha fijado el sociohistoriador.

Crítica de la reificación de las relaciones sociales

La historia y la sociología llegaron a ser disciplinas científicas rechazando, cada una a su manera, la «reificación» del mundo social. Desde comienzos del siglo XIX, la historia alcanzó el rango de esfera autónoma del conocimiento al mostrar que las «cosas» que nos rodean

* Las referencias entre corchetes remiten a la bibliografía que aparece al final del libro.

(los edificios, las instituciones, los objetos, los archivos, etcétera) eran las huellas inertes de las actividades humanas del pasado. El método histórico, cuyas grandes líneas datan de esa época, se basa en el examen crítico de tales huellas. El objeto de este método es encontrar a los individuos de carne y hueso ocultos detrás del mundo inanimado de los objetos que dejaron. La sociohistoria retoma por su cuenta este objetivo y por ello se interesa particularmente en la *génesis* de los fenómenos que estudia. El sociohistoriador quiere revelar la historicidad del mundo en que vivimos para llegar a comprender más cabalmente el peso que tiene el pasado en el presente. Precisemos que esta regla de método también se aplica a periodos más antiguos. En efecto, en todas las sociedades humanas el pasado condiciona el presente. Aun cuando hasta el momento la sociohistoria ha sido practicada principalmente por especialistas en historia contemporánea, su campo de estudios no está sujeto a ningún límite de orden cronológico.

La sociología nació a fines del siglo XIX proponiendo la crítica de otra forma de reificación, inscrita, en este caso, en el lenguaje, y que consiste en abordar las entidades colectivas (la empresa, el Estado, la Iglesia, etcétera) como si se tratara de personas reales. El objeto de la sociología es deconstruir estas entidades con el fin de hallar a los individuos e indagar las relaciones que mantienen entre sí (lo que se llama el «vínculo social»). La sociohistoria persigue el mismo objetivo pero pone el acento en el estudio de las *relaciones a distancia.* Gracias al invento de la escritura y de la moneda, gracias a los progresos técnicos, los hombres pudieron establecer entre sí vínculos que sobrepasan ampliamente la esfera de los intercambios directos fundados en el interconocimiento. Hoy existen «hilos invisibles» que vinculan a millones de personas que no se conocen. El objeto de la sociohistoria es estudiar estas formas de interdependencia y mostrar cómo afectan las relaciones cara a cara de los individuos.

Reflexión sobre las relaciones de poder

La sociología se desarrolló partiendo de otro principio –que la sociohistoria también retoma y hace suyo– referente al carácter conflictivo de las relaciones que se establecen entre los individuos. La importancia que se le otorga al vínculo social surge de comprobar que la vida en sociedad no es algo que se dé naturalmente. La historia de la humanidad muestra que las luchas competitivas y las rivalidades por adquirir riquezas, poder u honores siempre fueron una dimensión central de las relaciones sociales. La sociohistoria procura comprender en qué medida el desarrollo de los medios de acción a distancia transformó esas relaciones de poder. La reflexión sobre esta cuestión puede desplegarse en varias direcciones muy diferentes.

La primera corresponde al problema de la *dominación social.* La comunicación escrita desempeñó una parte decisiva en la constitución de las técnicas burocráticas, gracias a las cuales los dirigentes de los Estados pueden exigir obediencia a las poblaciones que viven en el interior de su territorio. Asimismo, el uso de la moneda (principalmente la acumulación del capital) permitió que los directores de empresas impusieran su ley a millones de individuos obligados a ponerse a su servicio para poder sobrevivir.

La segunda dirección que toma la reflexión sociohistórica acerca de las relaciones de poder hace hincapié, por el contrario, en la *solidaridad social.* Los medios de acción a distancia también fueron poderosos instrumentos de acción colectiva gracias a los cuales los más desheredados pudieron agruparse para defender sus intereses o sus ideales.

La sociohistoria se interesa además en una tercera dimensión de las relaciones de poder, una dimensión que es de orden simbólico y que concierne más particularmente al lenguaje. El estudio de las actividades culturales es el que arroja más luz sobre esta dimensión, pero como todas las relaciones sociales requieren la intermediación del lenguaje, se trata de una cuestión que el sociohistoriador puede encontrar en ámbitos extremadamente diversos. Quienes dominan los medios de comunicación a distancia ejercen un poder de carácter simbólico por cuanto se dirigen a un *público,* es decir, a una gran cantidad de personas dispersas que no se conocen entre sí, pero que reciben los mismos mensajes. Todo discurso público permite así trazar una línea de demarcación entre realidades que se hacen visibles a los ojos de todos por el mero hecho de que se las enuncia y realidades que permanecen invisibles porque no salen de la esfera del lenguaje «privado». Los individuos que poseen el privilegio de definir las identidades, los problemas y las normas del mundo social imponen así las cuestiones que deben tomar en consideración todos los actores de la sociedad. Es por ello que, entre las preocupaciones de la sociohistoria, las cuestiones de denominación, de designación y de categorización tienen un lugar central.

Hay otro factor que contribuye a explicar la fuerza simbólica del lenguaje. El ejemplo de la literatura muestra que la escritura puede constituir un poderoso medio de acción a distancia cuando logra afectar las emociones de los lectores, como ocurre en el caso de la novela. La inclinación de los lectores a identificarse con las historias que les son contadas es una manera de salvar, simbólicamente, la distancia que separa al que escribe de quienes lo leen. Esta lógica reaparece con formas muy variadas en muchos otros ámbitos. Con gran frecuencia, los individuos interiorizan las etiquetas y los símbolos que designan las categorías o los grupos que integran y se identifican con quienes hablan en su nombre. El lenguaje puede llegar a ser, por el contrario, un factor de estigmatización o de vergüenza de sí mismos para algunos individuos cuando se los designa públicamente de manera negativa o peyorativa. Esta es otra madeja de problemas que la sociohistoria intenta desentrañar.

Una indagación dirigida al estudio de problemas empíricos precisos

El último principio fundador sobre el que se asienta la sociohistoria es de naturaleza epistemológica. A diferencia de la sociología, que desde el comienzo se fijó como objeto supremo elaborar una teoría del mundo social, la sociohistoria se define, antes bien, como una suerte de «método histórico» o, mejor aún, como una «caja de herramientas». Es por ello que, hasta el momento, los sociohistoriadores no han sentido la necesidad de definir rigurosamente su dominio. Dedicada principalmente al análisis de problemas empíricos precisos, la disciplina está impulsada por la inquietud de llegar a comprender más acabadamente el mundo en que vivimos. La elección de los instrumentos que habrá de utilizar y la manera de aplicarlos dependen siempre de las cuestiones precisas que tiene por objeto dilucidar el estudio.

En la actualidad, los caminos abiertos por la sociohistoria han avanzado de manera muy desigual. Los ejemplos que decidí examinar en este libro no tienen el propósito de presentar un estado de situación exhaustivo de la investigación que se desarrolla en esta esfera. Los elegí sobre todo para mostrar cómo puede realizarse concretamente la indagación sociohistórica.

Precisiones sobre el vocabulario de la sociohistoria

La sociohistoria da prioridad a los conceptos que designan relaciones entre los individuos. El término «configuración» puede emplearse para nombrar el tipo de actividad que reúne a actores que participan de una misma competición. Por ejemplo, un partido de fútbol puede entenderse como una forma muy simple de configuración, pues cada competencia opone a los miembros de dos equipos que persiguen el mismo objetivo. El término «agrupación» se utiliza para designar un conjunto de personas que tienen intereses comunes pero que, en su mayor parte, no se conocen. Cada agrupación tiene su reglamento y sus representantes. Todos sus miembros son interdependientes, aunque algunos ocupen posiciones dominantes mientras los otros ocupan posiciones dominadas. Según la configuración estudiada, se distinguirán las agrupaciones económicas (la empresa), las políticas (el Estado o el partido) y las culturales (el público). El término «comunidad» quedará reservado para nombrar a conjuntos de individuos vinculados entre sí por relaciones de interconocimiento (como una familia, un poblado pequeño, un barrio, etcétera).

Destaquemos que la sociohistoria no utiliza en modo alguno la expresión «grupo social». Esta pertenece al vocabulario de los historiadores que definen las entidades colectivas partiendo de criterios «objetivos» (como el oficio, los ingresos, etcétera). Para designar los conjuntos de individuos que resultan de la creciente intervención del Estado en la vida económica, el sociohistoriador empleará las expresiones «grupos socioprofesionales» (empleados, personal jerárquico, obreros, etcétera) o «categorías socioprofesionales»

(desempleados, retirados, etcétera). Cuando estas agrupaciones no son el resultado de una movilización de los actores directamente implicados, sino que han sido impuestas por el poder burocrático, se habla de «categorías socioadministrativas» (por ejemplo, los «inmigrantes»).

I. EL ENCUENTRO DE LA HISTORIA Y LA SOCIOLOGÍA

Para llegar a familiarizarse con la actividad propia de la sociohistoria, primero es necesario adquirir un buen conocimiento de la historia y de la sociología. En este capítulo, me remontaré a la génesis de estas dos disciplinas y pondré el acento en los elementos que en cada caso ha retomado el sociohistoriador para forjar sus propias herramientas.

Comprender cómo sucedieron realmente las cosas

En la cuna de la historia

La historia, entendida como disciplina científica, nació a comienzos del siglo XIX, tres cuartos de siglo antes que la sociología. Leopold von Ranke, el padre de la historiografía moderna y profesor de la universidad de Berlín, la primera universidad moderna fundada en 1810 por Wilhelm von Humboldt, definió las reglas básicas del método histórico que los historiadores aplican aún hoy. Von Ranke rechazó el enfoque especulativo defendido por Hegel, quien enseñaba filosofía de la historia en la misma universidad y abogó por un enfoque empírico que reposara en el estudio de los documentos legados por el pasado, a fin de comprender mejor «cómo sucedieron realmente las cosas». Esta fórmula, que fue muy criticada y que hoy parece trivial y hasta ingenua, constituye en realidad el punto de partida de la manera de indagar que el sociohistoriador reivindica para sí.

Aquel enfoque se basaba en la comprobación de que existe un vínculo indirecto que nos relaciona con los hombres y mujeres del pasado. Estos desaparecieron, pero nos dejaron huellas: edificaciones, monumentos, inscripciones, documentos. La investigación histórica consiste en realizar un trabajo de análisis, a fin de catalogar, criticar, comparar y autenticar todos esos vestigios. De ese modo podrán elaborarse datos históricos que luego habrá que reunir e interpretar para comprender la cultura (la personalidad o el espíritu) de una época. En el corazón del método histórico está la comprensión de los seres humanos. Para restituir el sentido que los actores daban a sus actos, debemos tratar de ponernos en su lugar, dejando de lado nuestros juicios de valor y nuestros prejuicios. En el siglo XX, las demás ciencias humanas harán suyo ese mismo principio, pero los primeros en defenderlo fueron los historiadores. La historia, en su condición de disciplina científica, se aleja así de la memoria que juzga (denuncia o rehabilita) a los actores del pasado sin intentar comprenderlos. La historia universitaria nació en la misma época que la novela, lo cual explica la importancia atribuida a la cuestión del estilo. Como el pintor o el poeta que se esfuerzan por «traducir» el color de un paisaje, el historiador debe ser capaz de hacer sentir la atmósfera de una época, los sentimientos de los actores que vivieron en aquel momento [Humboldt, 1821].

También debemos recordar el contexto político para comprender las principales características de la disciplina. La mayor parte de los historiadores universitarios de este periodo integraban las filas de la burguesía cultivada. Atendiendo a tal condición, utilizaban la historia como arma en su combate contra la aristocracia. En Alemania, después de haber luchado contra la ocupación de su país por parte de las tropas napoleónicas, se movilizaron a favor de la unidad alemana, reclamando la libertad de todos los oprimidos. Estos historiadores defendían vigorosamente el «principio de las nacionalidades» indagando el origen de los pueblos y recopilando sus costumbres. El hecho de que, a comienzos del siglo XIX, la política y la ciencia aún no se hubieran separado verdaderamente facilitaba esta tendencia. Los grandes historiadores, como Humboldt en Alemania y Guizot o Thiers en Francia, eran también hombres de Estado, escritores, periodistas, etcétera. De ahí que los problemas que les interesaban, así como el vocabulario empleado (nación, Estado, pueblo, etcétera), surgieran directamente del debate público. Todavía había una profunda brecha que separaba a las elites de las clases populares. Estas últimas, compuestas en su mayoría por campesinos, muchos de los cuales no sabían leer ni escribir, estaban completamente excluidas de toda participación en el debate político.

Las mutaciones de fines del siglo XIX

De todos modos, debemos precisar que sólo después de 1870 se fijarán e institucionalizarán las características esenciales de la historia, en cuanto disciplina científica. Por entonces, el contexto ya no es en modo alguno el de comienzos del siglo. La revolución de los transportes (el ferrocarril), la difusión de la cultura escrita (particularmente de la prensa) y la progresiva instauración del sufragio universal masculino son otros tantos medios puestos a disposición de los ciudadanos de todos los estratos sociales para expresarse en el escenario público. La guerra de 1870 entre Prusia y Francia hizo surgir un nuevo discurso sobre la nación. Para los historiadores ya no se trata de liberar a las naciones oprimidas, sino de defender su Estado nacional contra las amenazas que hacen pender sobre su integridad los Estados vecinos. La importancia que entonces otorgan los gobernantes a la historia responde a la función que se le asigna como medio de reforzar la cohesión nacional. En un contexto marcado además por

un apasionamiento general por la ciencia, todos los grandes Estados desarrollan sus universidades y crean nuevos cargos con el propósito de dar un espacio creciente a la investigación. La historia deja pues de ser una disciplina literaria practicada por autores aislados. En toda Europa y en América del Norte, emergen pequeñas comunidades profesionales aglutinadas alrededor de una o varias revistas especializadas [Noiriel, 1996].

En el caso francés, la creación en 1876 de la *Revue historique* ilustra perfectamente estas mutaciones. El manifiesto que presenta el primer número, redactado por uno de los fundadores de la revista, Gabriel Monod [en Bourdé y Martin, 1983], indica claramente en qué consiste la nueva regla del juego. La era de los historiadores generales ha terminado. Desde aquel momento, para aspirar a un cargo de docente investigador en la universidad habrá que presentar una tesis de varios centenares de páginas y elegir un tema suficientemente específico para permitir una consulta exhaustiva de los archivos disponibles. Algunos años más tarde, Charles Langlois y Charles Seignobos [1898], autores de un famoso manual, *Introducción a los estudios históricos,* continuamente reeditado, precisarán y codificarán las reglas del método. Desde entonces, la síntesis se concibe, no ya como un ejercicio de estilo, sino como un esfuerzo colectivo que apunta a reunir el conjunto de los conocimientos producidos por la comunidad histórica bajo la égida de sus dirigentes. Tal es el objetivo que se fija explícitamente Ernest Lavisse [1900-1911] al publicar la primera *Historia de Francia* en varios volúmenes, obra que reúne a toda la elite de los historiadores republicanos «metodistas». El manifiesto de Gabriel Monod indica de manera igualmente clara cómo concebían estos últimos la función cívica de su disciplina. Después de recordar que el único objeto de la *Revue historique* era «investigar la verdad», el autor precisa que el historiador es el «depositario de las tradiciones de su pueblo y de las

de la humanidad». Así como debe esforzarse por «hacerles sentir su solidaridad» a los miembros de la comunidad histórica, debe asimismo poner de manifiesto los lazos que unen a los ciudadanos de su país, de generación en generación. «Esto hará que todos se sientan vástagos de un mismo suelo, hijos de la misma raza y no renieguen de ningún aspecto de la herencia paterna.» De este modo el historiador contribuirá «tanto a la grandeza de la Patria como al progreso del género humano».

En busca del vínculo social

Sociología y socialismo

La sociología, por su parte, sólo llegó a constituirse como disciplina universitaria autónoma en los albores del siglo XX. El hecho principal que explica su aparición deriva de la profunda crisis económica que estremeció a Europa durante la década de 1870. El movimiento obrero recurre a los nuevos medios de comunicación a distancia (sobre todo la prensa) para canalizar y amplificar las protestas populares contra el desempleo y la miseria. El socialismo se impone entonces como una de las principales fuerzas políticas del escenario parlamentario. Sus líderes anuncian una nueva revolución que habrá de poner fin a la explotación del hombre por el hombre y dará nacimiento a una sociedad socialista (comunista). La sociología puede entenderse como la traducción, al campo intelectual, de este nuevo orden político. Sus partidarios quieren elaborar una ciencia de la sociedad con el propósito de resolver la «cuestión social».

Es importante insistir en el hecho de que la sociología comparte los principios sobre los cuales la historia construyó su identidad. También ella se presenta como una ciencia empírica, capaz de producir datos objetivos me-

diante un trabajo crítico basado en documentos. Como los historiadores, los sociólogos rechazan el enfoque especulativo característico de la filosofía de la época. La mayor parte de ellos repudia el marxismo porque es una doctrina que niega la separación entre el hombre de ciencias y el político, y predica el empleo de la violencia con el objeto de alcanzar el poder. El último gran punto en común entre las dos disciplinas consiste en que, en aquella época, también la sociología se define como una ciencia histórica. Los sociólogos, como los historiadores, tratan de comprender el funcionamiento de las sociedades humanas volviendo la mirada al pasado.

No obstante, rechazan la concepción cronológica del tiempo que defienden los historiadores [Simiand, 1903], quienes afirman que cada época, cada acontecimiento, son únicos y no se reproducirán nunca. Para escapar del anacronismo (pecado capital profesional del historiador), estiman que hay que mirar el pasado con los ojos de quienes lo vivieron. El estudio de la historia no puede, pues, servir para explicar el presente. Los sociólogos, por su parte, creen que toda indagación histórica es tributaria del presente; sólo podemos conocer la vida de los hombres de antaño por intermedio de los archivos que han llegado hasta nosotros, utilizamos el lenguaje de hoy y encaramos nuestras investigaciones impulsados por las curiosidades que dominan nuestra época. Para los sociólogos, los historiadores que se niegan a admitir estas verdades retoman, con frecuencia sin advertirlo, los prejuicios de su época. Por ello le otorgan tanta importancia a los grandes hombres, los grandes acontecimientos y las peripecias de la diplomacia. Para que pueda surgir a la luz una verdadera ciencia de la historia, es pues necesario afrontar los apremios del presente en lugar de rechazarlos y construir los cuestionamientos que luego guiarán el trabajo documental. Valiéndose de esta convicción, los sociólogos

elaboran teorías que aspiran a establecer las leyes (o las constantes) de la historia, único modo de explicar el mundo en que vivimos. Este punto de vista justifica la importancia que confieren, tanto a la génesis de los fenómenos observados como a la comparación entre ellos en el tiempo y en el espacio.

La segunda gran divergencia entre las dos disciplinas es de algún modo una prolongación de la primera. Los sociólogos se niegan a apropiarse del lenguaje de los historiadores porque este es un lenguaje que procede del mundo político y no de la ciencia. Para ellos, la Nación, el Estado, lo Social, el Individuo, etcétera, son entidades colectivas que es indispensable «deconstruir» a fin de encontrar los «átomos elementales» (la fórmula es de Max Weber), vale decir, las personas de carne y hueso. Con todo, la sociología no se define como una «ciencia del individuo», puesto que en el momento en que emerge en el escenario universitario ese lugar ya ha sido ocupado por otra disciplina: la psicología. Desde la década de 1870, ésta había adquirido gran prestigio, primero en Alemania y después en Francia, fundamentalmente en virtud de los lazos que había tendido con la medicina.

El objeto propio de la sociología es el estudio de las *relaciones que vinculan a los individuos entre sí.* La disciplina se constituyó en un momento en que las luchas sociales y políticas habían alcanzado una amplitud extraordinaria, difícil de imaginar en la perspectiva actual. Una gran cantidad de observadores creía firmemente que la democracia había liberado fuerzas que iban a conducirla a su perdición. La crisis del capitalismo ilustraba, en el plano económico, el callejón sin salida de un sistema fundado en la competencia, la exacerbación de los intereses y los egoísmos individuales. Aun cuando no compartieran los análisis ni los proyectos políticos de los revolucionarios, los padres fundadores de la sociología (en particular Émile Durkheim y Max Weber) admitían que las sociedades

democráticas se asientan sobre relaciones de fuerza, relaciones de poder.

Otro aspecto que los impresionaba era el papel cada vez mayor que desempeñaba la comunicación a distancia. Aquellos pioneros habían sido testigos de las imponentes mutaciones técnicas registradas en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX: el invento del ferrocarril, del telégrafo, del teléfono, de la electricidad, de la prensa de masas. Un mundo que, hasta entonces, reposaba sobre todo en las relaciones directas, en el marco de las pequeñas comunidades de interconocimiento, quedó bruscamente sumergido en una lógica en la que cada individuo está vinculado con millones de desconocidos repartidos en territorios inmensos, gracias a una multitud de «hilos invisibles».

Teniendo en cuenta el carácter doble del vínculo social del mundo moderno (relación de poder y relación a distancia), ¿cómo hacer para que los individuos puedan, a pesar de todo, continuar conviviendo, elegir su destino con conocimiento de causa, sin dejarse manipular por todos los profetas que anuncian futuros promisorios? Esta es la pregunta central que subtiende el movimiento sociológico y que explica la última divergencia con los historiadores. Para los sociólogos, la misión cívica del hombre de ciencia no es responder a las preguntas que hacen los gobernantes, sino que consiste, como dice Max Weber [1919], en contribuir a «educar el juicio sobre las cuestiones prácticas», en darle al ciudadano las armas que le permitan pensar y obrar de manera más autónoma.

La sociohistoria delimitó su propia esfera de actividad al tomar prestada de los historiadores su definición del trabajo empírico, fundado en el estudio de los archivos y destinado a comprender, y no a juzgar, las acciones humanas. De los sociólogos, tomó el mismo objetivo: estudiar las relaciones de poder y las relaciones a distancia que vinculan a los individuos entre sí.

El aporte de los padres fundadores

KARL MARX.— Marx corresponde a la «prehistoria» de las ciencias sociales, pues su obra fue elaborada en una época en que la división del trabajo, en el seno de las elites, aún había avanzado muy poco. Hombre de ciencias, militante político y al mismo tiempo periodista, Marx forma parte de la generación de «hombres completos» que inscribieron su lucha en la estela de las confrontaciones de la Ilustración. Los sociólogos recusaron su filosofía de la historia a causa de su carácter normativo. No obstante, la profunda reflexión sobre el capitalismo que ofreció Marx puede considerarse como el punto de partida de los análisis sociológicos de la esfera económica. Marx [1867] entiende la historia de la humanidad como un proceso de muy larga duración cuya dirección depende del desarrollo de las «fuerzas productivas», la acumulación de la riqueza y la transformación de los modos de producción. El capitalismo se impuso como un sistema de dominación a distancia, engendrado por el triunfo de la moneda. Para expandirse tuvo que instaurar un mercado que vinculara a los productores y a los consumidores, quienes intercambian mercancías que tienen un valor fijo representado por el precio. La ley de la ganancia explica la aparición de los monopolios que arruinan a los pequeños productores independientes, transformados en asalariados al servicio de los capitalistas. Marx es, pues, el primer autor que puso al descubierto lo que llamó el «fetichismo de la mercancía». Con el desarrollo de los «hilos invisibles» del capitalismo, las relaciones que los hombres establecen entre sí adquirieron la forma de una relación entre las cosas» [citado por Balibar, 1993, p. 57].

ÉMILE DURKHEIM.— Émile Durkheim y Max Weber se lanzaron a explorar sobre todo una dimensión de la modernidad que Marx no había estudiado verdaderamente,

pues era una dimensión que no correspondía a una realidad de su tiempo: el papel que desempeña el Estado en el desarrollo de las relaciones a distancia entre los ciudadanos. Este problema sólo adquirió importancia real en las últimas décadas del siglo XIX, cuando las clases populares pasaron a integrar el Estado nación. Sólo en ese momento la palabra «sociedad» adquirió su sentido actual para designar el conjunto de los individuos que dependen de un mismo Estado nacional. Desde los primeros renglones de las *Reglas del método sociológico,* Durkheim [1895] subraya: «Una sociedad sólo está compuesta por individuos y cosas». Y agrega: «Un hecho social se reconoce en el poder de coacción que ejerce sobre nosotros». De entrada, Durkheim presenta las dos facetas del vínculo social que le importan a la sociología: las relaciones a distancia (mediatizadas por «cosas») y las relaciones de poder («coacciones»). Pero la particularidad de Durkheim estriba en que aborda la cuestión del poder en la perspectiva de la solidaridad entre los hombres y no desde el ángulo de la dominación. Mientras la sociedad tradicional se componía de pequeñas comunidades de individuos relacionados entre sí por vínculos directos, la sociedad democrática moderna se asienta en las reglas que presentó Jean-Jacques Rousseau [1762] en el *Contrato social.* Millones de ciudadanos que no se conocen participan sin embargo indirectamente en la elaboración de las leyes a las cuales se someten.

Durkheim [1893] describe este paso de una sociedad a otra como un proceso histórico de duración muy prolongada que condujo de la «solidaridad mecánica» a la «solidaridad orgánica». En una democracia, los individuos están ligados unos a otros por intermedio de la ley, es decir, del derecho. El Estado nación es un organismo que permite coordinar las diferentes funciones características de este tipo de sociedad. Además tiene la misión, en virtud de las leyes sociales, de suministrar a todos los

ciudadanos la protección que antes les aseguraban las pequeñas comunidades locales. El Estado puede cumplir esa función porque los progresos de los medios de comunicación (ferrocarriles, cultura escrita, etcétera) ofrecen ahora la posibilidad de que el brazo del poder central llegue a todos los ciudadanos dispersos en el conjunto del territorio. Durkheim destaca también que esta enorme expansión de las vinculaciones a distancia acarrea una creciente diferenciación de las funciones sociales y la expansión de las libertades individuales. Los hombres ahora pueden viajar, recibir y enviar correspondencia, leer periódicos, etcétera. Esta ampliación de sus horizontes permitió que millones de individuos se emanciparan de las tutelas que anteriormente pesaban sobre ellos, cuando eran prisioneros de las relaciones de poder de carácter doméstico.

Pero los progresos del individualismo dieron nacimiento a una nueva forma de sufrimiento que Durkheim presenta en su libro sobre el suicidio [1897] como el problema fundamental del mundo moderno: el desarrollo de la «anomia». La expansión de la industria aceleró el éxodo rural, que provocó el desarraigo de millones de campesinos. La urbanización y la burocratización sumergieron a los ciudadanos en un mundo en el que el anonimato fue convirtiéndose progresivamente en regla. La mayor parte de ellos no ve en el Estado más que un aparato de coacción, simbolizado por la policía y el ejército que reprimen las huelgas. Durkheim estima que una sociedad que se basa en la violencia no es viable. «Los más fuertes se las arreglan para aplastar a los más débiles o para subordinarlos. Pero, si bien el vencido puede resignarse durante un tiempo a una subordinación que está obligado a soportar, no la consiente y, en consecuencia, tal situación no podría constituir un equilibrio estable. Las treguas que impone la violencia siempre son provisorias y no pacifican los espíritus. Las pasiones humanas únicamente se detie-

nen ante una fuerza moral que respeten. Si toda autoridad de esta índole está ausente, lo que reina es la ley del más fuerte y, latente o agudo, el estado de guerra se hace necesariamente crónico» [1893, p. III].

La teoría de las representaciones colectivas que desarrolló Émile Durkheim procura hallar los remedios a este mal social. Para él, la anomia resulta del desarrollo anárquico de las relaciones a distancia. En las pequeñas comunidades de interconocimiento, como la familia, el problema de la autoridad moral no se plantea. Generalmente, los hijos aceptan obedecer a los padres pues los respetan y los aman. Saben, confusamente, que éstos actúan con la intención de hacerles el bien. Durkheim comprueba que los lazos afectivos que le permiten a cada individuo aceptar las obligaciones que rigen toda vida colectiva se entretejen en la esfera de las relaciones directas. ¿Cómo podría lograrse que este calor humano se extienda y llegue a cimentar las relaciones a distancia que unen al Estado y al conjunto de los ciudadanos? Durkheim afirma que la instauración de «grupos intermedios» en los lugares de trabajo podría salvar en parte la distancia entre el poder central y los simples ciudadanos. Pero, a sus ojos, la educación es sobre todo el instrumento que tiene más probabilidad de hacerles comprender a los individuos los vínculos de solidaridad que los unen, aun cuando estén físicamente separados unos de otros. Durkheim observa que a la mayor parte de la gente esta noción de «vinculación a distancia» le es ajena y hasta incomprensible.

Las interacciones de la vida cotidiana nos impiden tomar conciencia de los lazos que nos unen indirectamente unos a otros. El hecho de que estas vinculaciones sean mediatizadas por cosas acentúa este fenómeno. Cuando utilizo un objeto no advierto espontáneamente que fue fabricado por otras personas y que por lo tanto se trata de un hecho social. Sin embargo, ese objeto me pone en

relación con esas personas. Por ello Durkheim afirmó que era necesario «estudiar los hechos sociales como cosas». Esto significa que, de la infinidad de acciones y reacciones que se producen cada día en una sociedad, el sociólogo rescatará únicamente aquellas que han dejado huellas objetivas, pues sólo estos objetos (o estas «instituciones») permiten que los individuos se comuniquen a distancia, no sólo en el espacio, sino también en el tiempo.

Otros individuos ejercen su poder sobre nosotros por intermedio de esas vinculaciones objetivadas. Pero, con la mayor frecuencia, ni siquiera cobramos conciencia de ello, porque estamos acostumbrados a vivir en el medio de estas imposiciones desde que nacemos. No elegí mi lengua materna, ni la moneda que utilizo, ni la educación que recibí. Todas estas instituciones son producto de la historia. Fueron elaboradas a través del tiempo por las generaciones que nos precedieron y nosotros las interiorizamos inconscientemente durante nuestros aprendizajes, esencialmente, durante los primeros años de vida. En tales condiciones, es fácil comprender por qué la cuestión del «pasado en el presente» es una dimensión central de la sociología durkheimiana.

Estas presiones pueden imponerse también de otra manera. Dado que las generaciones pasan pero los objetos permanecen, los seres humanos tienen la tendencia a considerar estos últimos como potencias exteriores, mágicas, aun cuando hayan sido fabricadas por ellos mismos. Para Durkheim [1912], la religión es la esfera que más se nutre de este tipo de creencias, pero también las vemos en el terreno político. Por ejemplo, la bandera simboliza la nación unida. La fuerza del símbolo es tal que, en el campo de batalla, suele ocurrir a menudo que los soldados estén dispuestos a dar la vida por ese simple trozo de tela. Por lo tanto, si bien las relaciones afectivas se tejen en el marco de las interacciones que los individuos mantienen con las personas que tienen cerca, las emociones

también pueden transferirse a objetos que materializan la existencia de un grupo social y vinculan a individuos que no viven cerca unos de otros, porque son objetos que les recuerdan los acontecimientos vividos en común.

MAX WEBER.— La sociología de Max Weber persigue los mismos objetivos que la de Durkheim, pero pone el acento en las relaciones de dominación que vinculan y oponen a los individuos entre sí.

Las reflexiones de Weber [1922] sobre la relación individuo/grupo son sumamente importantes para el sociohistoriador. Weber señala que el objeto propio de la sociología es encontrar a los individuos detrás de las entidades colectivas cuyo vehículo es el lenguaje corriente. Pero precisa que sería absurdo pretender imponer esta regla a todas las esferas del saber. Podría ser oportuno «para otra serie de fines del conocimiento (por ejemplo, jurídico) o para fines prácticos, tratar ciertas estructuras sociales (el "Estado", las "cooperativas", la "sociedad por acciones" o las "fundaciones") exactamente del mismo modo que a los individuos singulares». Dicho de otro modo, los conceptos que utilizamos deben adaptarse a los objetivos que nos fijamos en nuestras investigaciones. Así como un cirujano no utiliza una llave inglesa para operar unas amígdalas, el historiador de las ideas no tiene necesidad de deconstruir las entidades colectivas para sacar de su interior a los individuos. Muchos debates epistemológicos desarrollados en el campo de las ciencias sociales podrían compararse con coloquios en los cuales cirujanos y mecánicos riñeran acaloradamente para establecer si el bisturí es un instrumento más eficaz que el destornillador.

Aun cuando la regla número uno sea encontrar a los individuos, agrega Weber, «a pesar de todo, la sociología no puede, ni siquiera para sus propios fines, ignorar las formas colectivas de pensamiento que corresponden

a la esfera de otros procedimientos de investigación». Y hay dos razones para afirmar esto. Por un lado, las entidades que encubren las relaciones interindividuales son también representaciones que orientan la actividad de las personas, por lo tanto, la sociología no puede ignorarlas. Por otro lado, el investigador mismo con frecuencia está obligado a utilizar las aproximaciones del lenguaje corriente para hacerse comprender. Para el sociohistoriador, no existe ninguna solución milagrosa a estos problemas. Son condiciones que pesan y que debemos aceptar.

Weber emplea el término «dominación» para designar la acción de un individuo que manda a otro individuo con todas las probabilidades de ser obedecido. En sus análisis establece la distinción entre acciones directas y acciones indirectas. Y subraya que la dominación que ejerce un jefe de familia sobre sus hijos se da en el marco de las relaciones domésticas, sin intermediario, mientras que un jefe de Estado sólo puede ejercer su poder de mando apoyándose en un aparato administrativo. Todas las agrupaciones que reúnen individuos dispersos en un vasto territorio están obligadas a emplear las técnicas de la dominación a distancia para hacer respetar las obligaciones que les imponen a sus miembros. Esto es aplicable en el caso de la Iglesia, de las grandes empresas, de los partidos políticos, etcétera. Pero el Estado moderno representa la forma más «pura» de este tipo de dominación.

Max Weber, jurista de formación, elaboró una definición del Estado que es una traducción al lenguaje sociológico de un concepto acuñado por el derecho alemán. El criterio fundamental para definir un Estado es la noción de poder soberano, entendido como relación de mando/obediencia [Beaud, 1994]. Todos los individuos que viven en el territorio controlado por un Estado deben respetar sus leyes y, por lo tanto, obedecer al soberano, sea éste un rey o el representante del pueblo. Para el soció-

logo, el Estado es pues la agrupación que reúne a todos los individuos que, colectivamente, tienen el poder de hacer respetar la ley por la fuerza en un territorio dado. Los representantes del Estado logran imponer su voluntad a millones o decenas de millones de personas porque disponen de un medio de acción muy eficaz: la burocracia.

Los estudios en profundidad realizados por Weber para comparar las diferentes formas de Estado que existieron en la historia, en Europa y en Asia, lo llevaron a resaltar lo que es específico del Estado nacional moderno. La burocracia es un instrumento que apunta a anular la distancia que separa a los que mandan de los que obedecen y a relacionarlos como si estuviesen cara a cara. Es por ello que las organizaciones burocráticas están muy jerarquizadas y disciplinadas, y se asientan en un sistema de comunicación que depende de órdenes escritas compuestas por funcionarios devotos y sometidos a sus superiores jerárquicos. Este sistema de dominación aparece en diferentes épocas de la historia, si bien sólo en el siglo XIX alcanza su forma consumada. Para que los representantes del poder central pudieran someter a la obediencia a una multitud de individuos dispersos en un vasto territorio era indispensable contar con medios de transportes rápidos, la difusión de la cultura escrita en todas las capas de la sociedad y el uso generalizado de la moneda. La Revolución industrial fue pues lo que permitió el triunfo de la burocracia moderna al asegurarle continuidad en el espacio y en el tiempo, cuando antes el poder administrativo era discontinuo y a menudo efímero. Según Max Weber, cuando se perfeccionó, este instrumento de dominación llegó a ser prácticamente indestructible, pues ninguna sociedad podía funcionar sin él.

Por supuesto, esto no significa que los ciudadanos no puedan sustraerse a las obligaciones administrativas soslayándolas o adaptándolas a sus intereses. Lo que quiere destacar Weber es que en una sociedad burocratizada

nadie puede ignorar la ley. Todas las actividades sociales están orientadas y resultan afectadas por las normas jurídicas impuestas por el Estado. Weber tampoco afirma que la burocracia sea un instrumento dócil en manos del poder central. Los conflictos internos que oponen entre sí a los funcionarios, los servicios, las diversas oficinas, explican los «bloqueos» y la inercia de la administración. Además –y esto es lo que más preocupaba a Max Weber–, el poder burocrático procura constantemente emanciparse del poder político (los representantes del pueblo) al cual está teóricamente sometido.

La consecuencia más importante del desarrollo del Estado burocrático fue pacificar las relaciones entre los individuos. Garantes del mantenimiento del orden, sus funcionarios poseen desde entonces los medios de reprimir a quienes no lo respeten. El monopolio estatal del uso legítimo de la violencia física es para Weber el factor decisivo que permitió el desarrollo del capitalismo. La dominación que, al comienzo, estribaba sobre todo en el ejercicio de la fuerza, pudo adquirir así una forma económica, más «pacífica». A diferencia de los esclavos, los proletarios tienen la libertad de no ir a trabajar a las fábricas que poseen los capitalistas. Pero, si quieren sobrevivir la única solución es presentarse a trabajar.

Max Weber precisa, sin embargo, que la dominación nunca se ejerce únicamente mediante la coacción. Como Émile Durkheim, atribuye gran importancia a la creencia. La tipología de las formas de dominación que elaboró Weber al final de su vida da prioridad al criterio de la legitimidad (lo justo y lo injusto). También aquí hay que distinguir entre las relaciones directas y las relaciones indirectas. La dominación «tradicional» se ejerce sobre todo en las sociedades fundadas en relaciones de interconocimiento. En estas estructuras de carácter doméstico, las relaciones de poder movilizan esencialmente el registro afectivo, como lo muestra el ejemplo de

la familia. La dominación carismática aparece en contextos trastornados donde las estructuras tradicionales se han quebrantado. En estos casos, la gente tiende a poner su destino en manos de un jefe o de un héroe con el cual se identifica. Pero este tipo de dominación no es duradera, salvo cuando se institucionaliza. Así llegamos al tercer caso, propio del mundo moderno. La legitimidad se funda en la razón burocrática, la creencia en la ley, la igualdad y la justicia. Para Weber la cuestión última que está en juego en las competencias políticas es la conquista y el ejercicio del poder del Estado, es decir, la posibilidad de que un pequeño número de individuos ejerza una dominación a distancia, imponiendo su voluntad gracias a los medios de acción que suministra la burocracia.

GABRIEL TARDE.— Entre los demás sociólogos de esta generación fundadora que contribuyeron a elucidar el problema de las relaciones a distancia no podemos dejar de mencionar a Gabriel Tarde [1901], el «competidor» principal de Émile Durkheim. En un artículo poco conocido en Francia pero que llegó a ser un clásico en los Estados Unidos, Tarde sienta las bases de la reflexión sociológica sobre la noción de opinión pública. Impresionado por la extraordinaria expansión experimentada por la prensa en la segunda mitad del siglo XIX, este autor muestra que el desarrollo de ese modo de comunicación a distancia cumplió una función esencial en el surgimiento de la civilización moderna. No existe ninguna palabra griega ni latina para designar lo que hoy llamamos «público». Este tipo de agrupación sólo pudo aparecer con la imprenta en el siglo XV. La lectura simultánea de un mismo libro (la Biblia) le dio a la masa de lectores la sensación de formar un cuerpo social nuevo, separado de la Iglesia. En Francia, sólo a partir del reinado de Luis XIV el público comenzó a separarse de la religión, en grupos compuestos por una

reducida elite de «gente honrada» que leía «una pequeña cantidad de libros escritos para un exiguo número de lectores», la mayor parte de ellos concentrados en París o en la corte. En la segunda mitad del siglo XIX, la democratización de la palabra escrita permitió que la prensa llegara a todos los estratos de la sociedad.

Tarde también sostiene que la Revolución industrial es el factor desencadenante de este fenómeno. En efecto, la prensa se benefició con los «procedimientos de locomoción perfeccionados y con la transmisión instantánea del pensamiento a distancia». Desde entonces, agrega, vivimos en un mundo compuesto de individuos «que no alternan entre sí, no se ven ni se oyen: están sentados, cada uno en su casa, leyendo el mismo periódico y dispersos en un vasto territorio», pero están vinculados por el hecho de enterarse al mismo tiempo de las mismas informaciones. El punto común a todos estos individuos estriba en la «sensación de la actualidad» que los afecta en el mismo momento y a la vez los integra en un nuevo grupo social que Tarde llama «público». En efecto, «la prensa unifica y vivifica las conversaciones, las uniforma en el espacio y las diversifica en el tiempo. Todas las mañanas, los diarios presentan servida a su público la información del día». El desarrollo de la prensa permitió pues que surgiera un nuevo tipo de relaciones a distancia que vincula, por intermedio de ese nuevo objeto que es el periódico, a dos tipos de actores: los periodistas y sus lectores.

También en este caso, se trata de una relación de poder. Tarde comprueba que «los periodistas terminaron por imponer la mayor parte de los temas cotidianos que se tratan en los discursos y las conversaciones». Gozan, en efecto, del privilegio de dirigirse a una gran cantidad de personas al mismo tiempo. Influyen en la visión del mundo de esas personas en virtud de la selección de las informaciones y de la homogeneización de puntos de vista atomizados y, al comienzo, extremadamente he-

terogéneos. Con todo, el periodista no puede imponer su voluntad a quienes lo leen, como lo hacen los funcionarios del Estado. Por el contrario, dado que la prensa obedece las reglas del mercado capitalista, el lector es libre de comprar o no el periódico. Por consiguiente, es necesario que éste trate cuestiones que le interesen al público. Gabriel Tarde estima que esta dialéctica impulsó el desarrollo de nuevas corrientes políticas aparecidas en el siglo XIX, sea el socialismo, sea el anarquismo, sea el nacionalismo. Al destacar el ejemplo de Édouard Drumont, el periodista que «inventó» el antisemitismo moderno en Francia, Tarde subraya que su tentativa de agitación respondía a vagos sentimientos diseminados en la población. «Pero, mientras no se elevara ninguna voz resonante, que prestara una expresión común a esa disposición del espíritu, ésta continuaba siendo puramente individual, de poca intensidad, hasta menos contagiosa, inconsciente de sí misma. Quien la expresó, la creó como fuerza colectiva, artificial, sí, pero así y todo, real. Conozco regiones francesas donde nunca vieron a un solo judío, lo cual no impide que también allí florezca el antisemitismo, pues también allí se leen periódicos antisemitas» [Tarde, 1901, p. 41].

Las avanzadas de entreguerras

Marc Bloch, precursor de la sociohistoria

A comienzos del siglo XX, los principales representantes de la sociología tuvieron que batallar duramente contra los historiadores para convertirla en una disciplina autónoma, pues éstos ocupaban entonces la totalidad del terreno. Pero la generación siguiente, que alcanzó la madurez en la década de los años treinta, esboza un acercamiento gracias al cual se abrirán nuevas perspectivas

para la sociohistoria. Este fenómeno se advierte principalmente en Francia, donde dos historiadores, Lucien Febvre y Marc Bloch, fundan en 1929 una nueva revista, *Annales,* concebida al principio como un espacio de discusión y de reflexión entre las dos disciplinas. Los dos historiadores militan a favor de una nueva concepción de la historia que integre ciertas innovaciones de la sociología. March Bloch presentó las grandes líneas de este enfoque en la obra *Apología de la historia,* redactada durante la resistencia francesa al dominio nazi. En ella recuerda que la instauración del «método histórico», fundado en los grandes principios de la crítica documental, caracteriza el trabajo científico del historiador. Situándose en la línea de sus antecesores, Bloch comienza por destacar lo que los historiadores tienen en común antes de abordar sus diferencias. Insiste en la importancia crucial de la «comprensión» y critica la «manía de juzgar» que asalta con frecuencia al historiador cuando se transforma en periodista o en experto del ministerio. Una vez establecida con firmeza la identidad de la disciplina, Marc Bloch puede presentar seguidamente las novedades de la sociología tomando la precaución de «traducirlas» para adaptarlas a las preocupaciones y el lenguaje de los historiadores.

Marc Bloch critica la «historia historizante» del siglo XIX, concebida como un desarrollo lineal. Afirma que el historiador nunca puede sustraerse por completo del mundo en el que vive y defiende la problemática del pasado/presente contra la perspectiva cronológica. Esto tiene dos consecuencias esenciales. Por un lado, Bloch defiende la idea de una historia-problema. Puesto que el historiador depende del presente, debe enunciar explícita y claramente el problema científico que quiere resolver, lo cual lo guiará en el trabajo que realice con los archivos. Por otro lado, Bloch recomienda el método regresivo y comparativo y muestra que es posible explicar un fenómeno comparándolo con otros que se dieron en momentos o

en lugares diferentes, pero también remontándose a su génesis. Esta historia-problema permite redefinir la relación análisis/síntesis. Como sus antecesores, Marc Bloch aborda esta cuestión haciendo la distinción entre los estudios de «primera mano» (partiendo de los archivos) y los estudios de «segunda mando» (recopilación del saber). Pero, contra los adeptos del manual escolar, estima que una síntesis tiene la función de plantear mejor un problema, de definir las líneas de un programa de investigación colectiva que luego habrá de aplicarse mediante estudios especializados.

Él mismo dio un buen ejemplo en sus trabajos de historia rural, primera contribución importante de un historiador a la sociohistoria. La manera en que Bloch aplicó en sus estudios las grandes líneas de la sociología durkheimiana es un claro testimonio de su capacidad de innovación. En ellos, Bloch muestra que las formas de las parcelas que daban su fisonomía a los paisajes franceses en la época en que él escribió sus libros son las huellas objetivas de las relaciones que los hombres establecieron entre sí desde la Edad Media. El resultado de las luchas que enfrentaron al poder real, a los campesinos y a los señores quedó fijado en el derecho, en las instituciones y finalmente en la organización del espacio. Estos paisajes constituyen un «hecho social» en el sentido durkheimiano, cuya materialidad se impone a todos aquellos que lo heredaron desde su nacimiento. El pasado rural de Francia pesa pues en su presente. Pero, a diferencia de quienes afirman, con evidentes segundas intenciones políticas conservadoras, que ese pasado se transmitió de manera directa, genealógica (según la teoría barrésiana del arraigo), Bloch sostiene que esas formas objetivas, fijadas en el paisaje, ilustran las relaciones indirectas que vinculan a las generaciones a través del tiempo.

Con todo, la contribución que hicieron los fundadores de los *Annales* a la sociohistoria no debe encandilarnos

hasta el punto de no dejarnos ver sus limitaciones. Éstas son particularmente evidentes en la obra de Lucien Febvre. Preocupado por distanciarse de la sociología, Febvre construirá una historia geográfica que rehabilita a los personajes colectivos de la historia política. A semejanza de Michelet, Lucien Febvre concibe a Francia y sus regiones como personajes que tienen un «temperamento» y una «mentalidad» colectivos que el historiador debe revelar. Esta es la idea que el principal alumno de Lucien Febvre, Fernand Braudel [1949] pondrá por obra en su tesis sobre el Mediterráneo. Marc Bloch, por su parte, desarrolló una historia económica y social, elaborada partiendo de las clases y restando importancia a la cuestión de las relaciones entre los individuos. Los *Annales* oscilaron constantemente entre una historia de las mentalidades, definidas como representaciones colectivas y una historia de las clases, definidas por criterios económicos.

Las extensiones de la sociología durkheimiana

FRANÇOIS SIMIAND.— François Simiand [1932], quien había desempeñado un papel esencial en las polémicas sostenidas con los historiadores a comienzos del siglo, no se limitó a criticar la «historia historizante». Él mismo aplicó los principios que defendía en sus investigaciones empíricas basadas en un inmenso trabajo de archivos. Sus estudios de larga duración sobre la historia del salario adquirieron una importancia capital en el plano metodológico, pues marcaron el punto de partida de la historia cuantitativa que alcanzaría su apogeo en los años cincuenta. Simiand demostró que una vez que el historiador define adecuadamente el problema que quiere estudiar, puede realizar luego un trabajo crítico sobre sus fuentes, lo cual le permite seleccionar en la multiplicidad de informaciones que le aportan los elementos susceptibles de ser incluidos en una serie a fin de elaborar estadísticas, construir curvas, et-

cétera. Tampoco en este caso puede uno dejar de admirar la imaginación científica y la capacidad imaginativa que le permitieron a Simiand apropiarse de las reglas del método histórico y transformar radicalmente el trabajo con los archivos y fundar así una sociología económica retrospectiva que tuvo gran eco en la década de 1930. Pero, para llegar a ese resultado, Simiand tuvo que construir una definición de las clases sociales combinando los aportes de Marx y de Durkheim. Fundada en criterios económicos objetivos, esta perspectiva oculta las relaciones de poder y, a la vez, el proceso de construcción de los grupos sociales que están en el centro de la sociohistoria.

MAURICE HALBWACHS.— Maurice Halbwachs [1950] prolongó la obra de Durkheim en otras direcciones. El sociohistoriador encuentra particularmente interesantes sus estudios sobre la memoria colectiva. La historia política desarrolló este nuevo tema de investigación a partir de la década de 1980, apoyándose en la obra de Halbwachs pero ocultando al mismo tiempo su dimensión sociológica. A diferencia de Pierre Nora [1984], por ejemplo, Maurice Halbwachs no fija como punto de partida de su reflexión el «ser nacional». Por el contrario, todo su esfuerzo apunta a comprender cómo se produce el paso de los recuerdos individuales, propios de cada ser humano, a la memoria colectiva cuyo vehículo es todo un grupo social, por ejemplo, la nación. Halbwachs parte de la definición de sociedad, entendida como un conjunto de individuos indirectamente vinculados entre sí por «cosas», propuesta por Durkheim, y sostiene que toda memoria colectiva tiene la necesidad de apoyarse en recuerdos personales anclados en experiencias vividas y forjados en virtud de las relaciones que los individuos mantienen con quienes los rodean. Los acontecimientos en los cuales han estado implicados directamente les provocaron emociones que quedaron fijadas en escritos, en símbolos, en lugares

que perduran aun cuando los miembros del grupo se han dispersado y ya no viven unos junto a los otros.

Maurice Halbwachs dio prioridad a la cuestión de la memoria nacional pues los traumatismos de la Primera Guerra Mundial estaban muy presentes en el momento en que comenzó a interesarse por estos problemas. Este acontecimiento marcó de manera indeleble a su generación. No obstante, cada ciudadano francés la vivió de una manera particular. Para que los horrores de la guerra se pudieran inscribir en la memoria colectiva fue necesario, no sólo reactivar ese pasado traumático, sino además coordinar los recuerdos dándoles una significación común. Se comprende pues por qué las conmemoraciones son fervientes en la medida en que se refieran a un pasado que los actores vivieron personalmente, pero se debilitan muy rápidamente cuando se dirigen a individuos que no estuvieron implicados directamente en los acontecimientos. Así se pasa progresivamente de la memoria colectiva a la historia. Mantenida por grupos sociales particulares, la memoria es partidaria, parcial. Es una relación con el pasado que difiere de la historia científica pues esta última no tiene una función conmemorativa. Quienes la desarrollan son hombres de ciencia que sólo procuran comprender y explicar el mundo.

A pesar de todo, estos análisis, esenciales para comprender los procesos de movilización política, como veremos en el capítulo IV, continúan siendo tributarios de los supuestos de la sociología durkheimiana. Maurice Halbwachs concibe la memoria colectiva como la expresión de una solidaridad que tiende lazos entre los miembros de un mismo grupo social. No considera que la memoria también pueda ser utilizada como medio de dominación acaparado por un reducido número de individuos en detrimento de los demás. Afirma, por ejemplo, que los símbolos nacionales (himnos, monumentos a los muertos, etcétera) cumplen la función de «hacer vibrar el aparato

de grabación que es la conciencia individual». Lo cual implica afirmar que esa conciencia no vibra por sí sola. Entonces, ¿quiénes son los actores que realizan ese trabajo de selección y de movilización de los afectos para darles una dimensión pública? ¿Con qué propósito lo hacen? Halbwachs no aborda este tipo de cuestiones.

La sociología histórica de Norbert Elias

Para el sociohistoriador, la obra de Norbert Elias tiene un interés excepcional. Nacido en 1897, Elias pertenece a la segunda generación de sociólogos alemanes. Aun cuando la mayor parte de sus libros fueron publicados después de la Segunda Guerra Mundial, Elias comenzó a fijar los principios esenciales de su sociología histórica, que ya figuran en su tesis, desde fines de la década de 1930. Como Durkheim y Weber, Elias [1990, pp. 74-78] dirigió la mirada a la historia para comprender los trastornos del mundo en que pasó su juventud. La cuestión central que constituye el hilo conductor de su obra es una pregunta a la vez colectiva y personal: ¿cómo un mundo «civilizado», fundado en las reglas de un estado de derecho, pudo sumergirse en la barbarie totalitaria? ¿Cómo explicar el genocidio perpetrado contra los judíos, las persecuciones de las cuales la propia madre de Elias (deportada a Auschwitz) fue víctima y que lo obligaron a huir de su país para buscar refugio primero en Francia y después en Gran Bretaña? La profunda unidad de la obra de Elias permaneció inadvertida durante mucho tiempo porque se presentó segmentada y fue publicada parcialmente en varios volúmenes separados. Al igual que sus dos grandes predecesores, Elias se fijó el objetivo de rastrear la génesis del Estado contemporáneo, pero en su caso, puso el acento en un aspecto fundamental que los otros dos habían desestimado: la dimensión *nacional* del Estado.

Siguiendo la línea de las reflexiones de Max Weber, Elias [1970] comienza por recalcar los problemas de vocabulario con que fatalmente se topa el sociólogo por el hecho de que, en el lenguaje corriente, utilizamos los términos «nación», «Estado» y hasta «sociedad» e «individuo» como sustantivos que actúan o piensan por sí mismos. Este vocabulario enmascara el hecho de que los individuos están siempre en relación unos con otros. Para ilustrar este punto, Elias toma el ejemplo de la gramática. La regla de los pronombres personales muestra de manera evidente que cada posición sólo adquiere sentido en relación con las otras. Cuando decimos «yo», nos situamos implícitamente en relación con las personas designadas por los pronombres «tú», «él», etcétera. Para dar cuenta de esta realidad, el sociólogo debe pues acuñar conceptos cuya finalidad es poner de relieve las relaciones entre los individuos.

Elias toma también de sus antecesores la idea de que los vínculos sociales son relaciones de poder. Para él, las relaciones entre los hombres siempre fueron y continúan siendo «pruebas de fuerza». No obstante, la manera en que las concibe ofrece una solución a problemas que ni Durkheim ni Weber habían logrado resolver. Para el primero, como vimos, las relaciones de poder son obligaciones colectivas, «exteriores» a los individuos. Weber, por su parte, se interesa sobre todo en la dominación social. Gracias al concepto de *interdependencia,* Norbert Elias muestra que el poder puede entenderse como una relación funcional entre individuos que ocupan una posición dominante y otros que ocupan una posición dominada: los primeros no pueden existir sin los segundos y viceversa. Por ejemplo, en una empresa los obreros dependen de sus patrones, pero éstos tienen necesidad de sus obreros. Sin el trabajo de estos últimos no podrían continuar llevando la vida que llevan. Las relaciones entre padres e hijos, en una familia, o entre gobernantes y gobernados, en un Estado, ilustran otras formas de interdependencia.

Cada una de ellas forma lo que Elias llama una «configuración» particular. Elias elige el ejemplo del juego de naipes para aclarar el concepto. Todos los individuos que participan de una «partida» de naipes crean una configuración de individuos vinculados entre sí por el hecho de perseguir el mismo objetivo: ganar la partida, vencer al adversario. Pero el encadenamiento de jugadas es siempre imprevisible. Por ello ninguna partida se parece a otra, aun cuando todos se basen en las mismas reglas. Cuando el «juego» implica a miles o a millones de personas, las acciones y las reacciones se encadenan hasta el infinito y el juego evoluciona en un sentido que nadie podía prever al comienzo. Lo mismo sucede con la historia de las sociedades humanas.

Mediante estas innovaciones conceptuales, Elias pudo dar todo su alcance a la noción de acción a distancia. En la sociología weberiana, este concepto había quedado obstaculizado por la excesiva importancia que Weber atribuía a la significación que los individuos dan a sus actos. Según Weber, sólo podemos calificar de «social» a una acción que apunta deliberadamente a otra persona. Para Elias, esta intención no es de ninguna manera necesaria.

El sociohistoriador retoma además de la sociología de Elias su manera de concebir las relaciones entre lo individual y lo colectivo. En este campo, se distinguen varios niveles de acciones. El primero corresponde a las relaciones entre los individuos «de base», los ciudadanos corrientes. El segundo nivel pone frente a frente a los individuos que actúan como representantes de los primeros: como los dirigentes de los partidos políticos, los elegidos, etcétera. Por último, Elias menciona un tercer nivel que corresponde a los representantes de los representantes, aquellos que trabajan, por ejemplo, en organismos internacionales tales como la Unión Europea o la ONU. Al distinguir las relaciones que se mantienen en los distintos «niveles», Elias ofrece al sociohistoriador

un modo de enriquecer su vocabulario. Partiendo de estas distinciones, uno está en condiciones de concebir los grupos socioprofesionales, los partidos o las naciones, como personajes colectivos y atribuirles acciones, pues han sido definidos previamente como conjuntos de individuos reales asociados entre sí por un tipo particular de relaciones. Naturalmente, el sociohistoriador debe siempre conservar la capacidad de recorrer el camino inverso y encontrar los «átomos elementales» que son los seres humanos de carne y hueso.

Elias utilizará la caja de herramientas que contribuyó a crear en una perspectiva semejante a la de Durkheim. Lo que le interesa sobre todo es la evolución de la humanidad, entendida como un proceso de muy larga duración. El vector de ese proceso es la extensión incesante de las relaciones a distancia que vinculan a un número cada vez mayor de seres humanos en un espacio cada vez más vasto. El desarrollo de estas «cadenas de interdependencia» trajo consigo una profundización constante de la división del trabajo y una diferenciación incesante de las funciones sociales. Este proceso es el que permitió la aparición de nuevos medios sociales autónomos (las configuraciones) que poseen su propia ley de funcionamiento y sus propias cuestiones internas en juego. Después de haber enriquecido abundantemente el esquema durkheimiano, Elias [1969] toma de Marx, Spencer y Weber la idea de que la vida en sociedad es una lucha sin fin que desemboca en la eliminación de los más débiles. Las relaciones entre los Estados, entre las empresas, entre los equipos deportivos, toman siempre la forma de una inmensa competencia. En la esfera económica y política, esas luchas se resuelven en la formación de monopolios. Pero, cuanto más se desarrollan éstos, tanto más aumenta el número de personas que hay que movilizar para dirigirlos. Lo cual conduce a una nueva división del trabajo, una nueva diferenciación de las funciones y así sucesivamente.

Elias desarrolló esta problemática para explicar la génesis del Estado nacional. Partiendo del ejemplo francés, mostró cómo, desde la Edad Media, el poder real se formó en un contexto dominado por las luchas incesantes que libraban por entonces una cantidad exigua de guerreros dispuestos a conquistar tierras. Los señores de Île-de-France fueron adquiriendo progresivamente una ventaja decisiva sobre sus competidores, pues conquistaron un monopolio doble: el monopolio militar y el monopolio fiscal. Gracias a los tributos impuestos a sus súbditos, pudieron reclutar nuevos combatientes y, con ellos, pudieron extender su territorio. El desarrollo del poder real provocó una diferenciación de las funciones económicas y militares que al principio estaban muy imbricadas. Así se formó un embrión de administración compuesto por individuos encargados de servir al rey. Gradualmente, el dominio real se transformó en espacio público perteneciente al Estado y las relación entre los individuos se hicieron más pacíficas.

Para Norbert Elias, no es posible explicar esta evolución atendiendo únicamente al desarrollo de medios represores monopolizados por el Estado (ejército y policía). Uno de los aportes esenciales de su sociología es precisamente el lugar que le asigna a la psicología. Elias toma de Freud la idea de que la personalidad del individuo se forma pagando el precio de la represión de sus pulsiones y de ese modo completa su sociogénesis del Estado nacional con una psicogénesis desarrollada en su estudio sobre la sociedad cortesana [Elias, 1969]. En Versalles, los miembros de la corte forman una configuración particular. El objeto de la competencia que los enfrenta es obtener los favores del rey, lo cual los obliga a refrenar constantemente los afectos, a dominar el lenguaje y la actitud a fin de brillar en público y a exhibir buenas maneras. Estos comportamientos constituirán la base para establecer las reglas de cortesía y de sociabilidad que luego se impondrán a los niños mediante la educación. Estas

imposiciones interiorizadas desde la primera infancia se transformarán poco a poco en autoimposiciones, proceso que Elias llama la «civilización».

Esta cadena de interdependencia, limitada al comienzo a los pequeños círculos que gravitaban en el entorno del rey, se extendió luego hasta integrar progresivamente estratos sociales cada vez más amplios. El momento decisivo de este proceso fue la aparición del Estado nacional que, desde entonces, forma un inmenso grupo social que reúne a todos los individuos que viven en su territorio. Sus dirigentes disponen de los medios de acción a distancia que les permiten inculcar normas de comportamiento comunes. La unificación lingüística es el efecto más visible de un proceso que afecta muchas otras esferas. Elias hace notar que, muy a menudo, se fijan como normas nacionales las particularidades sociales o culturales de los grupos que se han apoderado del Estado y no rechaza la expresión «carácter nacional». Efectivamente, existen características comunes al conjunto (o a la mayor parte) de los miembros de una misma nación, pero tales características no se explican en modo alguno en virtud del origen étnico, sino que son el resultado de las relaciones de poder impulsadas por aquellos que gobiernan el Estado. Por ejemplo, la «buena cocina» o la moda, consideradas como rasgos típicos de la cultura nacional francesa, son consecuencias lejanas de normas nacidas en el seno de la corte y difundidas luego en todas las capas de la población.

Elias no enfoca el Estado solamente desde el ángulo de la dominación, también lo analiza en la perspectiva de la solidaridad. Para él, a fines del siglo XIX el Estado nacional llegó a ser la principal «unidad de supervivencia» para los individuos que vivían en Europa. En un mundo en que el capitalismo ha destruido las amarras locales, el Estado asegura la protección de sus miembros, en el plano económico y simultáneamente en el plano militar. Esta dependencia fundamental respecto del Estado explica

el engranaje en el cual quedaron atrapadas las potencias europeas. Para protegerse de los riesgos de agresión exterior, cada una desarrolló sus fuerzas militares, lo cual fue experimentado como una amenaza por las demás. De ahí la carrera armamentista que desembocó en la Primera Guerra Mundial.

A todo esto se agrega que la carga afectiva que los individuos encauzaban antes hacia su familia o a hacia su comunidad local, se fija desde entonces en los símbolos que representan el grupo nacional del cual depende su supervivencia. A través de la escuela (particularmente por la enseñanza de la historia) y de las conmemoraciones oficiales, el Estado contribuye enérgicamente a reforzar el lazo afectivo de los ciudadanos con su nación. Así es como el ciudadano siente las derrotas militares de su país como una afrenta a su dignidad personal y busca responsables y venganzas simbólicas. En Alemania, el traumatismo de la Primera Guerra Mundial, las humillaciones del tratado de Versalles, el debilitamiento del Estado durante la República de Weimar, incapaz de reprimir eficazmente a los grupúsculos armados y sobre todo la crisis económica de la década de 1930 fueron todos elementos que se conjugaron para liberar una violencia de masas que se creía superada, violencia tanto más brutal por cuanto tendrá la posibilidad de utilizar el poder del Estado burocratizado para saciar sus propios objetivos destructores [Elias, 1989].

La obra histórica de Elias tiene un interés esencial para el sociohistoriador. Con todo, el mismo Elias ha insistido con frecuencia en lo que le separaba de los historiadores: su ambición era construir una teoría sociológica más eficaz que las de sus predecesores o las de sus rivales. En sus aspectos esenciales, esta teoría ya estaba delineada, cuando Elias publicó su tesis a fines de la década de 1930. Más tarde, procuró verificarla mediante investigaciones muy diversas, desde la condición de las mujeres de la Antigüedad hasta las relaciones que se dieron en la Inglaterra de la década de 1960 entre los establecidos y los marginales. Sus estudios a veces se asientan en bases empíricas muy frágiles, Elias nunca realizó exámenes de archivos ni investigación de campo, de modo que su inmensa obra es más una contribución a la sociología histórica que un aporte a la sociohistoria.

II. DE LAS ESTRUCTURAS A LOS ACTORES

Podría decirse que en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, globalmente ya estaban dadas las condiciones para que la sociohistoria se constituyera como disciplina propia de la investigación en ciencias sociales. La distancia que separa la historia social de Marc Bloch de la sociología histórica de Norbert Elias era de poca importancia y fácil de salvar. Sin embargo, deberían pasar aún varias décadas para que se produjera la unión. Los obstáculos estaban indudablemente relacionados con las profundas transformaciones que afectaron el mundo universitario en la segunda mitad del siglo XX. Con la decadencia de Europa, el centro de gravedad de la vida intelectual se desplaza a los Estados Unidos. El intenso aumento del personal universitario permite que disciplinas como las ciencias políticas, la antropología, la sociología, que antes de la guerra estaban apenas representadas por algunas individualidades, se transformaran en verdaderas comunidades profesionales, cada una preocupada por delimitar su propio territorio.

Las ciencias sociales: entre creencia y desencanto

El cientismo de la postguerra

La inmediata postguerra estuvo caracterizada por un retorno de los valores cientificistas que habían acompañado el nacimiento de las ciencias sociales a fines del siglo XIX. La filosofía marxista se difunde rápidamente en las

ciudades universitarias y reactiva la creencia en una ciencia de la historia capaz de revelar las leyes universales del desarrollo de las sociedades. El rápido crecimiento de los Estados benefactores impulsa a los poderes públicos a ordenar grandes encuestas cuantitativas con el propósito de obtener los conocimientos que necesitan los expertos para llevar adelante sus reformas. Es un periodo de viento en popa para las ciencias sociales, lo que explica la fascinación de los investigadores por los grandes modelos. En los Estados Unidos se impone entonces la sociología funcionalista desarrollada por Talcott Parsons [1951]. El aporte de los fundadores de la disciplina queda reducido a una pequeña cantidad de conceptos aplicables a los diferentes ámbitos (burocratización, racionalización, diferenciación de las funciones, etcétera), integrados en una teoría general que pretende abarcar toda la realidad en el marco de leyes y conceptos universales.

En Francia, la misma lógica explica el éxito del estructuralismo. Aplicando los modelos de la lingüística al estudio de las sociedades sin escritura, Claude Lévi-Strauss consigue dar rápidamente robusta legitimidad intelectual a la antropología, una disciplina nueva que antes no se distinguía de la sociología. Roland Barthes [1957] logra renovar la crítica literaria partiendo de las mismas bases. El análisis del discurso y la «semiología» (ciencia de los signos) adquieren entonces gran prestigio en ambos márgenes del Sena.

Lo menos que podemos decir es que estas innovaciones no sirvieron a los intereses de la sociohistoria. La sociología funcionalista y la antropología estructural rechazan el enfoque histórico. La semiología, por su parte, al considerar que no hay otra realidad que el discurso, le niega derecho de existencia a la sociología.

Este contexto intelectual tendrá una parte importante en las nuevas direcciones que tomará la innovación en la esfera de la historia. La sociología funcionalista impregna la reflexión de los historiadores alemanes de la universidad de Bielefeld quienes predican el desarrollo de una «historia de las ciencias sociales», valiéndose de las ideas de Max Weber [Kocka, 1996; Wehler, 2003]. En los Estados Unidos, ve la luz una nueva sociología histórica, impulsada principalmente por Charles Tilly [1990]. Las investigaciones colectivas desarrolladas en esta perspectiva sobre la génesis de los Estados modernos dan prioridad a un enfoque «macrohistórico» y comparativo que deja poco espacio a los actores de carne y hueso. En Francia, las dos disciplinas que encarnan por entonces la innovación se basan en los mismos principios. La historia económica y social cuantitativa, impulsada desde la Sorbona por Ernest Labrousse, prolonga la obra de Simiand pero adaptándola a las necesidades de los historiadores. El punto de vista de «larga duración», defendido por Fernand Braudel en el Centre de recherches historiques de la École pratique des hautes études, aboga por una historia estructural cuya vocación es reunir el conjunto de las ciencias humanas al amparo del historiador.

Los efectos de Mayo de 1968

Los acontecimientos de Mayo de 1968 dan comienzo a una nueva época, marcada por la decadencia de las corrientes funcionalista y estructuralista. La crisis del marxismo y del sistema comunista implica una crítica general de las instituciones, el repudio del movimiento obrero tradicional a favor de los «nuevos movimientos sociales» (feminismo, antirracismo, ecología...). Esta evolución impulsa una crisis de creencia que ataca brutalmente el mundo universitario. Sus efectos serán devastadores. Muchos investigadores de las ciencias sociales rechazan con vehemencia los modelos anteriores, aun cuando ellos mismos a veces los hubieran aplicado con gran celo. Los partidarios de la historia económica y social, que en su ju-

ventud habían pertenecido a los sectores más militantes de la disciplina, empiezan a ser cuestionados desde la izquierda por la nueva generación de pensadores comprometidos. En el seno de este movimiento crítico, podemos distinguir, de manera muy esquemática, dos polos en parte opuestos.

LA «CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALIDAD».— El primero de esos polos reúne a los adeptos de la «construcción social de la realidad», título de la obra de Peter Berger y Thomas Luckmann [1966] que producirá gran impacto entre los años setenta y ochenta. Este libro, inspirado en la obra de A. Schütz, interpreta la sociología partiendo de los principios de la fenomenología de E. Husserl. Las relaciones sociales quedan reducidas a las interacciones de la vida cotidiana y la cuestión del sentido que los individuos dan a sus actos llega a ser objeto fundamental de la reflexión.

El éxito obtenido por este libro en los Estados Unidos halla su explicación en el hecho de que las tesis que defiende están en sintonía con una tradición sociológica, a la que aún no me he referido, que constituye el principal aporte de ese país a las ciencias sociales. Esta vertiente nació entre las dos grandes guerras en la universidad de Chicago bajo los auspicios de Rober Park y Ernest Burgess [1921; véase también sobre este tema Chapoulie, 2001]. Estos sociólogos lograron dar legitimidad científica al trabajo de campo, lo cual permitió que una disciplina hasta ese momento esencialmente libresca, saliera de las bibliotecas para examinar de más cerca qué sucedía realmente en la sociedad. Lo que luego se llamó la «Escuela de Chicago» produjo estudios fundamentales sobre la inmigración, la estigmatización y la marginalidad social. Sus agentes desarrollaron asimismo una reflexión metodológica muy importante que ofreció la posibilidad de abordar la cuestión de la objetividad y de

las relaciones entre encuestadores y encuestados bajo una luz enteramente nueva.

Marginada por la sociología cuantitativa durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, la corriente interaccionista vivió una nueva juventud a partir del decenio siguiente. Esta sociología comenzó desarrollándose en la escala de una ciudad, poniendo de relieve el nivel local y los problemas de la vida cotidiana. Sólo tardíamente se interesará por la cuestión de la acción a distancia, gracias a sociólogos como Joseph Gusfield quien abordará de lleno la cuestión de las políticas públicas. En un libro dedicado a las asociaciones de lucha contra el alcoholismo [1963], Gusfield muestra en qué medida el movimiento prohibicionista estadounidense contribuyó a modelar un público estableciendo conexiones entre individuos pertenecientes a círculos diferentes: médicos, policías, representantes de las iglesias, de las ligas contra el alcoholismo, de las empresas de seguros. Establecer la correlación entre las tasas de alcoholemia y los riesgos de accidente, que hoy nos resulta «evidente», requirió un inmenso trabajo colectivo de documentación, de argumentación, de elaboración, al cual contribuyeron múltiples actores con intereses diversos. Todos los individuos comprometidos en este esfuerzo colectivo consiguieron formar una causa, defendida por sus propios portavoces, con lo cual el movimiento adquirió notable visibilidad en el espacio público.

LOS ESTUDIOS CULTURALES.— Hasta entonces, la sociología interaccionista cumplió sobre todo la función de producir un acercamiento entre la historia y la antropología. La corriente llamada los *cultural studies* [Mattelart y Neveu, 2003], nacida en la Universidad de Birmingham y que representa la mayor contribución de las universidades británicas al desarrollo de las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo XX, desempeñó en

este sentido un papel decisivo. Inicialmente, este movimiento militaba a favor de una nueva forma de enfoque interdisciplinario que reunió a historiadores como Edward P. Thompson [1963] y a sociólogos de formación literaria como Richard Hoggart [1957]. Situados en los márgenes del sistema académico británico, influidos por el marxismo, pero siempre tomando distancia de las organizaciones burocráticas del movimiento obrero, estos investigadores concentraron sus esfuerzos en demostrar que las clases populares encuentran en su propia cultura las armas con la cuales resistir al capitalismo. La célebre obra de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera en Inglaterra pude considerarse como el punto de partida de lo que se llamó la «nueva historia social». Se trata de una obra antropológica que se interesa sobre todo en los vínculos que entretejen los individuos entre sí en el marco de su vida cotidiana. Esta corriente dará nacimiento, algunos años más tarde, a una miríada de microhistorias denominadas de diferentes maneras: *Microstoria* [Levi, 1985], *Alltagsgeschichte* (Historia de lo cotidiano) [Lüdtke, 1989], *Subaltern Studies* [Merle, 2004], etcétera.

LA DECONSTRUCCIÓN DE LOS DISCURSOS.— En el otro polo de este movimiento de impugnación de los modelos dominantes de las década de los cincuenta y los sesenta, se encuentran ciertos universitarios que se definen como «posestructuralistas» [sobre una visión de conjunto, véase Calhoun, 1995]. Estos investigadores desarrollaron su reflexión basándose en dos filósofos franceses. Unos retomaron a su manera la «deconstrucción» predicada por Jacques Derrida. Para ellos, el término significa que las palabras que empleamos no son neutras; nos fueron impuestas por quienes ejercen el poder de inventar el lenguaje. Practicar la deconstrucción consiste pues en poner al descubierto ese proceso de dominación a través del discurso

para no avalarlo sin siquiera advertirlo. Esta perspectiva adquirió gran popularidad en los Estados Unidos pues ofrecía la posibilidad de reunir, bajo una bandera común, a historiadores, filósofos y literatos. Se aplicó fundamentalmente en dos ámbitos de investigación: los *gender studies* y los *post-colonial studies*. El otro filósofo que gozó del favor de los postestructuralistas es Michel Foucault [1974, 1976]. Hay dos razones que explican este apasionamiento. La primera, evidentemente, responde al lugar central que ocupa la historia en la obra de Foucault; la segunda, tiene que ver con su objeto mismo: el estudio de las relaciones entre saber y poder. Foucault se opone a la idea de que existen verdades objetivas y teorías generales que permitan explicar la marcha del mundo.

La sociohistoria forma parte de las corrientes de investigación que rechazaron los dogmas cientificistas de los años cincuenta y sesenta. Por esta razón, sus partidarios tienen un buen número de puntos en común con los interaccionistas o los postestructuralistas. No obstante, el sociohistoriador se separa de los primeros porque concentra su atención en las acciones a distancia y de los segundos, porque se niega a confundir los discursos y las actividades sociales.

La sociología de Pierre Bourdieu: una pasarela a la sociohistoria

Una lectura crítica de la tradición sociológica

Las corrientes de pensamiento evocadas poco antes produjeron menor impacto en Francia que en otras partes, aun cuando su fuente de inspiración haya sido en parte francesa, porque Francia fue el país donde, más que en ningún otro, se apuntaló el núcleo duro de la sociología, elaborado por Durkheim y Weber. Esto se lo debemos

sobre todo a Pierre Bourdieu y a sus colaboradores reunidos en el seno del Centre de sociologie européenne de la École des hautes études en sciences sociales. Gracias a su colección «Le sens commun» y a su revista *Actes de la recherche en sciences sociale,* Bourdieu cumplió una tarea esencial en lo tocante a reunir el saber sociológico constituido desde el siglo XIX, trabajo que puso de relieve las líneas de fuerza de esta disciplina.

Al mismo tiempo, Bourdieu elaboró una obra que es el resultado de una apropiación personal de la sociología. Como los de Durkheim, Weber o Elias, los escritos de Pierre Bourdieu estuvieron profundamente marcados por el contexto en el cual vivió el autor y también por los problemas que más le preocupaban. Formado en un universo intelectual en el cual la creencia en la ciencia estaba en su apogeo, Bourdieu compartió las ambiciones de los sociólogos más brillantes de su generación. Su principal objetivo era construir una teoría general de la sociedad, capaz de establecer las leyes, o al menos las constantes, de la vida social. En un contexto científico que daba precedencia al enfoque cuantitativo, Bourdieu realizó sondeos movilizando los nuevos materiales suministrados por las grandes instituciones del Estado francés, como el Institut national de la statistique et des études économiques, INSEE [Bourdieu, 1979], lo cual lo llevó a adoptar en sus análisis las clasificaciones elaboradas por esos organismos, particularmente las categorías socioprofesionales.

A diferencia de sus antecesores, Bourdieu elaboró una obra resueltamente anclada en el presente, en una época en la que, también en Francia, el trabajo de campo adquirió legitimidad. Rechazando la división entre sociología y antropología, Bordieu emprendió con decisión estudios sobre los campesinos kabyles de Argelia [Bourdieu y Sayad, 1964] y estudios sobre la escuela y las instituciones culturales francesas [Bourdieu, 1989] y fijó las grandes líneas de su teoría desde el comienzo de su carrera. Esta

teoría procura integrar el enfoque estructural de Claude Lévi-Strauss en el seno de la matriz sociológica elaborada por Marx, Durkheim, Elias y Weber. El interés especial que siempre tuvo Bordieu por la cuestión de la dominación justifica el lugar central que le atribuyó a este último autor. En contra de algunos filósofos que, como Raymond Aron, presentaron a Max Weber como un pensador liberal, Bourdieu mostró que la dominación era el hilo conductor de toda la sociología weberiana. Esta lectura subversiva de Weber evitó que la sociología francesa cayera en el descrédito que casi en todas partes sufrió la disciplina cuando pasaron de moda los modelos funcionalista y estructuralista.

Aun cuando le deba mucho a Pierre Bourdieu, la sociohistoria no reivindica para sí sus ambiciones teóricas. El objetivo de la disciplina es resolver problemas empíricos precisos utilizando, caso por caso, los instrumentos que mejor se adapten. Los conceptos de «campo» y de «*habitus*» que están en el centro de la sociología bourdieusiana, pueden resultar útiles en ciertas investigaciones. Sin embargo, éstos son conceptos estructurales y no de acción relacional como los propuestos, por ejemplo, por Norbert Elias. El concepto de «campo» se asemeja bastante al de «configuración». Ambos designan un universo autónomo de individuos que persiguen los mismos objetivos y que, por eso mismo, están en competencia. No obstante, existe una diferencia importante entre las dos nociones. Para Elias, es posible identificar una configuración revelando el tipo de vinculaciones a distancia que crean una interdependencia entre los individuos implicados. En la sociología de Bourdieu, el concepto de campo designa un espacio estructurado teóricamente. Para construir un campo, primero es necesario aislar las propiedades que caracterizan a los individuos estudiados y luego, valiéndose de procedimientos estadísticos (particularmente los análisis factoriales) el investigador

debe descubrir las relaciones objetivas que mantienen entre sí esos individuos y las formas de dominación que los enfrentan.

Lo mismo puede decirse con respecto al concepto de *habitus.* Este designa las disposiciones interiorizadas por los individuos en el marco de las experiencias que han vivido, los condicionamientos de la infancia, la adquisición de reflejos y de costumbres que orientan luego el comportamiento de los adultos sin que éstos lo adviertan. Bourdieu redefinió esta antigua noción de la sociología para darle una inflexión de cariz estructuralista. Esto es lo que lo llevó a ver en el *habitus* «una estructura estructurada que funciona como estructura estructurante» [sobre los aportes y los límites de la sociología de Bourdieu, véase Lahire, 1999].

El lenguaje como relación de poder

Para el sociohistoriador el aporte más preciado de la sociología de Pierre Bourdieu no está allí. Más allá de todo lo que separa su obra de la de Jacques Derrida y la de Michel Foucault, estos tres intelectuales comprometidos compartieron una preocupación común que constituye la contribución mayor al conocimiento que dio esa generación. Los tres quisieron poner de manifiesto la función esencial que cumple el lenguaje en las relaciones de poder. Aquel que obtiene el poder de nombrar a los otros públicamente contribuye, de manera decisiva, a fabricar la identidad individual y colectiva de esos individuos; por lo tanto, orienta el sentido de sus existencias. Bourdieu trató este problema en el campo de la sociología. Y ello lo condujo a elaborar el concepto de «poder simbólico», hito fundamental de su obra. Las grandes líneas de su demostración aparecen en los primeros capítulos de la obra titulada *¿Qué significa hablar?* [1982], que mejor habría sido llamar «¿Qué quiere decir *escribir*?».

El punto de partida de esta obra recuerda una observación hecha por Émile Durkheim: todos hablamos el mismo idioma y, sin embargo, tenemos dificultades para comprendernos, porque no les damos la misma significación a las palabras. Bourdieu muestra que, para explicar este extraño fenómeno, hay que remontarse a toda la historia de la lengua nacional. El francés que hablamos hoy resulta de la unificación del mercado lingüístico operado bajo la tutela del Estado a partir del siglo XVII. Esta lengua consagró el triunfo de la comunicación a distancia, transmitida por la escritura en detrimento de las culturas orales. La victoria del lenguaje de Île de France implicó la destrucción de las lenguas escritas que coexistían antes en el territorio que hoy llamamos Francia. Al mismo tiempo, quienes hablaban esas lenguas, perdieron el interés por mantenerlas vivas y las abandonaron, dejándolas reducidas a la categoría de «dialectos», desarticulados, relegados a los campesinos, definidos negativamente en relación con los usos letrados.

La imposición de ese francés oficial, abstracto, indecible en las jergas locales modeladas por los usos cotidianos, ilustra una de las formas esenciales de la dominación cultural. Es una imposición que se ejerce por intermedio de la escuela, institución que ocupa un lugar central en la sociología de Pierre Bourdieu [1989]. La institución escolar funciona gracias a un cuerpo de profesionales que detenta el monopolio del uso legítimo de la lengua (los docentes). Es la instancia que permite, en un mundo basado en las relaciones a distancia, imponer a todos los ciudadanos las normas culturales dominantes. La escuela es, además, la institución que entrega los títulos escolares de valor nacional, oficialmente reconocido en el mercado del trabajo. La estrecha conexión establecida entre el mercado del trabajo y la escuela explica que los resultados escolares determinen cada vez más la posición que ocuparán los diferentes individuos en la sociedad. La escuela con-

tribuye así a reproducir las desigualdades y las injusticias de orden socioprofesional. En un mundo progresivamente sometido a los imperativos de la «comunicación», quienes quedan excluidos del sistema escolar no sólo están condenados a realizar los oficios más penosos, además y lo que es más grave, quedan privados de toda posibilidad de expresarse públicamente por sí mismos, sea en el campo político, en el mediático o en el cultural. Quienes sufren estas injusticias generalmente las aceptan pues están convencidos, aun en los casos en que las cuestionan, de que los veredictos escolares que los eliminan están justificados. Así es como interiorizan la imagen desvalorizada de sí mismos que les remiten los privilegiados. La dominación se produce por sí sola, mediante el simple juego de la competencia escolar.

El mayor aporte de Bourdieu a la sociología del Estado estriba en el papel que le atribuye a la escuela como monopolio de la violencia simbólica. La institución escolar ocupa en su sociología el lugar que para Weber tenía la Iglesia. Pero, a diferencia de este último, Bourdieu no afirma que la creencia sea una idea falsa. El concepto de poder simbólico pone el acento, por el contrario, en una dimensión que Weber no había tomado en consideración en sus reflexiones sobre la dominación: el hecho de que los individuos interiorizan las normas que les transmiten las instituciones hasta el punto de que éstas llegan a convertirse en componentes de sus propias identidades. Para Pierre Bourdieu, la dominación se asienta en el reconocimiento. Los estudios que realizó sobre las diferentes categorías de «portavoces» (políticos, periodistas, intelectuales) son el resultado lógico de toda una obra destinada a comprender mejor la función que cumple el lenguaje en la dominación del hombre por el hombre [Bourdieu, 1996]. Todos aquellos que gozan del privilegio de hablar en nombre de otros contribuyen a hacer existir los grupos al nombrarlos en la plaza pública, al definir los «problemas» de los que todo el mundo debe

hablar, proporcionando el caudal de argumentos legítimos del cual deberán valerse los dominados para expresar sus protestas. Pero, en un mundo donde sólo valen las relaciones de fuerzas, las verdades del sociólogo no tienen ninguna oportunidad de difusión en el espacio público, salvo si los hombres de ciencias son capaces de defenderlas personal y colectivamente.

Cuando la antropología y la economía se encuentran con la historia

Como ya lo indiqué antes, el aporte de Pierre Bourdieu a la sociohistoria no se limita a sus propias obras. La colección que dirigió en la editorial Minuit, «Le sens commun», dio a conocer un gran número de investigaciones en el campo de las ciencias sociales.

Jack Goody y el problema de la escritura

Una de las investigaciones más importantes para la sociohistoria es indiscutiblemente la obra de Jack Goody *La domesticación del pensamiento salvaje* [1977], presentada al público francés por Jean Bazin y Alban Bensa. Este libro marca el punto de partida de una nueva orientación de la antropología, en clara ruptura con la perspectiva estructural de Claude Lévi-Strauss, pues restablece el contacto con la historia y la sociología. La obra se concentra en el papel que tuvo la escritura en el desarrollo de las relaciones a distancia. La escritura es una técnica de comunicación que conserva la palabra a través del tiempo y del espacio, pero la transforma mediante un proceso de abstracción y de selección. El ojo suplantó al oído, como vector de la comunicación, lo cual hizo posible la organización espacial de la información. Al darle al hombre la posibilidad de almacenar conocimientos, la escritura

pudo resolver el problema de la memorización que había dominado hasta entonces la vida intelectual. El perfeccionamiento de las técnicas de escritura, particularmente la invención de la lista, de la fórmula y del cuadro, permitió, desde la Antigüedad, que la comunicación escrita reemplazara gradualmente la comunicación oral. Estas innovaciones desempeñarán un papel esencial en el desarrollo de la economía, de la ciencia y de la administración. Medio de fijar y almacenar el pensamiento, la escritura llegó a convertirse en un recurso prodigioso para acumular el saber con fines estratégicos gracias al invento de la imprenta. Esta condición la convertirá muy pronto en un elemento clave de las relaciones de poder. La cartografía y los censos de población sirvieron a los europeos para someter a los pueblos colonizados y, en el seno de las sociedades europeas mismas, la difusión de la cultura escrita en el campo fortaleció el poder de las elites, al desvalorizar las culturas populares, generalmente orales.

Karl Polanyi: la moneda como vínculo social

El principal libro de Karl Polanyi, *La gran transformación* [1944] fue escrito durante la Segunda Guerra Mundial. Economista vienés de origen húngaro, Polanyi también tuvo que abandonar su país a causa de las persecuciones antisemitas y refugiarse en Gran Bretaña y más tarde en los Estados Unidos. Su obra responde a la misma motivación que la de Norbert Elias: comprender las razones que provocaron el triunfo del nazismo. Como dice Louis Dumont, en el prefacio de la edición francesa, Polanyi forma parte de aquellos que se vieron obligados a «lidiar con la enfermedad de su tiempo» [p. IV].

Polanyi muestra que el advenimiento de los regímenes totalitarios es una consecuencia directa de la crisis económica de la década de 1930 pues ésta marcó el derrumbe del sistema liberal aparecido a comienzos del siglo XIX. El liberalismo se fundó en la utopía de un mercado «autorregulador»: la armonía entre la oferta y la demanda hacía inútil y hasta nefasta la intervención del Estado en las actividades económicas. Con el desarrollo del capitalismo, no sólo el trabajo sino también la tierra y la moneda se convirtieron en mercancías intercambiadas en un mercado. La moneda llegó a constituir así el medio de acción característico del sistema capitalista. Desde el siglo XIX, la instauración del patrón oro permitió que los grandes bancos europeos regularan las transacciones internacionales y pesaran, indirectamente, en la economía de los diferentes países. Todos los gobiernos de los Estados integrados en el sistema económico internacional debieron plegarse a la ley del patrón oro. Durante aproximadamente un siglo, la City de Londres estuvo así en posición de mover los «hilos de la red monetaria internacional» para su provecho. Este sistema de imposiciones consiguió mantener la paz (pues los grandes capitalistas no tenían interés en un conflicto mundial que habría hecho estallar el sistema) y, al mismo tiempo, alimentar numerosos conflictos locales, fundamentalmente en los imperios coloniales, con el propósito de conquistar nuevos mercados.

La primera gran crisis del capitalismo, que estalló en la década de 1870, reveló las fallas del sistema. Privados de empleo, millones de asalariados se vuelcan entonces a las organizaciones sociales que llegan a ser actores esenciales de la vida política. Los gobiernos se ven obligados a adoptar medidas proteccionistas y leyes sociales. De ahí el protagonismo creciente de los bancos centrales, destinados a mitigar las diversas fluctuaciones económicas manteniendo un cambio estable.

Puesto que la mayoría de la población está compuesta por asalariados, el Estado puede entonces influir sobre ellos utilizando el arma monetaria. La cuestión de la moneda se transforma así en una de las principales preocu-

paciones políticas en juego. Este intervencionismo del Estado demostró el carácter ilusorio del liberalismo, pero, a pesar de todo, los Estados se negaron a renunciar al dogma del patrón oro. Durante la década de 1920, los conservadores apartaron del poder a los partidos de izquierda precisamente en nombre de la ortodoxia monetaria. Pero en la década siguiente, la violencia de la crisis mundial obligará a las grandes potencias a abandonar, una tras otra, el patrón oro. Para Polanyi, «la ruptura del hilo de oro dio la señal de una revolución mundial» [p. 51]. Desde su punto de vista, tanto el fascismo como el comunismo son monstruos engendrados por el liberalismo, cuyos dogmas fueron elaborados y transmitidos por una pequeña elite de economistas relacionados con el ámbito de los negocios. De pronto, fuerzas políticas hostiles a la democracia tomaban a su cargo la tarea de protección de los asalariados, que incumbía a los Estados. Esas fuerzas utilizaron los poderosos medios de acción a distancia que habían estado forjando los Estados burocráticos durante más de un siglo, para llevar el mundo a la ruina.

El retorno del actor

No es sorprendente que, después de que Pierre Bourdieu desarrollara sobre todo una sociología de la dominación, los sociólogos de la generación siguiente, muchos de los cuales fueron sus alumnos, hayan preferido insistir en los vínculos de solidaridad. Asimismo, el fiel de la balanza que estaba del lado de las «estructuras» volvió a inclinarse hacia los «actores». Pero, signo de los tiempos, el gran aumento de los efectivos universitarios impidió entonces la elaboración de una sociología general, comparable a las que habían propuesto los representantes de las generaciones anteriores. Hoy, la innovación se da en algunos segmentos de la disciplina. Dos esferas que se han desarrollado recientemente en Francia interesan más particularmente al sociohistoriador.

Sufrimientos a distancia y convenciones

La primera corresponde al campo de la política. Rechazando el concepto de violencia simbólica, un reducido número de sociólogos ha concentrado su atención en las situaciones en las cuales los individuos intercambian argumentos, hacen acuerdos, adoptan convenciones. Uno de los aportes esenciales de esta nueva corriente de investigación es haber mostrado que, en general, la gente se siente obligada a justificar sus acciones movilizando argumentos que considera legítimos (justos). El estudio que Luc Boltanski [1990] dedicó a las cartas de denuncia enviadas al diario *Le Monde* pone el acento en aspectos de la comunicación a distancia todavía poco conocidos. Estos se expresan en forma de quejas dirigidas por personas que consideran haber sido víctimas de una injusticia y que escriben a los periodistas para que éstos hagan públicas sus protestas. El análisis de los medios retóricos empleados por estos lectores para dar importancia a su causa ponen de manifiesto el esfuerzo que realizan para «desingularizar» su protesta, para inscribirla en una lógica colectiva, que se ajuste a las exigencias de la política.

Las reflexiones de Boltanski sobre el «sufrimiento a distancia» [1993] desarrollan la misma problemática, pero se concentran en el papel que desempeñan hoy los medios en la construcción de causas humanitarias. Boltanski muestra que la «política de la piedad», que comenzó con la filosofía de la Ilustración, es una contradicción en sus mismos términos. Como vimos, las emociones se construyen siempre en la esfera de las relaciones directas, de persona a persona. La piedad es pues un recurso forzosamente individual, mientras que la política es una forma de acción a distancia. Sólo pudo aparecer cuando la co-

municación escrita, transmitida por los libros y la prensa, se ha desarrollado ya suficientemente. Para emocionar a los lectores o a los auditores situados lejos de quien escribe, es por lo tanto necesario inventar medios retóricos que den forma al sufrimiento individual, a fin de construir equivalencias entres situaciones personales completamente diferentes entre sí. Por ello, los desdichados que nos presenta cada noche la televisión son siempre personajes colectivos. Son historias verdaderas que corresponden a seres humanos completamente reales, pero que vemos como «típicas» o «representativas» de todo un grupo. El telespectador se identifica (positiva o negativamente) con las imágenes y el relato del periodista, pues le recuerdan situaciones que probablemente él mismo haya vivido, lo cual lo incita a actuar. Pero, sentado en su sillón, es impotente. Entonces, también él debe recurrir a medios de acción a distancia, como, por ejemplo, donar dinero a las asociaciones humanitarias o votar por el político que propone soluciones a los problemas.

La ciencia en acción

La sociología de la ciencia, impulsada por Bruno Latour [1987] también desarrolló una reflexión interesante sobre la cuestión de la acción a distancia que se realiza durante los últimos años. En su obra, la noción de «red» es equivalente al concepto de «configuración» de Elias. Para comprender el mundo de la ciencia, es necesario estudiar al conjunto de los actores que participan en la construcción del saber, es decir, no solamente a aquellos que producen los hechos científicos (los investigadores), sino también a aquellos que los utilizan para sus propios fines, principalmente los funcionarios del Estado, los directores de las empresas y, más allá de todos ellos, al conjunto de los ciudadanos concebidos como «consumidores» de productos científicos.

Los investigadores están vinculados entre sí por relaciones de competencia y de solidaridad, mediatizadas por una multitud de objetos, desde el cuaderno donde consignan sus observaciones hasta el maniquí en el que realizan experiencias, pasando por los instrumentos que usan en el laboratorio. Puesto que un descubrimiento sólo se considera un hecho científico cuando recibe la confirmación de otros especialistas en la materia, cada investigador tiene necesidad de sus competidores para lograr que su trabajo sea reconocido. Ahora bien, según Latour, nadie lee la mayor parte de los artículos publicados por los científicos, ni siquiera en el terreno de las ciencias físicas. Por lo tanto, la primera preocupación de un investigador es presentar su trabajo de un modo que pueda interesar a los demás. La notoriedad de la revista en la que aparece el artículo, el título dado al estudio, la manera de desarrollar el razonamiento para presentar como evidentes las conclusiones a las que el autor quiere que el lector llegue son todos medios retóricos que influyen decididamente en el modo en que la comunidad científica recibe el texto. Los investigadores utilizan pues el arma de la cita para aumentar el número de aliados, pues cuanto más cite uno a otros autores, tanto más reconocimiento recibirá de éstos que, a su vez, tendrán así una mayor sensación de existir. La competencia científica impulsa a los estudiosos a adoptar un lenguaje cada vez más técnico. Pero, al mismo tiempo, éstos deben ser capaces de realizar un trabajo de «traducción» para convencer a «los que toman las decisiones» de que las investigaciones que llevan adelante también son del mayor interés para ellos.

Después de haber presentado sucintamente las principales herramientas que la historia y la sociología le han proporcionado a la sociohistoria, veremos seguidamente cómo fueron aplicados esos instrumentos en investigaciones empíricas referentes a cuestiones económicas y sociales, políticas o culturales.

III. LAS CUESTIONES ECONÓMICAS Y SOCIALES

La investigación histórica se ha desarrollado haciendo la distinción entre periodos (desde la historia antigua a la historia contemporánea) y entre dominios (historia económica y social, política, cultural...). Para el sociohistoriador, estas clasificaciones son artificiales y con gran frecuencia dificultan la comprensión de los fenómenos. No obstante, para facilitar la exposición, he adoptado una presentación que se apoya en estas divisiones. Los estudios de casos nos permitirán mostrar concretamente cómo pueden establecerse los lazos entre una esfera y otra.

La sociohistoria se construyó sobre las ruinas de la historia económica y social. Esta corriente de investigación, nacida a fines del siglo XIX y comienzos del XX, tuvo su apogeo en las décadas de 1950 y 1960 impulsada por los *Annales*. Luego comenzó a decaer. La historia económica y social tuvo el viento a favor en los periodos caracterizados por las luchas sociales y la movilización del mundo obrero. Practicada fundamentalmente por historiadores que sentían simpatía por «los de abajo» y que a menudo se habían comprometido con la izquierda en su juventud, esta rama de la historia ocupó, durante mucho tiempo, el polo crítico de la disciplina, cuestionando la hegemonía de la historia política y denunciando los vínculos demasiado estrechos que mantenían sus representantes con el mundo académico, el poder del Estado y el periodismo.

La sociohistoria se sitúa en la prolongación de esta tradición crítica. Sin embargo, como veremos luego, se distingue netamente de la historia económica y social,

tanto por sus centros de interés como por sus modos de investigación.

La historia económica y social y sus herencias

Los límites de la historia cuantitativa

La historia económica y social inventó los métodos cuantitativos, gracias a los cuales los historiadores llegaron a familiarizarse con el empleo de las estadísticas. Pero sus agentes adoptaron una definición de las clases que ocultaba las relaciones que existían entre los individuos. Por otra parte, la oposición entre infraestructura y superestructura, heredada de un marxismo sumario, los llevó a querer abarcar toda la realidad histórica en una matriz que sirvió para construir el famoso plan en tres partes (en primer lugar, la economía; en segundo lugar, lo social; en tercer lugar, la política, la cultura o las mentalidades) que encontramos en la mayor parte de las tesis y las síntesis producidas por esta corriente [Braudel y Labrousse, 1982-1986].

La nueva historia social y las microhistorias

La animadversión que despertó la historia económica y social cuantitativa a partir de los años setenta incitó a los historiadores inclinados a continuar, a pesar de los vientos contrarios, con el estudio de la sociedad, a romper sus vínculos con la economía para volcarse a la antropología. El hecho de que los investigadores de estas dos disciplinas situaran en el centro de su idoneidad profesional el trabajo de campo de carácter monográfico facilitó la alianza. Los historiadores, convencidos de que para conocer verdaderamente un fenómeno es necesario haber consultado antes todos los archivos disponibles, se sintieron apoyados en sus opiniones por antropólogos como Clifford Geertz [1973], partidarios de la *thick description* («descripción densa»).

El contexto intelectual de la década de los setenta justifica el apasionamiento suscitado por una problemática que elevaba a un nivel superior la cuestión del sentido que los individuos le asignan a sus actos y que quería hacer oír la voz de los de abajo, sofocada por los de arriba. Este movimiento concordaba con la historia de las mentalidades y de las sociabilidades populares que, en la misma época, desarrollaron historiadores como Carlo Ginzburg [1976], Maurice Agulhon [1979] o Alain Corbin [1990] y reactualizaba los principios fundamentales del método histórico fijados en el siglo XIX, designándolos con nuevos términos. Los estudios empíricos, a menudo fascinantes, realizados por los defensores de estas diversas «microhistorias» sustentaron una serie de debates metodológicos, a veces muy vivos. Una de las cuestiones que concentró la atención es el problema de los «juegos de escalas» [Revel, 1996]. ¿Cómo pasar de lo «micro» a lo «macro»? ¿Cómo generalizar observaciones hechas en un nivel local?

La alianza entre la historia y la antropología también condujo a la historia social en otras direcciones. A diferencia de los defensores de la microhistoria, sus adeptos daban prioridad, no al marco local sino al marco nacional. Esta corriente, llamada la «nueva historia social» prosperó sobre todo en Gran Bretaña y en Alemania [Crossick y Haupt, 1995], pero también tuvo sus partidarios en Francia [Charle, 1991; Ruhlman, 2001] y consiguió renovar la historia de las clases sociales al diferenciarse de sus predecesoras en dos aspectos decisivos. A partir de entonces, las clases sociales ya no se consideraron como algo «dado» al comienzo de la investigación. Por el contrario, uno de los objetivos era mostrar cómo emergieron y se consolidaron en el transcurso del tiempo. Además, los criterios económicos, que para los in-

vestigadores anteriores ocupaban un lugar de privilegio, perdieron peso a favor de todos los demás factores (culturales, políticos, lingüísticos) que pueden participar de la construcción de una identidad colectiva.

Con la influencia de Bernard Lepetit [1995], la historia social se acercó además a la sociología, con lo cual abrió una posibilidad de diálogo con la sociohistoria que, por desgracia, no pudo concretarse a causa de su desaparición.

Cómo aborda la sociohistoria las cuestiones económicas y sociales

Existen numerosos puntos de intersección entre estos campos de investigación y la sociohistoria, pero el objetivo es diferente. El sociohistoriador se diferencia de los seguidores de la nueva historia social porque su primera preocupación es estudiar a los individuos reales, en el marco de sus actividades cotidianas, dejando de lado las entidades colectivas definidas de acuerdo con criterios objetivos. En este sentido, se asemeja bastante a la microhistoria. Pero el sociohistoriador no comparte los supuestos interaccionistas que subtienden esa corriente de investigación. A diferencia de Giovanni Levi [1985] no cree, por ejemplo, que la realidad social se construya en las relaciones que los actores establecen directamente entre sí en el curso de su vida cotidiana. Semejante perspectiva no le asigna ningún lugar a las relaciones a distancia que el sociohistoriador pone en el centro de su análisis.

Otra diferencia importante entre estas dos corrientes y la sociohistoria corresponde al hecho de que esta última no deja fuera de su esfera de investigaciones las cuestiones económicas. Como la política o la cultura,

la economía es una esfera de actividad que relaciona a los individuos entre sí y por ello forma parte de los intereses del sociohistoriador, quien estudia la génesis de los fenómenos económicos contemporáneos, determina cuáles son las configuraciones y las agrupaciones propias de ese universo de práctica y pone al descubierto las relaciones de poder que lo caracterizan y su dimensión simbólica.

Génesis de las vinculaciones materiales

Hoy vivimos un momento importante de la historia multisecular de internacionalización de los intercambios. La contribución que puede hacer la sociohistoria a la comprensión de este fenómeno consiste en poner de relieve el tipo de relaciones a distancia que caracteriza la situación actual. Para ilustrar esto, tomaré un ejemplo trivial. Ahora, cuando voy a retirar dinero del banco, casi siempre estoy obligado a utilizar una tarjeta de débito y pasar por un cajero automático. Este no me entregará los preciosos billetes, salvo que yo esté inserto en una inmensa red, en el seno de la cual ojos anónimos cobran un salario para verificar a distancia mi identidad, mis ingresos y hasta mi moral. Esta extensión de las cadenas de interdependencia es, por un lado, una fuente de libertades nuevas, pues me facilita las transacciones y, a la vez, un dispositivo que me sitúa ante imposiciones inéditas. El «banquero» (o, más precisamente, los individuos que representan al banco) puede actuar sobre mí a distancia con un simple clic del ordenador. El grifo de billetes se cierra inmediatamente y yo me quedo desabastecido.

El pago electrónico que ya se está imponiendo ante nuestro ojos es el último estadio alcanzado por la «cosificación» de los intercambios, al final de una historia multimilenaria que llevó a los hombres del trueque a la mone-

da, de la pieza metálica al billete de banco y a los cheques, hasta los actuales cajeros automáticos. Ya en la Antigüedad griega, los progresos de la navegación por el Mediterráneo extendieron la difusión de la escritura alfabética e intensificaron los intercambios monetarios. Gracias a tales progresos, los comerciantes, que se desplazaban por territorios cada vez más distantes, tuvieron nuevas posibilidades de sustraerse a las formas de control tradicionales, fundadas en el trato personal y en el interconocimiento. La multiplicación de los contratos escritos, que garantizaban la seguridad de los intercambios monetarios, constituyó un medio de afrontar ese peligro, pues movilizaba las nuevas técnicas de identificación a distancia que ofrecía la escritura [Lombardo, en Detienne, 1988].

Encontramos la misma lógica, aunque en un nivel por completo diferente, en la Europa del siglo XIX, en el momento de la revolución industrial. El invento del ferrocarril provocó una extraordinaria aceleración de los desplazamientos individuales. La comunicación escrita se impuso en todos los estratos de la población a consecuencia del descubrimiento y los perfeccionamientos de la imprenta y gracias a la escolarización generalizada. Simultáneamente, la extensión general de los intercambios monetarios aseguró el triunfo del sistema de salarios. Los trastornos a los que asistimos hoy marcan una nueva etapa de las historia de las vinculaciones materiales. Como las precedentes, ésta combina los progresos técnicos relativos a los desplazamientos de las personas (desarrollo del transporte aéreo) y las comunicaciones a distancia (los medios audiovisuales, internet, etcétera).

El mercado como configuración económica

Para el sociohistoriador, un «mercado» es un ejemplo característico de configuración, pues pone en conflicto a empresarios que participan de una misma competición. Las luchas de competencia que los oponen se resuelven frecuentemente con la desaparición de los más débiles (quiebras) en beneficios de los más fuertes, que de ese modo pueden adquirir posiciones de monopolio en un sector dado. Pero estas luchas también suelen desembocar en acuerdos entre los productores. Hoy, las empresas más poderosas son «sociedades por acciones» que reúnen a muchos individuos que decidieron asociarse para unir sus fuerzas frente a la competencia.

Para el sociohistoriador, estas grandes empresas constituyen agrupaciones de individuos que reúnen gran número de asalariados, quienes trabajan en lugares a veces muy alejados entre sí. Para imponer sus decisiones al conjunto del personal, los dirigentes deben apoyarse en una organización administrativa que funciona como un instrumento de acción a distancia, con un directorio, gerentes y un reglamento interno. El nombre de la sociedad, los signos de pertenencia y los portavoces que la empresa se asigna son todos factores que le confieren su «personalidad». Así, los asalariados pueden identificarse con su sociedad, adherirse al «patriotismo de empresa» que los dirigentes procuran inculcarles. Pero este es también un universo muy conflictivo. Las luchas entre los dominantes (la patronal) y los dominados (los obreros) de este sector de actividad desempeñaron un papel central en la historia de las sociedades europeas desde el siglo XIX. Uno de los objetivos de la sociohistoria es comprender cómo se articularon, según los diferentes casos, estos dos tipos de relaciones de poder (dominación y solidaridad) a través del tiempo.

El sociohistoriador se interesa asimismo en otro tipo de relaciones que caracterizan un mercado, las que vinculan a los productores con los consumidores. Las empresas compiten con el objeto de conquistar la mayor

cantidad posible de «clientes». Para lograrlo, deben extender los dispositivos materiales que les permiten llegar a ellos y encontrar los medios de «seducirlos». La publicidad ilustra la importancia que adquirió el poder simbólico en la esfera económica. El nombre del producto y las cualidades asociadas a él constituyen las principales cuestiones en juego de la competencia económica en el mundo actual.

Todas estas relaciones entre individuos se concretan a través de un medio de acción a distancia que es la característica más evidente de las actividades económicas: la moneda. Como lo mostró Karl Marx, la acumulación primitiva del capital permitió que los empresarios impusieran su ley a quienes, para vivir, sólo podían contar con su fuerza de trabajo. La relación salarial [Boyer, 2004], que triunfó a partir del siglo XIX, colocó a la mayor parte de los individuos en una situación de dependencia de las empresas capitalistas. El salario asociado al rendimiento y los sistemas de premios, destinados a recompensar principalmente la asistencia o la puntualidad, fueron otros tantos medios gracias a los cuales los dirigentes estuvieron en posición de orientar la conducta de los obreros con el fin de aumentar su productividad. La parte esencial que desempeña la Bolsa en la vida económica constituye, para el sociohistoriador, otra ilustración de la importancia de la moneda entendida como instrumento de acción a distancia. Las fluctuaciones de las cotizaciones de los valores en el CAC 40 [*Cotation Assistée en Continu,* índice bursátil francés que agrupa a las 40 principales empresas] pueden interpretarse como la traducción monetaria de las luchas de competencia que libran las empresas. La suerte de una multitud de individuos depende ahora de competencias que oponen a los poseedores de capitales en los mercados bursátiles.

¿Qué es un «grupo social»?

En Francia, la «cuestión social» se impuso durante la Monarquía de Julio, cuando militantes, escritores y periodistas empezaron a denunciar la explotación de los trabajadores que se practicaba en las fábricas y reclamaron la aplicación de reformas que mejoraran la suerte de la clase obrera. Durante la década de 1870, la devastación provocada por la Gran Depresión obligó a los representantes del pueblo a tomar medidas proteccionistas que marcan el comienzo de la política social. Las leyes adoptadas por los Estados permitieron diferenciar, dentro de una sociedad, conjuntos de personas con derechos que fueron designadas de diversas maneras: clases, categorías sociales, grupos socioprofesionales, etcétera. Todos estos conjuntos tienen en común el hecho de que agrupan a individuos dispersos en todo el territorio nacional, pero que están vinculados entre sí por un interés compartido, garantizado por la ley. Este tipo de relaciones a distancia sólo pudo aparecer a fines del siglo XIX, cuando el Estado nación alcanzó en Europa su pleno desarrollo. Como vimos en el capítulo primero, lo que caracteriza a un Estado es la posibilidad que tienen sus dirigentes de imponer su voluntad a millones de personas apoyándose en la burocracia. El sociohistoriador que quiere estudiar la historia de las políticas sociales debe pues remontarse a la génesis de los medios de acción puestos a disposición de los gobernantes.

Los primeros de estos medios son de orden material. Ninguna política social pudo ver la luz antes del desarrollo de los ferrocarriles, antes de la difusión de la cultura escrita ni de la moneda, sencillamente porque, sin esos instrumentos, el poder central nunca habría podido llegar directamente a todos los individuos que dependen de él. Pero los Estados disponen además de sus propios medios de acción. El más importante

de ellos es el orden jurídico. Para la sociohistoria del Estado, el derecho tiene el mismo protagonismo que la moneda para la sociohistoria del capitalismo. Las nuevas políticas sociales se aplicaron mediante un doble proceso de *categorización* (la ley fija criterios abstractos para definir las categorías de los que tienen derechos) y de *identificación* (la administración se encarga de aplicar la ley indicando quiénes son los individuos que pueden beneficiarse con ella y quiénes quedan excluidos) [Noiriel, 2001]. Estas medidas jurídicas sólo pudieron aplicarse cuando la burocracia alcanzó un grado de perfeccionamiento y sus funcionarios inventaron una multitud de medios formales: documentos de identidad, legajos personales, registros, etcétera, cuya historia también indaga el sociohistoriador. Estos instrumentos estatales de acción a distancia permitieron sancionar las leyes proteccionistas, particularmente en materia de inmigración, punto de partida de las políticas sociales de Europa.

Estudios de casos

La formación del proletariado en las grandes ciudades de Brasil

La sociohistoria de las actividades económicas ha estudiado las nuevas relaciones de poder introducidas por el modo de producción capitalista en las sociedades rurales tradicionales. La investigación que Afrânio Garcia [1989] dedicó al proletariado que hoy vive en las inmensas *favelas* que rodean las grandes ciudades de Brasil, como Río de Janeiro o São Paulo, prueba que la indagación sociohistórica puede conciliarse perfectamente con una investigación de campo y hacer hincapié en el análisis de un problema actual [sobre otros ejemplos referentes al mundo de la empresa, véase Beaud y Pialoux, 1999; Kott, 2001].

La gran mayoría de esos proletarios son inmigrantes llegados de las plantaciones de caña de azúcar del nordeste que pasaron su juventud en un mundo en el cual la propiedad de la tierra fundaba todas las relaciones de poder. Los más desposeídos no tenían otra posibilidad que transformarse en *moradores*, sometidos a un gran propietario que les proporcionaba su protección y el libre usufructo de una parcela de tierra. Con el desarrollo del capitalismo, la mano de obra llegó a ser un objeto de competencia entre esos propietarios y los dirigentes de las empresas instaladas en las grandes ciudades del sudeste. El poder económico, político y cultural de los grandes terratenientes se asentaba, en efecto, en la cantidad de individuos que podían integrar en su red de clientes. Para reforzar su reputación de «protectores» estaban obligados a gastar mucha energía, pues su dominación se basaba en un sistema de dependencia directa, no institucionalizada y, por lo tanto, frágil. Esta lógica paternalista explica que los propietarios de tierras hayan tratado de inmovilizar esa mano de obra en el interior del espacio que controlaban.

Pero el progreso de los nuevos medios de comunicación ofreció a los *moradores* la oportunidad de expandir sus horizontes, desplazarse a las grandes ciudades, primero temporalmente y, luego, con frecuencia, de manera definitiva. Esta libertad de movimientos y el hecho de cobrar un salario que les proporcionaba «poder de compra» extendieron considerablemente sus posibilidades de acción. Retrospectivamente, se dieron cuenta de que los terratenientes les habían quitado los medios de dirigir sus propios destinos. No obstante, muy pronto cayeron en la cuenta de que sencillamente habían pasado de un sistema de imposiciones a otro, pues adquirieron la libertad de convertirse en pobres. En la nueva situación,

lo que restringe el espacio de las posibilidades es la falta de medios económicos. Una parte de ese proletariado, sacada del anonimato de las grandes ciudades, descubre entonces las patologías urbanas: la violencia, las drogas, la prostitución. Aparecen nuevas dependencias, respecto de los partidos políticos, de los grupos religiosos, etcétera. Afrânio Garcia señala, sin embargo, que para medir con precisión los efectos de este cambio en el modo de dominación, el investigador debe permanecer atento a las historias individuales. «Cómo juzga cada cual la intensificación de las migraciones depende de los efectos que haya tenido la partida en su propia trayectoria, según se trate de un decadencia o de un ascenso social» [p. 162].

La génesis del Estado nacional francés

La sociohistoria de las políticas sociales exige rastrear la génesis de los instrumentos de acción a distancia que luego movilizaron los gobiernos a fines del siglo XIX en un intento de encontrar soluciones a la Gran Depresión. La obra de Philippe Minaud [1998] sobre el cuerpo de inspectores de manufacturas creado por Colbert en 1669 analiza una etapa crucial de este proceso. A partir de esta época, el dominio real se transforma para convertirse en el territorio del Estado, entendido como espacio público. Progresivamente, se confía la gestión del reino a funcionarios revocables y no ya a agentes que ejercen su cargo a título personal. En el seno del estado se instaura paulatinamente una diferenciación de las funciones. Los funcionarios no sólo aseguran el mantenimiento del orden y la recaudación de impuestos; también comienzan a ocuparse de la red carretera, del comercio, etcétera.

Con todo, estas mutaciones corresponden a un tipo de relaciones de poder que siempre obedecen a la lógica feudal. Para alimentar su política de conquistas militares, Luis XIV está obligado a llenar permanentemente las arcas del Estado. Sin embargo, no puede obligar a los más ricos (la nobleza) a pagar impuestos. De ahí que huya permanentemente hacia delante pidiendo créditos que desvían los capitales de la actividad productiva. Para luchar contra ese vicio fundamental, sin afectar la estructura de dominación propia de esta época, Colbert emprende una política económica intervencionista que se conoce con el nombre de «mercantilismo». Hay que atraer el oro y la plata procedentes de la minas de América del Sur vendiéndoles a los vecinos más de lo que se les compra. Esta es la principal razón por la que Colbert procura estimular la producción industrial. Como ya lo había señalado Karl Polanyi [1944], el mercantilismo constituyó un paso importante de la instauración de un mercado nacional, protegido por los derechos de aduana, destinado a frenar la importación de productos llegados desde Inglaterra a precios más competitivos. Colbert suprime una importante cantidad de barreras interiores, descompartimenta los mercados y estimula la competencia en un sistema de producción dominado por los gremios.

Esta política pudo ponerse por obra gracias a una meticulosa reglamentación, cuya aplicación estaba a cargo de los inspectores de manufacturas. Pero estas primeras formas de acción a distancia del Estado encuentran múltiples obstáculos materiales. En aquella época, los medios de transporte mecánicos aún no existían. «La eficacia del inspector estriba en la capacidad de movilidad de un hombre a caballo» [Minard, 1998, p. 49]. Además, los inspectores no suman más de una veintena y tienen la misión de cubrir todo el territorio del reino. Las armas de que dispone el poder central para lograr que sea obedecido son aún limitadas a causa del carácter hereditario de la función, de la debilidad de los tratamientos y de la ausencia de un sistema de retiro. Las interven-

ciones de los inspectores en las actividades económicas del reino se topan con fuertes resistencias. En efecto, los representantes de los diversos gremios tratan de defender sus prerrogativas y las tradiciones que a menudo se remontan a la Edad Media. Por otro lado, el desarrollo de la industria textil provoca la multiplicación de talleres, dirigidos por empresarios que se oponen a los reglamentos estatales en nombre de la libertad de empresa. Estos consideran que el Estado debe limitarse a asegurar el orden reprimiendo los actos de subordinación de sus obreros.

Así y todo, los inspectores de manufacturas contribuyeron en gran medida a desarrollar los medios de acción a distancia, particularmente porque realizaron un enorme trabajo de *registro escrito* de las realidades industriales de la época. Hacer un inventario de las actividades, identificar a los productores, clasificar y centralizar los datos, eran todas tareas administrativas indispensables para que, un siglo después, la política social del Estado nación pudiera ver la luz. Si bien durante la Revolución francesa el cuerpo de inspectores de manufacturas fue suprimido, no puede ignorarse la importante función que cumplió en la instauración del poder administrativo. En el siglo XVIII, se registra un comienzo de autonomización y de profesionalización del cuerpo, evolución que los inspectores defienden en nombre de su idoneidad y su dedicación al servicio público.

La obra en que Alain Desrosières [1993] investiga la «política de los grandes números» muestra la parte que le correspondió a la estadística en el imponente trabajo colectivo realizado por los funcionarios del Estados para «capturar» a la sociedad mediante la escritura. Todos los discursos actuales sobre las fluctuaciones de la coyuntura, la población activa, el poder de compra, se basan en datos cuantitativos centralizados que nos hacen perder de vista a los individuos

reales en su infinita diversidad. Sólo fue posible retratar a nuestras sociedades en cifras y en series pagando el precio de un inmenso trabajo histórico de registro de las identidades individuales que ahora comenzamos a advertir más acabadamente. Iniciado en el Antiguo Régimen, este trabajo tenía que ver no sólo con las actividades económicas, sino también con el mantenimiento del orden. El control de los desplazamientos individuales, logrado gracias al uso de pasaportes, fue el punto de partida de una política de identificación de las personas basada en los registros parroquiales [Denis y Milliot, 2004].

La Revolución marca el comienzo de una nueva etapa, caracterizada por la instauración de un sistema administrativo centralizado cuyas grandes líneas se fijaron durante el primer Imperio y que se sustenta en la existencia de un personaje esencial, escalón intermedio entre la base y la cima del Estado, el prefecto. Simultáneamente, una serie de innovaciones (la unificación de los pesos y medidas, el sistema métrico, la codificación de la lengua francesa, etcétera) permitieron homogeneizar el espacio nacional y moldear una sociedad que vinculaba a distancia a los millones de individuos que la componían. El desarrollo de la administración postal, enérgicamente impulsado por el tendido del ferrocarril, señaló un momento decisivo para el perfeccionamiento del «registro escrito» del territorio nacional. La gran investigación efectuada durante la monarquía de Julio con el propósito de crear un nuevo diccionario ilustrado de los puestos de correo ilustra perfectamente este proceso [Chartier, 1991]. En cada región de Francia se les pide a los funcionarios que identifiquen con precisión todas las localidades, que hagan un recuento de sus habitantes y que asienten los nombres de a los principales, de modo tal que «no se omita ni un solo lugar habitado, ni siquiera los que cuenten con una sola casa».

Durante ese mismo periodo, se crea un nuevo organismo del Estado, la Estadística General de Francia (antepasada del INSEE). Los datos que reúnen sus funcionarios en el terreno, siguiendo cuestionarios uniformes, van a parar a un organismo central donde se los procesa mediante tratamientos cuantitativos homogéneos. Surgirá así una nomenclatura de los oficios y luego un registro de las distintas ramas de las actividades. Este material constituirá, después de la Segunda Guerra Mundial, la base sobre la cual los peritos en estadísticas construirán las «categorías socioprofesionales», esos personajes colectivos que hoy pueblan los discursos de los expertos, de los políticos y de los periodistas.

Grupos socioprofesionales y categorías socioadministrativas

Los cuadros.— La obra de Luc Boltanski [1982] sobre los cuadros mostró la importancia de los factores políticos en la creación de agrupaciones de base profesional. Ese término «cuadro» que para los franceses de hoy resulta evidente, se impuso sólo en la década de 1930 para designar a un conjunto de individuos (desde los capataces a los ingenieros de las grandes escuelas) que al comienzo no creían tener nada en común. Este agrupamiento fue el resultado de las luchas que opusieron a los representantes de la patronal y a los del mundo obrero durante la crisis. Los miembros de las «clases medias» se vieron obligados a tener también ellos sus propios representantes capaces de defender sus intereses en las negociaciones colectivas en un universo dominado entonces por la «camaradería» de clase.

Estos grupos se estabilizaron al darse un nombre propio («cuadros») que sirvió para elaborar una nueva categoría en las nomenclaturas estadísticas. Los individuos designados para hablar en nombre del grupo (sobre todo los dirigentes del sindicato creado para defender a los cuadros: la CGC, Confédération Générale des cadres) contribuyeron a reforzar esta identidad colectiva al obtener derechos garantizados por el Estado. Para dar el último toque a este trabajo de homogeneización se inventaron símbolos de pertenencia, gracias a los cuales los individuos alejados de los centros de decisión pudieron identificarse con los portavoces del grupo (por ejemplo, el uso de traje y corbata). No obstante, esa unificación fue también el objeto de luchas internas en el ámbito de los cuadros, pues los elementos mismos que habían servido para fijar su identidad colectiva habían sido tomados del sector dominante del grupo (los cuadros superiores) en detrimento de los demás. Los cuadros de base (por ejemplo, los capataces), próximos a los obreros, tanto por sus ingresos cómo por su estilo de vida, quedaron atrapados en un doloroso proceso de negación de una parte de sí mismos.

Este tipo de análisis se extendió luego a otros grupos socioprofesionales [Desrosières y Thévenot, 1996] y más tarde a otras entidades colectivas fabricadas por el Estado en el marco de su política social. El libro en que Christian Topalov [1994] estudia el nacimiento de los desempleados es un buen testimonio de estos desarrollos de la sociohistoria. Concentrado en el periodo 1880-1910, el estudio comparativo (Nueva York, París, Londres) deja ver que la lucha contra el desempleo llegó a ser una preocupación común a todos los países industrializados, aunque esa preocupación haya conducido a tomar medidas variables según los casos. Los congresos internacionales, que se multiplican durante el cambio de siglo, constituyen una oportunidad para que los expertos de esos países elaboren un saber colectivo que alimentará luego las políticas destinadas a resolver el problema de la desocupación. Altos funcio-

narios, representantes sindicales o patronales, gobernantes, universitarios comienzan pues a tejer vínculos estrechos entre sí sin dejar de enfrentarse en cuestiones tales como la definición, el diagnóstico y las soluciones del flagelo. Si bien durante este periodo en ninguna parte el Estado se hizo cargo verdaderamente del desempleo, éste fue un momento fundador, pues el movimiento reformador habrá de legitimar la separación entre asalariados y no asalariados, con lo cual contribuirá de manera decisiva a «naturalizar» el problema [sobre el caso alemán, véase Zimmermann, 2001]. Poco después, este tipo de estudios sociohistóricos se extendió a otras categorías de «personas con derechos», como los jubilados [Dumons y Mollet, 1994], los «discapacitados sensoriales» [Buton, 2003] o los grupos de intereses [Offerlé, 1994].

LOS REFUGIADOS.— La mayor parte de las investigaciones se refieren a agrupaciones de individuos que consiguieron hacer valer sus derechos, pues eran ciudadanos de su Estado. Pero estas medidas de integración nacional estuvieron dirigidas en contra de quienes no podían beneficiarse de tal protección, fundamentalmente los extranjeros y las poblaciones coloniales. En mis indagaciones sobre el derecho de asilo, mostré que, en este caso preciso, el proceso de categorización estatal no era el resultado de un trabajo de movilización de las personas directamente implicadas [Noiriel, 1991]. Se trata, por el contrario, de un efecto indirecto de las formas de exclusión practicadas por el Estado francés a fines del siglo XIX, en el momento en que se completó la gran división entre nacionales y extranjeros.

La Convención de Ginebra de 1951 adoptó resoluciones que constituyeron una salida del atolladero en que habían quedado atrapados los refugiados desde la Primera Guerra Mundial, obligados a huir de sus países pero sin la posibilidad de encontrar un lugar de acogida a causa del control cada vez más riguroso de las fronteras. Pero, cuando la crisis económica reactivó las lógicas proteccionistas, los Estados recuperaron con una mano lo que habían cedido con la otra, utilizando procedimientos burocráticos de identificación de las personas para rechazar de manera generalizada a los «falsos refugiados». El análisis puso de relieve las nuevas formas adoptadas por las relaciones de poder en las democracias avanzadas. Las prácticas de dominación ahora se concretan por el mero hecho de que los representantes de los Estados exigen a los demandantes de asilo pruebas de la persecución que, por definición, éstos no pueden suministrar. Por consiguiente, para cerrar las puertas, basta con elevar las exigencias en materia de pruebas, sin necesidad de acantonar tropas en los puestos fronterizos como lo hizo la Tercera República a fines de la década de 1930, para tratar de oponerse a la entrada de los refugiados españoles.

Estas técnicas de protección del grupo nacional, aplicadas a distancia con ayuda de los ordenadores y los medios biométricos de identificación, son muchos más eficaces que las anteriores. El hecho de que sean prácticamente invisibles hace que los dirigentes de los Estados más ricos puedan aplicarlas con todo el rigor, al tiempo que multiplican los discursos humanistas. Aquí nos encontramos ante una forma de interdependencia en la que el equilibrio del poder está repartido de manera sumamente desigual. Los medios de acción de los dominados son, en efecto, muy débiles pues éstos no tienen la posibilidad de elegir a sus propios representantes en el espacio público. Dependen de las asociaciones de militantes de los países en los que están exiliados y de organizaciones internacionales tales como el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, tributarios a su vez de las contribucio-

nes financieras aportadas por los Estados nacionales. No obstante, el movimiento de los «indocumentados» mostró que, aun en esas situaciones desesperadas, las víctimas podían apropiarse de los rótulos estigmatizadores que les pegaban en la espalda los burócratas, para convertirlos en armas de lucha.

LOS MESTIZOS.— La investigación realizada por Emmanuelle Saada [2001] sobre la génesis de la categoría «mestizos» constituye un buen testimonio de cómo se aplicaron esas formas de exclusión en el imperio colonial francés. En ese caso, la división entre nacional y extranjero se fortalece mediante una discriminación más profunda, que opone a ciudadanos e indígenas y que fue impuesta a fines del siglo XIX por los colonos como un modo de evitar que las poblaciones locales se rebelaran contra su dominación. Dado que la filiación es un criterio esencial para atribuir la nacionalidad y la ciudadanía, la dominación colonial se conjugó con la dominación masculina, fijada en el derecho por el código civil. En aquella época, efectivamente, las reglas de filiación daban primacía al poder paterno. El niño nacido de madre indígena y de padre desconocido no era considerado ciudadano francés. De ahí la multiplicación de los «reconocimientos fraudulentos» denunciados por los representantes del poder colonial como un atentado a la soberanía del Estado, pues se daba por sentado que muchos individuos conseguían la condición de ciudadanos en virtud de declaraciones falsas. Muchas demandas terminaban en juicios de anulación. De un plumazo, se excluía de la comunidad francesa a los hijos que nacían en esas condiciones. En 1928, para protegerlos, el tribunal de apelaciones de Hanói dictó un decreto que introdujo por primera vez en la jurisprudencia el criterio de la raza como elemento de atribución de la ciudadanía. Los juristas apelaron al saber

antropológico de la época para fijar el criterio que desde entonces definirá el «origen francés». Se mencionan como elementos de prueba el nombre, las costumbres y hasta las pericias médicas. Los niños abandonados y reconocidos como ciudadanos franceses fueron llamados entonces «huérfanos euroasiáticos de Indochina» y fueron criados en los orfelinatos de las colonias. En 1947, el ministro de Ultramar decidió repatriar a la metrópoli a más de cuatro mil quinientos de estos niños y en el mismo año se creó la Federación de las obras de la infancia francesa de Indochina (Fédération des œuvres de l'enfance française de l'Indochine, FOEFI). En 1987, muchos de ellos, ya maduros, se reagruparon en una asociación con el propósito de reanudar los hilos de su memoria colectiva.

IV. LA POLÍTICA

Las cuestiones políticas atrajeron enormemente el interés de los sociohistoriadores franceses desde los años ochenta, hasta el punto de que la sociohistoria conforma toda una rama de las ciencias políticas [Offerlé, 2001; Deloye y Voutat, 2002]. Aun cuando la definición adoptada en este libro no corresponda exactamente a la que dan los politólogos, en este capítulo dedicaremos un amplio espacio a sus trabajos para mostrar las nuevas perspectivas que se abren así a la investigación histórica.

Retorno a la historia política

Una corriente hegemónica

A intervalos regulares, filósofos, sociólogos y hasta algunos historiadores, han afirmado que la historia política era algo «superado». Pero estas polémicas no surtieron ningún efecto, porque no tenían objeto. Para el sociohistoriador, todas las corrientes de investigación tienen legitimidad propia. Cada una ofrece herramientas que permiten aclarar ciertos aspectos de la realidad y también deja otros en la sombra. La historia política estudia los problemas que interesan a los actores de la vida pública y utiliza el vocabulario forjado por ellos, en el que encontramos sobre todo palabras que designan entidades colectivas: la nación, el pueblo, la opinión pública, la derecha, la izquierda, etcétera. La historia de las relaciones internacionales enriqueció este

vocabulario con términos tomados del lenguaje diplomático. El nombre de una ciudad puede servir entonces para referirse a la acción de un Estado: «Washington eleva el tono». A veces, se utiliza con el mismo objetivo el nombre de la calle donde tiene su sede el Ministerio de Asuntos Extranjeros: «El Quai d'Orsay reaccionó vivamente».

Las vanguardias de la nueva historia política

Desde los años setenta, comenzó a emerger una nueva historia política capaz dar cuerpo a los enfoques cuantitativos y de arrojar luz sobre el presente, situando los problemas de actualidad en el proceso de larga duración. Esta historia política renovada tendió vínculos con la historia social y con la historia cultural [Rémond, 1988] y se concentró en varias cuestiones fundamentales.

La primera de ellas corresponde a la historia de las relaciones internacionales. Este sector dispone ahora de sus propios centros de investigación y de sus propias publicaciones. Sus expertos estudiaron mucho las luchas de liberación nacional, los enfrentamientos entre las grandes potencias, las crisis y las guerras [Girault, 2004].

El segundo tema al que da prioridad la historia política es el de las elecciones y los partidos. Desde André Siegfried [1913] hasta René Rémond [1988], pasando por Charles Seignobos [1934], los grandes historiadores de la política francesa se sintieron fuertemente atraídos por este tema y todos lo abordaron en una perspectiva conforme a los principios que subtiende la democracia. Puesto que todos los ciudadanos tienen los mismos derechos electorales, expresan libremente su elección personal y votan por el candidato que prefieren, en función de sus intereses o de sus convicciones. Basta pues adicionar esas elecciones individuales para obtener corrientes políticas (de derecha, de izquierda, etcétera) y la suma de esas corrientes indica cómo votó la nación francesa (alemana, japonesa o la que sea).

El objeto de la investigación es, en este caso, trazar la historia de los comportamientos electorales para descubrir las tradiciones políticas y tratar de explicarlas teniendo en cuenta los factores económicos, sociales, culturales, etcétera. Muy pronto, la historia política estuvo en condiciones de representar estas elecciones colectivas en mapas y cuadros y utilizarlas como base para elaborar sus comentarios acerca del vínculo entre el pasado y el presente. El estudio de los partidos enriqueció la historia electoral, sin romper con sus supuestos básicos. La legitimidad de este tipo de investigación quedó confirmada por el hecho de que los principales competidores de la historia política (y la sociohistoria no fue la excepción a la regla) acometieron la tarea de examinar el fenómeno electoral. Por ejemplo, Paul Bois [1960], uno de los alumnos de Ernest Labrousse, puso los instrumentos elaborados por la historia económica y social cuantitativa al servicio de su crítica de los análisis de André Siegfried sobre los «temperamentos políticos regionales». Maurice Agulhon [1979] empleó el concepto de sociabilidad, apreciado por la nueva historia social, para explicar la precocidad del voto republicano en el Mediodía de Francia [sobre este debate esencial, véase Pécout, 1994].

La opinión pública es el tercer tema que atrajo la atención de estos historiadores y fue abordada en la misma perspectiva que las elecciones. La opinión pública se considera la suma de las opiniones personales expresadas públicamente por ciudadanos libres e iguales. Se la puede fraccionar en opiniones colectivas parciales, emanación de los partidos o de las corrientes de pensamiento. El historiador que estudia la opinión se preocupará por ser objetivo, dándole igual importancia a la opinión de la derecha que a la de la izquierda, a la de los obreros que a la de los patrones [Remond, 1962]. La fuente esencial a partir

de la cual trabajan los historiadores de la opinión pública es la prensa, completada en el periodo reciente por los sondeos.

La última veta explorada por la historia política es la de las ideas o, más precisamente, la de las ideologías. Sus partidarios se interesan en los discursos sostenidos por los grandes actores de la época considerada para poner de relieve tradiciones de pensamiento y seguir su desarrollo en el transcurso del tiempo: el marxismo, el liberalismo y el nacionalismo fueron estudiados en esta perspectiva. La historia de las ideologías ha vivido en los últimos tiempos una renovación con la aparición de una historia intelectual que se ha vuelto hacia la filosofía política con el propósito de analizar la génesis de los grandes conceptos que dominan el debate público actual [Rosanvallon, 1992].

¿Qué propone la sociohistoria de lo político?

Una sociogénesis de la democracia

Hoy, en numerosos países, existe el voto electrónico y hasta se ha visto emerger la posibilidad de que los ciudadanos expresen su decisión por internet. Estamos ante un caso absolutamente comparable al mencionado en el capítulo anterior en relación con los cajeros automáticos de los bancos. Frente a una boleta electoral o a la máquina que tiende a reemplazar la urna, el sociohistoriador se siente tan perplejo como ante la máquina que permite retirar dinero. ¿Dónde están los hombres y mujeres que se esconden detrás del mecanismo gracias al cual voy a contribuir a elegir a las personas que habrán de dirigir mi país? Como lo recordaba recientemente Michel Offerlé [2001], la sociohistoria del voto nació en primer lugar para responder a este tipo de preguntas triviales.

Precisemos, sin embargo, que el estudio de las elecciones sólo adquiere sentido si se lo sitúa dentro de una interrogación más vasta sobre la definición misma de la democracia. En su forma actual, este sistema político apareció primero en Inglaterra en los siglos XVII y XVIII y luego se impuso en gran parte del mundo. En Atenas, los ciudadanos se reunían en la plaza pública para elegir a sus representantes. Pero, el «poder del pueblo» se ejercía entonces de manera directa. Los Estados europeos que comenzaron a adoptar los principios de la democracia en la época moderna, contaban ya con millones y hasta con decenas de millones de individuos dispersos en un inmenso territorio. En tales condiciones, el «poder del pueblo» ya no podía expresarse de manera directa. Es por ello que los regímenes democráticos se estructuraron sobre dos grandes pilares. El sistema electoral permite que los ciudadanos elijan a los representantes del poder central y la prensa les da la posibilidad de comunicarse entre sí a distancia, puesto que ahora ya no pueden reunirse todos físicamente en la «plaza pública».

Resulta evidente pues por qué la democracia no podía triunfar antes de que se establecieran adecuadamente las vinculaciones a distancia que he evocado en los capítulos anteriores. Por un lado, era necesario que el soberano (el que dirige y representa al Estado) dispusiera de una administración suficientemente desarrollada para imponer su ley a todos los súbditos dispersos en su territorio, lo cual permitió reemplazar progresivamente la violencia física por formas de expresión más pacíficas. Por el otro, hacía falta que la comunicación escrita ya estuviera suficientemente difundida. La democracia moderna no habría visto la luz si antes no se hubiese inventado la imprenta. Como lo mostraron los historiadores del siglo XVIII, la difusión de la cultura impresa (libros y periódicos) trajo consigo el nacimiento del espacio público en la Europa de la Ilustración [Chartier, 1990]. Cuando estos medios de acción a

distancia estuvieron disponibles, las innovaciones aparecidas en Inglaterra en el siglo XVII, con el advenimiento de la monarquía parlamentaria, pudieron aplicarse en otras partes.

No obstante, hasta mediados del siglo XIX, la comunicación escrita continuó siendo dominio privativo de las elites cultivadas. Esta es la razón de que sólo una pequeña porción de la población participara entonces de la vida política. El sufragio restringido sólo acordaba el derecho de voto a una reducida cantidad de electores que, poco más o menos, correspondía al círculo de aquellos que leían regularmente un periódico. Sólo en las últimas décadas del siglo XIX, el sufragio universal nacional masculino se generalizó en Europa. La difusión de la cultura escrita en todas las capas de la sociedad y el triunfo del ferrocarril produjeron un acelerado desarrollo de la prensa popular. Los dos pilares del sistema democrático permanecieron firmes, pero el paso a la democracia generalizada transformó radicalmente las condiciones de su ejercicio. Sólo entonces el Estado llegó a ser verdaderamente nacional y se hizo realidad el principio de la soberanía del pueblo, proclamado por la Revolución francesa.

Trazar la historia de las agrupaciones políticas: naciones, partidos, públicos

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS NACIONALIDADES.— La sociohistoria arroja nueva luz sobre las grandes cuestiones que interesan a la historia política. Para la historia diplomática, las naciones son los actores principales del escenario internacional. El sociohistoriador aborda este terreno con las herramientas provistas por Norbert Elias. Toma a los Estados nacionales como individuos de «segundo orden». Los actores de la política internacional hablan y obran en su condición de representantes de su pueblo.

Están «sostenidos» por quienes les han confiado el cargo que ejercen y, por lo tanto, en última instancia, por los ciudadanos que eligieron su gobierno. Estas relaciones de poder «verticales» se combinan con otras «horizontales» que enfrentan entre sí a los representantes de las diferentes naciones en el escenario mundial. Uno de los objetivos esenciales de la sociohistoria consistirá pues en rastrear la génesis de los Estados naciones para llegar a comprender cómo esos «personajes» logran imponer la evidencia de su existencia.

A diferencia del estudioso de la historia diplomática, el sociohistoriador se niega a hablar del «despertar de las nacionalidades» para referirse al proceso que desembocó en el surgimiento de nuevos Estados en la Europa del siglo XIX. Esa expresión fue acuñada por historiadores que eran a su vez ardientes defensores del «principio de las nacionalidades». Rechazando enérgicamente ese mito de los orígenes, la sociohistoria analiza esos movimientos nacionales como una forma particular del trabajo de movilización política [Noiriel, 2001]. Se interesa en los individuos que lo impulsaron, en las formas de acción que éstos inventaron, en los argumentos que presentaron (sobre todo históricos y lingüísticos) para hacer reconocer la legitimidad de sus reivindicaciones. Es imposible estudiar el proceso de movilización nacional sin tener en cuenta el hecho de que siempre hay un árbitro, un juez supremo, que podemos definir, siguiendo a Elias, como un individuo de «tercer grado». En efecto, quien decide si las reivindicaciones de los militantes nacionales son justificadas o no es siempre la «comunidad internacional» (hoy las Naciones Unidas).

Para que pueda surgir un nuevo Estado soberano, es indispensable que las autoridades internacionales acepten las reivindicaciones de sus militantes. Ese nuevo Estado se asigna entonces un nombre propio, símbolos de identidad colectiva y representantes que hablen por él. Hace

votar leyes que aplica gracias a su propia burocracia, lo cual permite homogeneizar las costumbres y las lenguas e imponer así una nueva cultura nacional. Como se ve, la sociohistoria se aleja notablemente de la antropología histórica defendida sobre todo por Benedict Anderson [1983] que concibe las naciones como «comunidades imaginadas». Para el sociohistoriador son agrupaciones políticas completamente reales, compuestas por individuos que se oponen para conquistar o ejercer el poder del Estado.

LA FABRICACIÓN DE LOS ELECTORADOS.— El estudio de las elecciones y de los partidos es uno de los puntos fuertes de la sociohistoria. Este surgió como un modo de oponerse a los supuestos de la historia política. La igualdad jurídica de los ciudadanos enmascara, en efecto, la existencia de un «censo oculto» [Gaxie, 1985] del que derivan desigualdades sociales y culturales. Al profundizar los análisis de Pierre Bourdieu, los politólogos mostraron que las clases populares, casi por regla general, quedaban excluidas del hecho mismo de la competencia electoral, acaparada en la mayor parte de los casos por profesionales pertenecientes a las clases medias y superiores [Offerlé, 1984]. La democratización del sufragio universal sencillamente le da al obrero y al campesino el derecho de elegir quiénes habrán de hablar y obrar en su lugar. Es por ello que, también en la esfera política, las relaciones de poder son interdependencias que vinculan a los individuos que ocupan las posiciones dominantes con aquellos que ocupan las posiciones dominadas. Uno de los efectos más visibles de la dominación política es el hecho de que los políticos de oficio han logrado inculcar la creencia de que podían resolver los problemas de los ciudadanos. Y al mismo tiempo han impuesto su lenguaje, sus referencias, sus definiciones de los «problemas». Pero las realidades de esta dominación no deben

hacernos olvidar que los políticos también dependen de los electores. De lo contrario, no se comprenderían los esfuerzos considerables que aquellos despliegan desde hace dos siglos para tratar de captar los votos de la mayor cantidad posible de ciudadanos, utilizando en su provecho los nuevos medios de acción a distancia que aparecieron a partir del siglo XIX.

Hoy disponemos de una importante cantidad de estudios sociohistóricos sobre las vinculaciones materiales que hicieron posible el funcionamiento de la democracia indirecta. Los medios burocráticos inventados por los Estados nacionales para llegar a todos los ciudadanos situados bajo su control también sirvieron para instaurar la política parlamentaria. El estado civil permitió confeccionar registros de electores, comuna por comuna. Gracias a los mapas electorales fue posible verificar quién era ciudadano y quién no lo era. El invento de la cabina electoral hizo que la práctica del voto fuera más individual y secreta [Garrigou, 1992] y una reglamentación cada vez más rigurosa tuvo el efecto de homogeneizar las prácticas electorales en el conjunto del territorio nacional, delimitando estrictamente el espacio cívico (mesa de votación), codificando las maneras de votar, etcétera. En virtud de este inmenso trabajo estatal, que ya lleva más de dos siglos, fue posible contabilizar y totalizar los votos para determinar una mayoría en el seno de la cual se elige a quienes representarán al Estado nacional en su conjunto [Offerlé, 1993].

El triunfo del sufragio universal masculino explica además la aparición de los partidos políticos modernos. Para llegar a decenas de millones de electores dispersos en el conjunto del territorio nacional, el Estado tuvo que crear organizaciones que utilizaran las técnicas de acción a distancia. Esta es otra cantera que ha explorado la sociohistoria en los últimos años, remontándose a la génesis de las prácticas de reclutamiento de adherentes, la parte que

le correspondió a la prensa en el desarrollo de las alianzas entre militantes, las formas de delegación de poder y las luchas por el control de las organizaciones.

LA POLITIZACIÓN DE LOS INTERESES.— La sociohistoria se interesa mucho también por el proceso de politización de los intereses individuales. La posición dominante que ocupan los políticos les ofrece la posibilidad de seleccionar, de la multitud de aspiraciones y de sufrimientos que existen en una sociedad, los que podrán alcanzar la condición de reivindicación legítima. La movilización del electorado es un ejercicio peligroso que obedece a reglas estrictas. Es imperativo respetar dos condiciones. La primera tiene que ver con los programas elaborados por los partidos. Teniendo en cuenta la diversidad de aspiraciones y los múltiples conflictos de intereses que oponen a los ciudadanos entre sí, para tener oportunidad de contar con la aprobación de la mayor cantidad posible de electores, esos programas deben presentar un contenido muy amplio y vago. La segunda condición es de orden simbólico. Para reducir la distancia que separa a los gobernantes de los gobernados, los políticos debieron aprender a movilizar recursos de tipo emocional. Los dirigentes de los partidos hablan en nombre de un grupo social, inventan símbolos de pertenencia, apelan a referencias y a una memoria colectiva con el fin de que todos los que forman parte de esos grupos puedan identificarse con sus portavoces. Las manifestaciones fueron inventadas, a fines del siglo XIX, por las organizaciones del movimiento obrero para dar una imagen concreta del grupo convocado. Estos ritos, cada vez más codificados, fueron adaptándose progresivamente a las nuevas técnicas de comunicación a distancia (la prensa escrita, luego la radio y la televisión), con el objeto de convencer a la opinión pública de la legitimidad de las reivindicaciones populares [Offerlé, 1990].

LA DECONSTRUCCIÓN DE LA OPINIÓN.— Los sociólogos criticaron el modo en que la historia política estudia la «opinión pública» como voluntad colectiva de los ciudadanos y mostraron cómo se fabricaba [Champagne, 1990]. El «personaje colectivo» que se deconstruye aquí es el que Gabriel Tarde [1901] llamaba un «público» que conecta a los periodistas con sus lectores, sus oyentes o sus telespectadores. Esta cuestión va mucho más allá de la esfera de la política propiamente dicha y por ello la examinaremos en detalle en el próximo capítulo. Recordemos, sin embargo, que en los siglos XVIII y XIX, los llamados «publicistas» tenían sobre todo la misión de animar el debate público para esclarecer a los ciudadanos sobre las cuestiones políticas que estaban en juego en el momento. Los nuevos medios técnicos, que significaron para los partidos un forma de llegar hasta los ciudadanos que habitaban en los lugares más apartados, también fueron utilizados por los periodistas para ampliar su auditorio. Durante las últimas décadas del siglo XIX, se registra un florecimiento extraordinario de la prensa popular. Aparecen nuevas publicaciones que aplican las reglas de la empresa capitalista y que, en ocasiones, venden más de un millón de ejemplares. En ese momento, el periodismo se convierte en una verdadera profesión.

En 1881, los dirigentes de la Tercera República hicieron aprobar una amplia ley sobre la libertad de prensa porque estaban convencidos de que ese nuevo instrumento de comunicación a distancia era un progreso para la democracia. Como decía un representante electo durante el debate parlamentario que precedió la votación de la ley: «La prensa, y sobre todo la prensa barata, esa palabra presente en todas partes y a la misma hora, gracias al vapor y a la electricidad, puede por sí sola mantener a toda Francia unida como en una plaza pública, hacerla participar, hombre por hombre y día a día, de la intimidad de todos los acontecimientos y ponerla al corriente de todas

las cuestiones» [citado por Reynié, 1998, p. 328]. Pero este optimismo pronto quedará desmentido por los hechos. Para movilizar a ese electorado nuevo, también los periodistas se apoyarán de manera generalizada en el registro de la emoción. La criminalidad se convierte en el tema central, casi obsesivo, de los periódicos populares [Kalifa, 2001] porque ofrece la oportunidad de combinar la fascinación de los lectores por los acontecimientos espectaculares y su tendencia a identificarse con las víctimas. Gracias a la sección de noticias de actualidad, que adquiere entonces una importancia considerable, esos periodistas pueden presentarse como los defensores de los niños maltratados, las mujeres y los ancianos agredidos por los jóvenes de los suburbios, etcétera. La denuncia de los escándalos políticos, que favorece la desconfianza respecto de los políticos experimentada por la gente del común, excluida del sistema político, fortalece esa posición de portavoz de la opinión que alcanza el periodista.

Otra esfera de gran interés para el sociohistoriador es la historia de las ideas o de las ideologías políticas. Pero, también en este caso, el investigador debe comenzar por deconstruir las entidades ya fabricadas que son los discursos colectivos y las «corrientes de pensamiento». Por ello da prioridad al estudio de los argumentos desarrollados por tal o cual autor (político, intelectual, etcétera) en un contexto dado, a fin de comprender cómo justifica su posición o sus acciones, en función del sistema de interdependencias en el cual ese autor está inmerso.

Estudios de casos

Naciones y nacionalismos: desde los Balcanes al Japón

Durante los años ochenta, el resurgimiento del nacionalismo, particularmente en la Europa central y en los

Balcanes, despertó un nuevo interés por la historia de las nacionalidades del siglo XIX. Pero, en lugar de concebir los nacionalismos como personajes que se hubieran «despertado» súbitamente, estos historiadores enfocaron el proyector en los principales actores de esas nuevas formas de movilización política. Así es como pusieron de relieve el papel esencial que desempeñaron las elites de la burguesía cultivada, hablando en nombre de los pueblos para combatir desde una mejor posición a la aristocracia [Hobsbawm, 1990].

También los problemas actuales de la inmigración fueron abordados utilizando los instrumentos de la sociohistoria. El tema de la «integración», que ocupó constantemente la primera plana de la prensa de actualidad durante los últimos veinte años, en general para estigmatizar a las personas de origen extranjero, se analizó con herramientas tomadas de la sociología del Estado de Durkheim y de Weber. Este tipo de investigación es aún bastante rara, pues generalmente los historiadores se contentan con estudiar las «identidades nacionales» partiendo de los discursos de las elites. Por su parte, el sociohistoriador define el Estado nación como una agrupación social que vincula a individuos sometidos a las mismas leyes. En esta perspectiva, la cuestión de la «integración» se presenta sobre todo como un problema jurídico y administrativo y se intenta comprender cómo personas, que al principio eran muy diferentes entre sí, que con frecuencia no hablaban el mismo idioma ni se conocían y que estaban afiliadas a grupos de base muy variados, fueron incluidas, voluntariamente o a la fuerza, dentro de un mismo Estado y obligadas a obedecer las mismas leyes [Noiriel, 1988].

Anne Gonon [1993] estudió este problema en el caso de Japón y concentró su atención en el comienzo de la Era Meiji que marcó el punto de partida del Estado nacional japonés. Esta autora se interesó más concreta-

mente en la construcción del estado civil. En 1875 una ley obligó a todos los japoneses a tener un patronímico, cuando antes tener apellido era un privilegio reservado a los nobles y a los guerreros. Este nuevo sistema nacional de identificación de las personas es consecuencia directa de la centralización del Estado y de la supresión de las organizaciones locales anteriores. El hecho de que, desde entonces, los ciudadanos puedan elegir su nombre pone fin a una forma de discriminación social experimentada dolorosamente. No obstante, estas medidas suscitan enérgicas resistencias en la población, porque el nuevo estado civil se utiliza de entrada para elaborar las listas de reclutas que exige el nuevo régimen de conscripción. Así se hacen evidentes las dos facetas de la ciudadanía moderna.

Este trabajo de nominación política es también el preludio de la instauración del derecho japonés de nacionalidad *(kokuseki),* fundado en el *ius sanguinis.* Se agrega entonces una nueva sección al código civil para indicar el «nombre de linaje» de la que forman parte todos los ciudadanos. Esta medida es una concesión que se les hace a los nostálgicos del Japón tradicional que desemboca en una separación estricta entre los apellidos del «interior» (que designan a las familias a las que se considera emparentadas desde siempre con la del emperador) y los del «exterior» que no están vinculados con la comunidad de origen. El nombre del linaje permitió reintroducir las discriminaciones en el espacio público, pues proporcionaba los medios de identificar a los antiguos parias y a los individuos procedentes de etnias no japonesas. Estas reglas jurídicas, fijadas a finales del siglo XIX, siguen en vigor aún hoy. En Japón, un extranjero, si quiere contraer matrimonio o naturalizarse, está obligado a cambiar de apellido. El apellido sigue funcionando como una especie de frontera simbólica que separa a los «nosotros» japoneses de

los «ellos» extranjeros. Esta es una de las principales razones de los actuales bloqueos políticos referentes a la inmigración.

La política francesa

LOS VOTOS EN BLANCO Y LOS NULOS.— Hasta ahora, la sociohistoria de las elecciones y de los partidos políticos ha sido desarrollada por politólogos. Yves Deloye y Olivier Ihl [1991] pusieron el acento en un modo de expresión generalmente ignorado por la historia política: los votos en blanco y los votos anulados. Tomando como objeto de investigación las elecciones legislativas de 1881, estos autores realizaron un estudio sistemático de las actas redactadas por los presidentes de las mesas electorales de todo el territorio nacional. Un trabajo semejante puso de manifiesto las multiformes y heterogéneas resistencias al proceso electoral que pudieron expresar los ciudadanos de base en el pasado.

EL PARTIDO OBRERO: UNA CONTRADICCIÓN EN SUS PROPIOS TÉRMINOS (A PROPÓSITO DEL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS).— El sociohistoriador puede enfocar el estudio de los partidos de dos maneras. Si se interesa en las agrupaciones políticas, concentrará la atención en las relaciones de poder que mantienen los electores, los militantes de base y los dirigentes. Pero también puede optar por estudiar las configuraciones políticas que forman los representantes de los partidos para conquistar el poder del Estado. En su libro sobre el nacimiento del Partido Comunista Francés, Bernard Pudal [1989] eligió el primer camino. Dado que la política es un arte reservado a los «profesionales», en su mayor parte procedentes de las clases cultural y educativamente favorecidas, ¿cómo pudo surgir en Francia un «partido obrero»? Esta es la pregunta a que apunta responder toda la investigación.

Optando principalmente por un análisis de tipo biográfico, concentrado en los primeros dirigentes del PCF, Pudal muestra que la mayoría de ellos surgieron efectivamente del mundo obrero. Organización grupuscular en la década de 1920, el Partido Comunista se benefició con la esperanza que hizo nacer la Revolución de octubre. Sus militantes, siguiendo las consignas de Moscú, concentraron todos sus esfuerzos en el proletariado de las grandes industrias, por entonces carentes de representación política propia. Esta estrategia dará sus frutos durante la crisis de los años treinta. La alianza con los demás partidos de izquierda da por resultado la victoria del Frente Popular en mayo y junio de 1936 y provoca una reconfiguración de todo el espacio político francés en el cual el PCF ocupa el polo de la extrema izquierda. Pero esta integración en el juego parlamentario habrá de acelerar la burocratización del partido. Las feroces luchas entabladas por el control del aparato desembocan en el triunfo del clan Thorez y en la eliminación de sus opositores en virtud de purgas y resonantes procesos.

Surgidos en su mayor parte del pueblo, estos dirigentes procurarán transformar ese obstáculo en una ventaja. En su condición de miembros permanentes de la organización, se apartan poco a poco del mundo del trabajo, aunque destaquen permanentemente su pertenencia al proletariado y se esfuercen por recordar su origen, cultivando modos de hablar y de comportarse característicos de las clases populares. Así, se imponen como portavoces legítimos del «partido de la clase obrera», consolidando al mismo tiempo la creencia en la existencia colectiva del grupo. Ciertamente, el apoyo de una fracción importante del mundo del trabajo con que contó el PCF se explica además en virtud del protagonismo que tuvo el partido en el desarrollo de las luchas sociales y en la instauración del Estado providente producida entre las décadas de 1930 y 1970. Pero, progresivamente, el Partido Comunista perderá la ventaja que le había permitido adquirir legitimidad política. La crisis del sistema comunista, el colapso de las grandes industrias y el debilitamiento del espíritu combativo obrero lo llevaron a su inexorable decadencia. Cuando los obreros ya no atemorizaron a los burgueses, los comunistas perdieron peso en el ajedrez político.

COMPETENCIA POLÍTICA Y ESTIGMATIZACIÓN: EL EJEMPLO DEL «POUJADISMO».— El estudio de Annie Collovald [1991] sobre el «poujadismo» es un ejemplo de análisis sociohistórico que arroja nueva luz sobre las luchas de competencia que oponen a los representantes de los partidos políticos en el espacio público. También en este caso, una interrogación sobre el presente impulsó la investigación. En efecto, el término «poujadismo» se emplea hoy frecuentemente en Francia para denunciar a los electores que votan por el Frente Nacional. Collavald muestra que la palabra se impuso durante la década de los años cincuenta. En un contexto político dominado por el tema de la modernización de Francia, Pierre Poujade incita a los pequeños comerciantes y a los artesanos a rebelarse contra el fisco. Estas reivindicaciones encuentran un eco real en la opinión hasta el punto de que el partido fundado por él, la Unión de pequeños comerciantes y artesanos (Union des Petits Commerçants et les Artisans, UPCA), alcanza un porcentaje destacable en las elecciones de 1956. Las organizaciones que dominan entonces el campo político se niegan a atacar frontalmente al rival para no ofender a un electorado que también intentan captar.

La prensa será entonces la arena donde se llevará adelante la ofensiva para desacreditar el movimiento. Annie Collavald señala que los universitarios especializados en el comentario de actualidad política estuvieron en la primera fila de ese combate. «Fascismo pequeño para franceses pequeños», escribe la revista

Esprit en marzo de 1956. La palabra «poujadismo» se transforma pues en un término clave del vocabulario político de los intelectuales, pues les permite adoptar la posición de portavoces de la opinión, denunciando a los políticos de la Cuarta República (pues se consideraba que la inestabilidad del régimen era la causa del éxito de Poujade) y, a la vez, a un partido juzgado como «populista» porque prefiere la acción directa al análisis y la reflexión. Mientras los militantes del UPCA justificaban su combate presentándolo como una «defensa de los pequeños contra los controles fiscales», sus adversarios inventaron la palabra «poujadismo» para desacreditarlo. Por lo tanto, este término no es neutro. Pero, la posición dominante que ocuparon estos intelectuales en los lugares donde se fabrican los discursos legítimos explica que un insulto haya alcanzado la jerarquía de rótulo científico. Consagrado por los diccionarios, el término «poujadismo» fue retomado literalmente por la historia política del «tiempo presente» que lo impuso como algo evidente a varias generaciones de estudiantes de ciencias políticas.

Génesis de la opinión pública

Los estudios sociohistóricos sobre la opinión pública son aún más escasos. Pero hoy se advierte que la cuestión empieza a interesar a los historiadores de los periodos anteriores a la Revolución francesa. Vemos, pues, trabajos sobre los comienzos de la comunicación a distancia en la Edad Media. En su estudio sobre las proclamas de paz y de treguas de la guerra de los Cien Años, Nicolas Offenstadt [1997] destaca que «la información pasa en este caso por el privilegio de la presencia». En efecto, la «publicación», en el sentido medieval del término, consiste en una proclama solemne de las decisiones tomadas por el poder ante una asamblea de personas que representan a las diversas autoridades constituidas. La función de la proclama es, en primer lugar, garantizar el acuerdo de paz entre los beligerantes. Por eso se expide junto con un juramento. En segundo lugar, se comunica la noticia en todo el reino. Los individuos encargados de difundir el mensaje –heraldos, pregoneros, sargentos, trompetistas– llegan hasta «los lugares donde habitualmente se pregona» (plazas públicas y cruces de carreteras) para propagar la buena nueva. París, la primera ciudad de Occidente por su población, es ya un caso aparte, pues concentra entre sus muros las principales instituciones del reino. Por ello, la paz se proclama en el Parlamento, en el Tribunal de cuentas y, a veces, es gritada desde la ventana de un edificio principesco. «En una sociedad en la que el oído tiene un valor fundamental», las lecturas repetidas de las ordenanzas constituyen una dimensión esencial de la comunicación política.

Los sociohistoriadores del periodo contemporáneo comenzaron a deconstruir la noción de opinión pública, próxima a la historia política clásica. Nicolas Mariot [1995] estudió precisamente en esta perspectiva los viajes presidenciales realizados durante la Tercera República. En 1889, Sadi Carnot reactivó el rito de recorrer toda Francia, que se remontaba al Antiguo Régimen, para competir con el general Boulanger. Este último, entonces en la cima de su gloria, fue el primero en comprender que, en una democracia de masas, era indispensable utilizar los instrumentos de la comunicación a distancia para convertirse en un político popular. Boulanger se apropia de las técnicas electorales perfeccionadas por las «máquinas» de recolectar votos que son ya, en aquella época, los partidos estadounidenses; innova utilizando medios flamantes como la fotografía, lo cual le permite difundir por todo el territorio nacional las mismas imágenes favorecedoras de sí mismo. Sadi Carnot reacciona empleando en su provecho la legitimidad que le da su función presidencial. Se

apoya en los prefectos que constituyen el lazo con los poderes locales. La elección de las ciudades y las localidades pequeñas que visita no se deja librada al azar puesto que simboliza el vínculo directo que el jefe del Estado quiere establecer con el pueblo. Estas giras son un verdadero himno a las costumbres y las tradiciones locales, destinado a darle un sentido más concreto a ese espacio abstracto que es la nación. Pero aquí ya hemos entrado decididamente en el mundo de la comunicación a distancia. Al igual que las manifestaciones obreras, los viajes presidenciales tienen la función fundamental de atraer la atención de los periodistas, porque únicamente la prensa puede hacer resonar en el ámbito regional y hasta nacional acontecimientos que movilizan, directamente, a un reducido número de personas. Los periodistas «inventan» la opinión pública a través de relatos que intentan demostrar la popularidad del jefe de Estado. Esto justifica comentarios tales como «el entusiasmo de la multitud» o la «emoción del pueblo» al paso del cortejo presidencial.

Por una sociohistoria del gobierno de Vichy

La última veta de la exploración de la sociohistoria que querría evocar es la concerniente a las «ideologías políticas». El sociohistoriador aborda esta cuestión con un interés particular por las justificaciones (los «motivos») que los actores manifiestan para legitimar sus acciones. Este es el punto de vista que adopté al analizar el tema de los «orígenes republicanos de Vichy» [Noiriel, 1999]. Cuando uno analiza las razones presentadas por el mariscal Pétain y sus colaboradores para justificar un gobierno que había suprimido las instituciones democráticas y dictado leyes que excluían a los judíos y a los franceses de origen extranjero de la función pública, se advierte claramente cómo el pasado republicano pudo afectar el presente de Vichy. Estos hombres, todos ellos formados en

el molde de la Tercera República, apelaron a argumentos que podían ser aceptados por la mayoría de los franceses porque ya habían sido puestos en circulación durante las décadas anteriores. La clave de todo ese trabajo de legitimación estriba en establecer una equivalencia entre las palabras «judío» y «extranjero». Esta equivalencia ya había aparecido en el debate público francés a lo largo de la década de 1880 bajo los auspicios de Édouard Drumont. Retomada por la derecha republicana en la década de los treinta, la noción sirvió, durante el gobierno de Vichy, para elaborar las nuevas categorizaciones estatales, punto de partida de la persecución y de la deportación de la población judía. Hoy están comenzando a ver la luz nuevas investigaciones sociohistóricas que enriquecen este tipo de perspectivas [Boninchi, 2005].

V. LOS PROBLEMAS CULTURALES

Quienes comenzaron a utilizar la expresión «socio-historia» para designar un movimiento que se alejaba de la historia económica y social, sin abandonar por ello el estudio de la sociedad, fueron algunos historiadores de la cultura, principalmente Daniel Roche [1988] y Roger Chartier [1992]. Con el impulso de estos autores, se desarrolla una nueva historia del libro, cuyo primer propósito consiste en estudiar las relaciones que se establecen entre quienes escriben y quienes leen, gracias a la mediación de un texto impreso. En este capítulo, me apoyaré en la perspectiva abierta por ellos para analizar el conjunto de las formas de comunicación a distancia, ya sean escritas, ya sean audiovisuales.

Sobre algunos enfoques históricos de las cuestiones culturales

En Francia y en lo que atañe al periodo contemporáneo, la historia política ha sido la encargada de indagar las cuestiones culturales. Así como tienen una opinión, los ciudadanos tienen una cultura. La suma de las culturas personales forma la cultura nacional, aun cuando esta última esté fragmentada en culturas de grupos: la cultura erudita se opone así a la cultura popular, la cultura comunista a la cultura gaullista, la cultura de los intelectuales a la de los manuales escolares [Ory, 2004]. Este enfoque político de las realidades culturales fue combatido desde la década de 1960 por la historia económica y social. En la

línea trazada por Ernest Labrousse, Michel Vovelle [2000] ha abogado por una historia total «de la bodega al granero» que sitúe la cultura en lo más alto del edificio. Las investigaciones realizadas en esta perspectiva han enriquecido la historia de las mentalidades, pero hoy están en decadencia, sobre todo porque los métodos cuantitativos y la larga duración, principios que aquellas sostenían firmemente, perdieron parte de su encanto.

La obra colectiva dirigida por Lynn Hunt [1989] sobre la *new cultural history* muestra que las cuestiones culturales ocuparon de entrada el centro de la problemática compartida durante los años setenta en los Estados Unidos entre los favorecedores de la nueva historia social y los partidarios del postestructuralismo. El principal punto de contacto entre los dos campos es el repudio común de la historia cuantitativa marxista que autores como Edward Carr [1961] habían defendido fogosamente. Por un lado, encontramos artículos que se inscriben en la tendencia de los *cultural studies* impulsados por R. Hoggart y E. P. Thompson. Son trabajos que ponen el acento en la indagación de las culturas populares entendidas como medios de resistencia contra el capitalismo y cimiento de la identidad de la clase. Por otro lado, los investigadores que adoptan la perspectiva «postestructuralista» conciben la cultura como un conjunto de discursos y hacen suyos los principios del *linguistic turn* [Jones, 1983]. A comienzos de la década de 1980, estos dos enfoques se opusieron violentamente en relación con la formación de la clase obrera inglesa y luego respecto de la cuestión feminista. Pero, con el tiempo, las polémicas se atenuaron.

Reflexiones a favor de una sociohistoria de la cultura

Para comprender en qué consiste la diferencia entre la sociohistoria y estas corrientes de investigación,

debemos comenzar por precisar el sentido que esta disciplina le atribuye a la palabra «cultura». Con este término, el sociohistoriador designa todas las actividades cuyo objetivo es proporcionar nuevas descripciones del mundo. Tales expresiones suelen adquirir formas extremadamente variadas. Sumariamente se las puede reagrupar en dos conjuntos. El primero se organiza alrededor de todas las cuestiones que tienen que ver con la verdad. Los individuos que cuyas actividades corresponden a este conjunto (periodistas, investigadores) tienen la función de producir informaciones o hechos presentados como verdaderos. El segundo conjunto abarca el mundo de las artes y el espectáculo, vale decir, las actividades relacionadas con la creación y el entretenimiento. El principal punto en común entre los individuos que forman parte de estos dos ambientes culturales diferentes es que ambos defienden la «libertad de expresión» en contra, tanto de las leyes del mercado como del Estado. La cultura puede definirse pues como el conjunto de los discursos y de las prácticas que procuran sustraerse a las dos principales formas de imposiciones (económicas y políticas) que gobiernan el mundo actual. Esto es precisamente lo que la convierte en un lugar privilegiado para observar el funcionamiento del poder simbólico.

El sociohistoriador concibe las diferentes esferas de la vida cultural como configuraciones que vinculan a actores (escritores, artistas, deportistas, etcétera) que compiten para capturar los favores de un *público*. Este término designa la agrupación de individuos que está en el centro de las actividades culturales, al igual que la empresa en la esfera económica o el partido en la esfera política. La sociohistoria analiza las configuraciones y las agrupaciones culturales, estudiando su génesis y poniendo de relieve los tipos de relaciones que las caracterizan.

Deconstruir la máquina de sonidos e imágenes

Hoy la cultura de masas está dominada por la industria audiovisual. La televisión es una máquina de imágenes y sonidos que el sociohistoriador observa del mismo modo que el cajero automático del banco o la terminal del voto electrónico. El término «cadena», habitualmente empleado, junto con «canal», para designar este instrumento de comunicación, es sumamente adecuado. El aparato de televisión constituye, en efecto, el elemento terminal de inmensas redes a través de las cuales se conecta a una multitud de individuos.

Estas conexiones también son cadenas de interdependencia que vinculan a personas que ocupan posiciones desiguales. Quienes gozan del privilegio de «hablar por televisión» transmiten su mensaje a millones y hasta a decenas de millones de personas. Pero quienes los observan y los escuchan no tienen la posibilidad de responderles, como ocurre en una conversación cara a cara. Los telespectadores pueden aceptar o cuestionar el mensaje, pero su opinión permanecerá en el ámbito individual, confinada a la esfera del boca a boca o de la correspondencia privada. Los más afortunados tendrán derecho a que les publiquen algunas líneas en la sección «correo de los lectores» de los periódicos o las revistas.

A pesar de todo, los telespectadores no están completamente desarmados. Gracias a los progresos técnicos y a la democracia, disponen de un arma nueva que ha llegado a ser temible: el control remoto. Este medio de presión (en ambos sentidos) pesa permanentemente como una espada de Damocles sobre quienes dirigen los canales pues su existencia social depende de la población de ciudadanos-telespectadores que los miren.

Descripción del mundo y dominación del hombre por el hombre

Para el sociohistoriador, las formas de interdependencia propias del mundo dominado por lo audiovisual no son sino prolongaciones más extensas de las técnicas de comunicación a distancia nacidas junto con la escritura, hace muchos miles de años. Por consiguiente, para comprender el poder actual de los «medios», es necesario reubicarlos en una perspectiva de muy larga duración.

Jack Goody [1977] señaló que registrar por escrito una cultura era un proceso de objetivación que autorizaba a quien sostenía la pluma a seleccionar, dentro del flujo multiforme de las actividades humanas, los elementos que le interesaran. Luego, esos elementos, transportados en el espacio y en el tiempo, se impusieron como hechos evidentes o como las principales verdades a quienes sólo conocieron el mundo del que les hablaban esos autores a través de los textos escritos dejados por ellos. A esto se agrega el hecho de que el registro escrito de la realidad, lejos de obedecer al puro deseo de conocimiento, se desarrolló por razones prácticas y, con la mayor frecuencia, de orden económico o político. La historia colonial puso de relieve que el progreso de la cartografía había sido el resultado de los esfuerzos desplegados por los europeos para balizar los itinerarios, identificar los lugares, determinar las riquezas, con el propósito de concentrar las fuerzas militares que les permitieron sojuzgar a las poblaciones locales y expoliarlas. Los censos y las estadísticas cumplían la misma función pero con el objetivo de identificar a las personas. Y la bibliografía colonial trató de justificar la dominación europea desacreditando las prácticas culturales de los grupos sometidos.

Pierre Bourdieu [1979] subrayó que esta relación entre el saber y el poder caracteriza también el mundo actual.

Las desigualdades socioeconómicas implican desigualdades culturales. Así como la adquisición de bienes materiales es un elemento de la distinción social, las prácticas culturales permiten clasificar los grupos y alimentan el sentimiento de superioridad de las elites respecto de las clases populares. El hecho de que estas últimas no puedan defender sus propias prácticas culturales en el espacio público explica que frecuentemente se las desvalorice o se las niegue.

La escritura también sirve para defenderse

Como ya dijimos, para el sociohistoriador, las relaciones de poder no se establecen únicamente en el sentido de la dominación. Lo mismo puede decirse con referencia a la esfera cultural. Los medios de comunicación a distancia, que permitieron someter a los grupos más débiles, también fueron empleados por éstos para defenderse. La historia de las actividades culturales ilustra perfectamente los dos procesos que fueron descritos por Durkheim y Elias. Cuanto más se extienden las cadenas de interdependencia, tanto más se diferencian los medios culturales y tanto más diversifican sus adhesiones los individuos. Los estereotipos transmitidos en los escritos de los autores que desdeñaban a las clases populares, a las mujeres o a los «indígenas» se impusieron con mayor facilidad cuando, al comienzo, esos grupos no se habían constituido como «públicos». Para los nobles que vivían en Versalles en el siglo XVII los campesinos no formaban parte de la humanidad. En sus libros, los describen como animales, pues no escribían para ellos. Una brecha infranqueable separaba entonces a las dos categorías de hombres [Elias, 1969]. En la segunda mitad del siglo XVIII, cuando la Ilustración quiso emanciparse de la tutela real y aristocrática, solicitó el apoyo de sus lectores adaptándose a sus expectativas. Habiendo conquistado el poder de hablar a distancia a un gran número de personas, los filósofos estuvieron en condiciones de inculcarles sus maneras de ver, sus temas predilectos, sus gustos y sus desagrados, pero siempre sustentándose en las aspiraciones de su público. Este proceso se extendió enormemente durante el siglo XIX gracias al desarrollo de la prensa. La relación entre los periodistas y sus lectores, analizado por Tarde [1901] ilustra una forma de interdependencia característica del mundo cultural. El que tiene la pluma «fabrica» el público del que depende apelando a las aspiraciones difusas y diseminadas de los individuos que los componen. La invención de de las técnicas audiovisuales sólo permitió explotar las potencialidades de esta relación de poder.

La democratización de la cultura y sus contradicciones

Los nuevos públicos y la cultura de masas.— En los países en los que el desarrollo económico alcanzó un grado importante, la diferenciación de funciones hizo surgir lo que se llama la «sociedad del tiempo libre». Una cantidad creciente de individuos tuvo así la posibilidad de participar de actividades culturales cada vez más variadas. La música, las artes plásticas, el cine, la televisión, el deporte llegaron a ser actividades autónomas, con sus propias reglas, su propio lenguaje, sus propios sistemas de interdependencia.

La democratización de la cultura ilustra las contradicciones inherentes a la extensión de los medios de comunicación a distancia. Esta condición es la que la hace particularmente interesante para el sociohistoriador. Por un lado, provocó una diversificación cada vez mayor de la oferta y de las prácticas culturales, con lo cual dio nacimiento a nuevas configuraciones en cuyo seno se enfrentaron nuevos creadores por la conquista de públicos generalmente muy restringidos. Por otro lado, esa de-

mocratización estimuló la industria cultural de masas. El perfeccionamiento y la incesante extensión de los medios de comunicación dio lugar a que los individuos en posición dominante dentro de este tipo de actividades pudieran llevar sus mensajes a un número cada vez mayor de consumidores. Pero lo que se comprueba es que cuanto más se extienden las comunicaciones a distancia, tanto más se ahonda la brecha entre los productores y los consumidores. La industria cultural difunde hoy sus productos estandarizados entre decenas y hasta centenares de millones de personas dispersas en los cuatro puntos del planeta. Esas personas no ejercen el mismo oficio, ni practican la misma religión, ni hablan el mismo idioma. Para el sociohistoriador, uno de los problemas más interesantes que plantea el desarrollo de la cultura de masas es comprender cómo las personas que dominan esas actividades estandarizadas se las ingenian para seducir a tan inmenso público.

La mundialización de las producciones culturales y la universalización de las cadenas de interdependencia.— Los primeros estudios dedicados a estas cuestiones tenían la tendencia a minimizar el impacto de la cultura de masas. Los investigadores inscritos en los *cultural studies* e historiadores como Michel de Certeau [1980] mostraron que los telespectadores, aun aquellos surgidos de los medios más modestos, rara vez toman como verdad absoluta lo que los productores les cuentan. Son perfectamente capaces de diferenciar entre un entretenimiento y la vida verdadera. Hoy, los sociólogos que estudian la recepción de la cultura audiovisual hacen más hincapié en la importancia que tiene en el «moldeado» de las identidades y en la construcción de las referencias colectivas [Dayan y Katz, 1992]. El hecho de que los mensajes estandarizados den preeminencia a lo más «universal», es decir, a lo más común entre los seres humanos, facilita la recepción.

Por ello, la cultura de masas toca principalmente las cuerdas de la emoción y de la capacidad de identificación de los espectadores. Para que éstos se sientan afectados por los mensajes que se les entregan hoy en un fluir continuo, es necesario que puedan apropiarse de ellos, vincularlos con sus propias inquietudes, arraigadas a su vez en la esfera de las relaciones directas que entretejen la madeja de sus vidas cotidianas. Esta estandarización explica en parte el empobrecimiento de los contenidos culturales transmitidos por los medios. No obstante, como lo muestran claramente los ejemplos de la música y del deporte, la cultura de masas ofrece a los individuos de todos los ambientes y de todos los orígenes la posibilidad de identificarse con héroes que se les parecen. Aun cuando el objetivo sea sobre todo incitar a la gente a consumir más, esta lógica simbólica desempeña un papel esencial en el proceso de universalización de la condición humana, mientras que la política continúa en manos de una pequeña elite, prisionera de un público estrictamente delimitado por las fronteras nacionales.

Estas observaciones muestran que el poder simbólico, ya evocado en los capítulos anteriores, está en el corazón mismo de las relaciones a distancia a través de las cuales se construyen los públicos. Artistas, campeones deportivos, escritores y periodistas a menudo llegan a ser para quienes los ven y los escuchan como «representantes» o «portavoces» encargados de defender su honor y su dignidad. Este fenómeno constituye una palanca mediante la cual los principales actores del escenario cultural pueden actuar a distancia sobre un gran número de individuos. Estas formas de movilización, que superan ampliamente la esfera política, constituyen algunas de las cuestiones esenciales que propone estudiar la sociohistoria.

Entre el mercado y el Estado.— Las normas que dominan el medio cultural valorizan la creación, la origi-

nalidad, la innovación. El artista genial es aquel que ha renovado por completo la visión de su época. El gran científico es aquel que halló la fórmula que revoluciona el conocimiento. La cultura reposa, pues, en una definición individual del acto creador. Pero, para que el talento sea reconocido, es necesario que un grupo de «conocedores» lo valide. Para que el descubrimiento del científico pase a la posteridad, debe ser confirmado necesariamente por sus pares. En otras palabras, tanto los artistas como los hombres de ciencia siempre dependen de un público particular. La contradicción entre la dimensión individual de la producción cultural y la dimensión colectiva de su recepción es uno de los problemas esenciales que trata de elucidar la sociohistoria. El ejemplo de Francia muestra que las actividades culturales fueron cobrando cada vez mayor autonomía, repudiando la tutela del poder político, lo cual las colocó bajo la dependencia del mercado. Como resultado de ello, los artistas y otros talentos incomprendidos se volvieron nuevamente hacia el Estado para defender la cultura contra la ley del provecho económico. Pero, la creciente intervención de los poderes públicos en la esfera cultural pone al creador ante otra forma de dependencia y ante el riesgo de ver emerger una cultura del Estado para gloria del partido y de sus dirigentes, como sucedió en los países comunistas [Dubois, 1999].

Por consiguiente, las actividades culturales quedan constantemente aprisionadas entre dos fuegos: por un lado, el poder del capital y, por el otro, el poder del Estado. La ciencia no escapa a esta tensión. Si bien en los ámbitos económicamente más rentables, los investigadores pueden recibir un salario de las empresas, la mayor parte de ellos (al menos en Francia) son funcionarios. La principal razón estriba evidentemente en el hecho de que la ciencia es una cuestión de especialistas. El público, en este caso, está compuesto por los demás investigadores

competentes que son los únicos capaces de juzgar los conocimientos producidos. Por definición, un público erudito solo cuenta con un reducido número de individuos. Si desde el siglo XIX los Estados no se hubieran hecho cargo de las actividades científicas, éstas nunca habrían podido desarrollarse.

Pero, en las sociedades democráticas, la autonomía que se les brinda a los investigadores no significa que éstos no tengan que rendir cuentas ante los ciudadanos, pues son ellos quienes alimentan, mediante sus impuestos, el presupuesto de la ciencia. Las comunidades científicas están, por lo tanto, sujetas a relaciones de interdependencia que también constituyen, como las ya mencionadas, objetos de estudio del sociohistoriador. La autonomía de que gozan los universitarios les da una libertad que éstos pueden aprovechar para sustraerse a algunas de las imposiciones que pesan sobre la mayor parte de los actores sociales. Es por ello que, aunque este universo también se rija por relaciones de competencia, el mundo de los hombres de ciencia es uno de los que más oportunidades ofrece de desarrollar lazos de solidaridad. En este sentido, podemos hablar de «comunidad científica» [Noiriel, 1996].

Estudios de casos

De la historia del libro a la historia de los lectores y... de los oyentes

Mientras durante las décadas anteriores, los historiadores se había volcado principalmente hacia la antropología, la sociohistoria de la cultura se volvió hacia la sociología con el impulso que le dio sobre todo Roger Chartier, quien contribuyó de manera esencial en hacer conocer la obra de Norbert Elias en Francia.

El orden de los libros y la República de las Letras en la época de la Ilustración.— Una de las principales originalidades de la sociohistoria de la cultura estriba en la nueva importancia que le asignó a la recepción de las obras. Inspirándose en los análisis de Michel de Certeau [1980], Roger Chartier [1992, 2005] mostró que los lectores de la época de la Ilustración, lejos de ser pasivos, se apropiaban del contenido de las obras que leían en función de su medio social, de su sexo, etcétera. Así como el escritor «condiciona» a sus lectores, la recepción de la obra influye recíprocamente en su escritura y los nuevos públicos crean nuevos textos. La sociohistoria de la cultura se interesa además progresivamente en la materialidad del libro. Las obras sólo existen cuando cobran realidad física y estos dispositivos formales (la manera en que aparecen alineados los caracteres, la disposición en la página, etcétera) dirigen, en parte, la lectura. La relación a distancia que se establece entre el autor y el lector sólo puede establecerse en virtud del trabajo de una multitud de intermediarios: editores, libreros, vendedores ambulantes, sobre quienes la sociohistoria también enfocó sus proyectores.

Daniel Roche [1988, 2003] estudió las redes de sociabilidad nacidas de los progresos de la comunicación escrita. El mejoramiento de los medios de transporte (carreteras y canales), el desarrollo del correo y el fortalecimiento de la gendarmería fueron asimismo de importancia decisiva en la extensión de estas vinculaciones [Lepetit, 1984]. Mediante el estudio de la correspondencia intercambiada por los «republicanos de las letras» durante la Ilustración, Roche logró establecer las características de esta nueva sociabilidad. Para entrar en el intercambio epistolar con un personaje importante de esta «república», que se extiende entonces por toda la Europa de la cultura, hay que pagar un derecho de ingreso, ofrecer servicios con la esperanza de

obtener, como contrapartida, un reconocimiento. Así, se entablan relaciones de poder que funcionan como una nueva forma de solidaridad «horizontal», una relación de igualdad epistolar a despecho de las diferencias de condición social, de fortuna o de edad. El desarrollo de la prensa adquiere todo su sentido en este contexto. El periódico progresivamente le gana terreno a la carta, porque permite comunicarse con un público más amplio. Su influencia terminará por superar también la del libro, a causa de la continuidad y regularidad de su aparición.

Los lectores de Honoré de Balzac y de Eugène Sue.— Impulsada, al principio, por los historiadores de la Ilustración, esta línea de investigación se extendió desde hace poco al siglo xix. La democratización relativa de la lectura y de la escritura hace que las fuentes sobre este periodo sean más abundantes, lo cual ofrece la posibilidad de estudiar nuevos públicos. Investigaciones recientes sobre la correspondencia de Honoré de Balzac y de Eugène Sue demuestran que las relaciones entre autores y lectores se hicieron más igualitarias que en la época de la Ilustración, seguramente porque el público era ya más popular [Lyon-Caen, 2006]. Quienes escriben estas cartas se identifican con los personajes de las novelas, comparten sus sufrimientos. Casi todos dan una interpretación «realista» de esas ficciones y encuentran en ellas los defectos reales de su sociedad. Estos novelistas desempeñaron pues un papel esencial en el surgimiento de la definición contemporánea de lo «social». En un momento en que los partidos, en el sentido actual de término, no existen, se percibe al escritor como aquel que habla en nombre de los desdichados. Puesto que describe sus sufrimientos, es capaz de ponerse en su lugar.

El éxito de *Los misterios de París* de Eugène Sue, que primero apareció como novela por entregas en el

respetable *Journal des débats,* responde a las formas contradictorias de recepción de la obra y a la intensidad del escándalo que suscitó. Los conservadores se indignan ante el hecho de que alguien pueda complacerse en la descripción de los bajos fondos y dé con ella ideas perniciosas al pueblo. Otros lectores, pertenecientes al mismo medio, ven por el contrario en esas novelas una denuncia de las costumbres depravadas de las clases populares. Hasta entre los obreros se advierten opiniones contrapuestas. Algunos consideran a Eugène Sue el portavoz de su causa, mientras otros lo denuncian como agente de una manipulación interesada en las desdichas del pueblo y los acusan de predicar la filantropía como solución a la cuestión social, en lugar de las necesarias reformas políticas. Más allá de estas divergencias de puntos de vista, las novelas de Eugène Sue despiertan en todos los grupos de lectores un deseo de acción que se concreta en numerosos proyectos de reforma social dirigidos al escritor. Recíprocamente y para cultivar su notoriedad, éste tendrá que adaptarse a la imagen que el público ha creado de él. Durante la monarquía de Julio, en un contexto caracterizado por la radicalización de la vida política francesa, Sue adopta pues un perfil de escritor «comprometido» que a veces obra explícitamente como el portavoz del mundo obrero.

Las oyentes de Ménie Grégoire.— La invención de las técnicas audiovisuales dio lugar a la aparición de nuevos públicos vinculados por relaciones de interdependencia que presentan numerosos puntos en común con los que ya describimos en el caso de los historiadores del libro. El célebre programa de radio que condujo la periodista Ménie Grégoire en RTL, entre 1967 y 1981, marcó una etapa importante de la explotación de los recursos que ofrecen las técnicas radiofónicas para movilizar y modelar nuevos públicos. La innovación estriba aquí en el diálogo en «directo» (telefónico) establecido entre la periodista y sus oyentes seleccionados previamente por los responsables de la emisora, diálogo al cual «asisten» millones de personas (sobre todo mujeres) que escuchan cada día el programa. El punto en común con los lectores de las novelas de Eugène Sue está en el hecho de que los oyentes se identifican con las historias que se exponen públicamente. Los progresos técnicos contribuyen a reforzar los «efectos de realidad» porque desde entonces el contacto se establece, no ya por la mediación de un texto, sino gracias a la voz.

Nuevamente, comprobamos que la acción a distancia apela esencialmente a la movilización del registro emocional. Las cartas de estos oyentes reflejan una forma de implicación, generalmente vinculada con el deseo imperioso de hacerles conocer a los demás su sufrimiento, de denunciar una injusticia y, a veces, de confesar un pensamiento culpable, aprovechando, si es necesario, el anonimato que procura la distancia. Otro aspecto que comparte este programa con las novelas de Eugène Sue es que su éxito resulta, en gran parte, de la diversidad de las formas de recepción y del aroma a escándalo que lo rodea. Las críticas son contradictorias. Por un lado, los conservadores (católicos) condenan a la animadora porque ésta atenta contra los valores morales tradicionales de la sociedad francesa. Por el otro, los oyentes más politizados (con frecuencia, hombres) denuncian el uso interesado del sufrimiento de las personas que hace Grégoire en la radio al encerrarlo en un marco subjetivo que contribuye a despolitizarlo.

Cuestionada públicamente, Ménie Grégoire contó, sin embargo, con el enérgico apoyo de la mayor parte de su auditorio femenino, identificado con ella. Muchas oyentes estaban convencidas que la conductora misma debía

de haber experimentado grandes sufrimientos para comprender tan profundamente los de los demás. Esta presencia cotidiana de la voz en la casa convierte a la animadora en una confidente que ha entrado subrepticiamente en la intimidad de las familias. Se comprende pues por qué las oyentes juzgan que las críticas dirigidas a Ménie Grégoire son un atentado a su propia dignidad personal. Este ejemplo muestra en qué medida los periodistas pueden reclutar a su público para defender su propia causa en contra de quienes los critican, esos intelectuales considerados pretenciosos y despectivos respecto de la cultura popular.

A esto se agrega el hecho de que si bien la animadora comunica una visión del mundo que corresponde a su propio medio social, al mismo tiempo transmite un saber que las oyentes podrán utilizar como recurso para reorganizar sus propias identidades y, a veces, para modificar su conducta. Sin duda, Ménie Grégoire cumple una parte protagónica en la difusión de los valores feministas en los medios populares. La denuncia de las injusticias sufridas por las mujeres es, en efecto, un tema repetido de su programa. No es casual que, entre las oyentes asiduas haya una gran proporción de mujeres que permanecen aisladas en sus hogares y que habitan grandes complejos donde el anonimato es regla. Con todo, podemos percibir diferencias importantes en la recepción de este tipo de programas, según los medios socioprofesionales. La tendencia a interpretar las situaciones presentadas en la emisora en términos de felicidad/infelicidad es notablemente más fuerte en los ambientes culturalmente menos favorecidos. Las mujeres pertenecientes a las clases medias (muchas de las cuales se desempeñan en la función pública) a menudo se muestran más críticas y están más dispuestas a comprometerse cívicamente [Cardon, 1995].

Antropología y sociohistoria: el ejemplo de Nueva Caledonia

Las formas de dominación que resultan del privilegio que implica tener acceso a la escritura fueron estudiadas principalmente por los antropólogos. Los trabajos realizados desde hace unas tres décadas por Alban Bensa [2005] y su equipo en Nueva Caledonia ilustran la contribución que puede hacer esa disciplina a la sociohistoria. Aquí nos encontramos con un ejemplo extremo de las humillaciones a que fueron sometidas las poblaciones locales (los canacos o kanaks) por quienes poseían al comienzo el monopolio de la escritura (los colonos y los misioneros franceses). El término mismo, *canaque,* fue utilizado durante mucho tiempo como un insulto hasta en el lenguaje corriente. Estudios hechos por estos investigadores no sólo deconstruyeron los relatos colonialistas, sino también las mitologías sobre el «pensamiento salvaje» que la antropología estructuralista había alimentado durante la década de los cincuenta y la siguiente. A partir de entonces se impuso la investigación histórica, interesada en encontrar a los actores reales. Y mostró que los europeos, llegados en grandes cantidades a Nueva Caledonia en el siglo XIX, habían destruido el equilibrio existente en la sociedad local. Las formas de violencia que describieron como la emanación de una «cultura indígena ancestral» resultaban en realidad de una desestructuración de las relaciones sociales cuyos principales responsables eran los mismos europeos. El papel que desempeñó la escritura en la estigmatización de la cultura local explica que los canacos hayan resistido y se hayan esforzado por trasmitir, a toda costa, por vía oral su propia versión de la historia. Una vez que sus líderes hubieron adquirido a su turno los medios de comunicarse a distancia, estuvieron en condiciones de comprometerse en las luchas políticas por la independencia y comenzar

a fijar por escrito esas tradiciones orales, a fin de integrarlas en el seno de su memoria nacional.

La violencia física en los estadios de Gran Bretaña

Entre los estudios sociohistóricos dedicados a las actividades deportivas, quiero mencionar las investigaciones realizadas en Gran Bretaña por un equipo de sociólogos dirigidos durante mucho tiempo por Norbert Elias y Eric Dunning [1986]. Buen número de observadores cuestionaron la idea de que el deporte contribuiría a la pacificación de los comportamientos individuales, al evocar el fenómeno de los *hooligans* y el recrudecimiento de la violencia en los estadios. Un estudio, que utilizó como fuentes los archivos de los clubes de fútbol ingleses, mostró que en realidad la violencia había cambiado completamente de naturaleza con el transcurso del tiempo. Antes de la codificación y la profesionalización del fútbol, los conflictos oponían entre sí a los mismos jugadores, durante enfrentamientos sangrientos; así se avivaba la rivalidad de las comunidades locales que aprovechaban la ocasión para saldar sus cuentas. En el siglo XX, la violencia se desata casi siempre entre los espectadores. Estos autores destacan además que no se trata de un proceso lineal. Frecuentes antes de la Primera Guerra Mundial, esas disputas disminuyeron en el periodo de entreguerras y luego volvieron a aumentar a partir de 1966. Estos datos permiten sacar dos conclusiones.

La primera tiene que ver con la coyuntura económica y social. Cuando los obreros se integraron en las organizaciones de clase (los sindicatos) y cuando la actividad económica permitió que la mayor parte de ellos tuviera un empleo, las conductas violentas mostraron una tendencia decreciente. De modo que su reaparición puede explicarse atendiendo al debilitamiento de las estructuras de encuadramiento autónomo y a la crisis económica

reciente que redujo al desempleo a una gran cantidad de esos jóvenes británicos. La segunda conclusión está relacionada con la influencia que ejercieron los medios en los comportamientos populares. La violencia en los estadios aumentó a partir de 1966 porque, en esa época, la prensa inauguró una nueva manera de hablar del fútbol. Se destacaban los artículos de actualidad que cuestionaban el comportamiento de los espectadores para alimentar relatos sobre la degradación de la «imagen internacional de Gran Bretaña» en el momento en que el país se preparaba para organizar la copa mundial.

A partir de esa fecha, los periódicos tomarán la costumbre de enviar reporteros para que informen no sólo lo que sucede en el campo de juego sino también en las tribunas. La opinión pública tiene la sensación de que la violencia en los estadios es cada vez mayor porque ese tipo de incidente adquiere más visibilidad en las notas periodísticas. Esta evolución se produce en un contexto caracterizado por el surgimiento de un mercado del tiempo libre reservado a los adolescentes y el desarrollo de la televisión espectáculo y los tabloides. A partir de entonces, algunos espectadores, deseosos de llamar la atención sobre sí, aprovechan la «publicidad» de que goza la violencia. Según estos autores, los periodistas «en cierto modo provocaron el cumplimiento de su propia profecía y tuvieron una parte importante en el desarrollo del hooliganismo tal como éste se manifiesta hoy» [p. 363, sobre la sociohistoria del deporte en Francia, véase además Defrance, 2003].

CONCLUSIÓN
COMPROMISO Y DISTANCIAMIENTO

Para concluir este libro, me parece necesario abordar la cuestión de las relaciones entre el investigador y el ámbito de la política. Este es un terreno aún poco explorado por la sociohistoria y que, sin embargo, reviste una importancia capital, pues si los sociohistoriadores quieren reflexionar a fondo sobre la cuestión de la acción a distancia, no pueden evitar interrogarse acerca de su propia esfera de actividad.

La fórmula de Norbert Elias [1983], que retomo como título de esta conclusión, subraya perfectamente el problema que afrontan los investigadores de las ciencias sociales. Deseosos de producir conocimientos útiles para quienes combaten por un mundo mejor, deben, sin embargo, mantenerse a cierta distancia de la acción política, pues esa distancia es una condición imperativa de todo trabajo científico. Los instrumentos que proporciona la sociohistoria permiten esclarecer estas cuestiones y proponer soluciones al dilema del compromiso y el distanciamiento.

Objetividad y autonomía de la ciencia

Analizar las relaciones entre el hombre de ciencia y el ámbito de la política en una perspectiva sociohistórica exige concebir las ciencias sociales como una forma particular de actividad cultural. En este caso, la reflexión sobre la historia no se concentra en los discursos sino que hace hincapié en el estudio de las prácticas que vin-

culan a cierta cantidad de actores en el seno de una misma configuración.

Una concepción superada de la objetividad

Como vimos, en Francia la historia adquirió autonomía y alcanzó la condición de disciplina científica a fines del siglo XIX, al distanciarse de los discursos de la memoria. Los historiadores profesionales afirmaron entonces que los conocimientos que producían eran «objetivos» porque correspondían a la realidad y que tenía por objeto comprender la vida de los hombres de otras épocas en lugar de juzgarlos. Esta concepción de la objetividad fue enérgicamente criticada a partir de Mayo de 1968, primero por los historiadores y filósofos marxistas y luego por las feministas y los movimientos autodenominados «postcoloniales». Así se puso de manifiesto que hasta mediados de siglo XX, se había ignorado la historia de las clases populares, de las mujeres, de los inmigrantes o de los pueblos colonizados porque, hasta entonces, únicamente tenían acceso a las funciones universitarias los hombres pertenecientes a la burguesía intelectual. Para que esas esferas de estudio adquirieran legitimidad, hubo que esperar a que la universidad acogiera en su seno a investigadores procedentes de aquellos otros sectores. Valiéndose de estas comprobaciones, los historiadores más radicales afirmaron que el conocimiento objetivo no existía. Para la corriente «postmoderna», por ejemplo, cada historiador produce su propia verdad. Toda forma de saber resulta de una relación de poder, lo cual elimina la frontera entre la ciencia y la política. La única función cívica del historiador consiste, pues, en criticar el saber establecido.

El distanciamiento científico

También la sociohistoria considera que la definición de la objetividad dada por las generaciones previas de historiadores ha sido superada. Pero no por ello renuncia al ideal de verdad que anima el mundo de la ciencia, pues hacerlo implicaría un inexorable retroceso y una manera segura de promover las confusiones entre historia y memoria. El sociohistoriador aboga por una nueva concepción de la objetividad que ponga el acento en las prácticas de investigación y no ya en el objeto de la historia. Para Norbert Elias [1983], la objetividad del trabajo científico se asienta sobre todo en el hecho de que, a diferencia del artista, el investigador está sometido a una disciplina colectiva. En las ciencias de la naturaleza hay procedimientos de control institucionalizados que ponen freno a los deseos personales de los investigadores, los ideales y las pasiones políticas. Las teorías, los instrumentos que pueden utilizarse, las publicaciones especializadas son otros tantos factores objetivos que «enmarcan» rigurosamente las actividades científicas. Gracias a este proceso de distanciamiento el investigador puede cultivar el «desencanto emocional» que caracteriza la postura científica. El mejor criterio para apreciar el grado de objetividad alcanzado por una disciplina científica es, pues, medir la intensidad de las prácticas colectivas que vinculan entre sí a los miembros del grupo.

Observaciones sobre un tabú: las luchas de competencia en el mundo científico

Pero esa tarea se hace difícil por el hecho de que los investigadores de las ciencias sociales están siempre dispuestos a indagar todos los medios sociales, menos el propio. Norbert Elias [1983] explicó este fenómeno invocando las «incertidumbres (de los sociólogos) referentes al estado de su propio campo profesional y las an-

siedades concomitantes relativas al lugar que ocupan». Esta falta de seguridad permite comprender por qué, hasta ahora, los universitarios nunca quisieron admitir que también su propia esfera de actividad estaba regida por luchas de competencia. Como mostró Howard Becker [1986] en su trabajo sobre los departamentos de sociología de las universidades de los Estados Unidos, «los establecimientos de enseñanza superior pretenden constituir comunidades de intelectuales que discuten libremente y de manera altruista los temas de interés común, pero, en realidad, no es eso lo que sucede». Becker destaca que la competencia por los puestos y por el reconocimiento es uno de los principales motores de la actividad científica y, al mismo tiempo, uno de los factores más potentes de división interna.

Lo mismo puede comprobarse en el caso de los historiadores franceses. Poder decir con autoridad lo que es verdaderamente la historia constituye una de las aspiraciones esenciales de las luchas propias de ese ámbito. Desde fines del siglo XIX, la profesión se estructuró alrededor de la división tesis/síntesis. Sólo los novatos en la materia, que son también los más jóvenes, tienen la obligación de respetar al pie de la letra los principios del «método histórico» para poder entrar en el ruedo. En el extremo opuesto, los «veteranos» logran ascender, en general, sustrayéndose a esas normas para publicar escritos de síntesis que les permiten llegar a un público más vasto. Esta es la razón por la cual las definiciones del «oficio de historiador» varían en función de la posición institucional que ocupan unos y otros y de las relaciones que mantienen con el periodismo y la política. Teniendo todo esto en cuenta, es fácil comprender por qué el ejercicio público de la crítica es tan escaso. Si bien la crítica está presente en el centro de todo trabajo científico, quienes ocupan las posiciones dominantes en la disciplina

la perciben como una amenaza o como una injusticia [Noiriel, 1996, 2004].

A semejanza de Norbert Elias, el sociohistoriador considera que «la represión de un problema doloroso no ayuda a solucionarlo». Por eso juzga que, si uno quiere que esta disciplina alcance un grado superior de objetividad, no puede soslayar el análisis de las relaciones de poder que se dan en el mundo universitario.

Escritura y recepción de la historia

También es posible reflexionar sobre la cuestión del distanciamiento científico utilizando los instrumentos que creó la sociohistoria para estudiar la «escritura de la historia». Hasta el presente, este tema fue tratado en el marco de una epistemología histórica, defendida en los años setenta por historiadores como Michel de Certeau [1975] y Paul Veyne [1978]. En esta perspectiva, se busca sobre todo discernir el objeto de la historia y las relaciones entre la realidad y su representación textual. El sociohistoriador, por su parte, concibe la escritura de la historia como una forma de comunicación a distancia que relaciona al historiador con su «público». Para promover las prácticas colectivas en el seno de la disciplina, es necesario adoptar un lenguaje aceptado por todos, lo cual puede constituir un freno a la innovación. Este es otro de los dilemas que señaló insistentemente Norbert Elias [1970, p. 176]: «Si se abusa del derecho de los investigadores –como suele darse en ocasiones–, para incluir en el lenguaje nuevos términos que corresponden a ideas nuevas, se anula toda posibilidad de comunicación, tanto dentro de la propia especialidad como en las otras ciencias». Los historiadores epistemólogos, como Paul Veyne o Michel de Certeau, se toparon con este tipo de problema. El intento de «revolucionar» el vocabulario de los historiadores importando conceptos filosóficos incomprensibles para la mayor parte de ellos terminó en fracaso, pues esta estrategia estaba ba-

sada en una violencia simbólica que los historiadores no podían aceptar.

Asistido por la experiencia, el sociohistoriador prefiere un enfoque fundado en el diálogo. Esta es la solución que ya predicaba Marc Bloch [1928] cuando les proponía a sus colegas «una conciliación de nuestras terminologías y nuestros cuestionamientos». Bloch esperaba que, gracias a esta «buena voluntad mutua, progresivamente [se constituyera] un lenguaje científico común, en el sentido elevado del término, es decir, que sea colección de signos y, a la vez, orden de clasificación».

Estas observaciones sobre el vocabulario pueden extenderse a otros aspectos de la escritura de la historia. Una de las mejores maneras de fortalecer la objetividad del trabajo científico consiste en alentar la libre discusión y el intercambio de argumentos. La sociohistoria de las actividades culturales permite comprender por qué son tan escasos estos debates. Vimos, en efecto, que la escritura inauguraba una relación de interdependencia entre el que escribe y los que leen. Esta relación adquiere una forma particular en el mundo científico pues los lectores son también autores y viceversa. La sociohistoria contribuye a aclarar las formas de recepción de esos textos científicos agrupándolos en dos grandes conjuntos. Por una parte, existen lectores volcados a la *apropiación*. En este caso, el investigador sólo toma del texto que lee los elementos que le son útiles para sus propios escritos. Por otra parte, están los lectores cuyo objetivo es alimentar una *discusión*. Este es el nivel en el que hoy existe un déficit de comunicación. Como lo había hecho notar Michel Foucault [1984], los debates intelectuales recaen, sobre todo en Francia, en las lógicas polémicas que caracterizan el mundo político. El polemista se limita a aislar un dato o un argumento del discurso de su adversario, sin respetar su punto de vista ni la coherencia de su planteo. Se atribuye así una

autoridad soberana sobre su interlocutor condenando su texto a priori, sin apelación y contentándose con instruir el proceso en su contra. Basta dominar el arte de recortar las citas de su contexto para hacerle decir casi cualquier cosa a cualquiera.

Oponiéndose a esta lógica, el sociohistoriador propone una visión abarcadora. Antes de discutir un texto, hay que exponer la argumentación global y antes de expresar las divergencias es necesario enumerar los puntos de acuerdo. Si se la orienta en esta dirección, la discusión adquirirá la forma de controversia y no de polémica.

La importancia que el sociohistoriador asigna al intercambio de argumentos y al problema de la acción, explica el tipo de relación que mantiene con la filosofía. En su perspectiva, los historiadores no pueden pedirle al filósofo que arbitre en las luchas de competencia que los oponen, pues es imposible evaluar una esfera de actividad adoptando los criterios de otra. Para defender su trabajo ante quienes lo cuestionan en nombre de argumentos epistemológicos, el sociohistoriador apela a las filosofías llamadas «reactivas», pues éstas proporcionan los argumentos que necesitan quienes quieren defender su propia práctica contra todas las tentativas de dominación simbólica [Rorty, 1990; Bouveresse, 1998].

Reflexiones sobre el compromiso

El sociohistoriador no es un portavoz

A finales del siglo XIX, el triunfo de la democracia de masas implicó una separación irremediable de funciones entre el mundo de la política y el mundo de la ciencia. Por ello, el sociohistoriador afirma que los gobernantes no pueden usar directamente los conocimientos producidos por las ciencias sociales. Los problemas que se plantean

los ciudadanos no son, en efecto, problemas científicos. La política se basa en juicios de valor y en preocupaciones normativas. Sus actores se interrogan constantemente sobre lo que convendría hacer para que las cosas marchen mejor, al tiempo que denuncian a aquellos a quienes consideran responsables de sus desdichas. Los investigadores, por su parte, se esfuerzan por comprender más cabalmente la realidad tal cual es. Necesitan mucho tiempo para realizar sus indagaciones, por lo tanto siempre están algo atrasados en relación con la actualidad que, por definición, cambia día a día.

Los «padres fundadores» de la sociología, al comprobarlo, llegaron a la conclusión de que los investigadores no tenían ninguna lucidez particular en materia de política. Este punto de vista quedó ampliamente confirmado a lo largo del siglo XX. El sociohistoriador repudia la confusión entre ciencia y política por las mismas razones que ya había expuesto Max Weber en su famosa conferencia sobre el oficio del hombre de ciencia. A menudo esa confusión constituye un obstáculo al conocimiento científico. «Cada vez que un hombre de ciencia hace intervenir sus propios juicios de valor –subraya Weber [1919, pp. 89-91]– se pierde la posibilidad de una comprensión integral de los hechos.» Además, la mezcla de géneros puede considerarse como un abuso de poder. La universidad no es una institución igualitaria. En el anfiteatro, «el profesor tiene la palabra, pero los estudiantes están condenados al silencio». En esta conferencia (pronunciada en 1918, en un momento en que, en Alemania, la efervescencia revolucionaria había llegado al colmo), Max Weber denunciaba con vehemencia a los «miles de profesores, transformados en pequeños profetas privilegiados y remunerados por el Estado» que aprovechaban su posición para imponer «desde lo alto de su cátedra» sus puntos de vista políticos a los estudiantes.

Además, el sociohistoriador rechaza la confusión entre ciencia y política por una tercera razón. Como ya vimos, lo propio del discurso político es poner en escena a grupos y personajes colectivos fabricados a partir de un único criterio de identidad. Así, oímos hablar constantemente de los «jóvenes», de las «mujeres», de los «asalariados», de los «inmigrantes», de los «musulmanes», etcétera. El propósito de la sociohistoria es deconstruir estas entidades colectivas para recuperar a los individuos de carne y hueso, recordando constantemente que cada ser humano es una combinación única de una multitud de factores identitarios. Una de las tareas cívicas esenciales de la sociohistoria es combatir los estereotipos, lo cual exige luchar constantemente contra el lenguaje político mismo. Efectivamente, el mero hecho de intervenir en el espacio político en nombre de tal o cual categoría de víctimas contribuye a dar visibilidad a ciertos aspectos de la identidad de los individuos en detrimento de otras dimensiones, sin que esos individuos tengan derecho a la palabra. Las elecciones que se hagan de determinados aspectos pueden tener serias consecuencias pues orientan las formas de movilización política en direcciones muy diferentes. La sociohistoria de los intelectuales suministra los instrumentos para comprender el papel que desempeñan los «apoderados de la memoria» en estas lógicas de asignación de identidad [Noiriel, 2005].

Aclarar cuáles son las cuestiones políticas en juego

Si bien predica la separación estricta entre el hombre de ciencia y el político, ello no significa que el sociohistoriador defienda el repliegue de los investigadores en su torre de marfil. Los problemas que estudia a menudo se relacionan con las cuestiones críticas del presente. Siempre atento a las preocupaciones de su tiempo, se esfuerza por transformarlas en interrogantes científicos para

producir conocimientos que luego tratará de difundir más allá de los pequeños círculos de especialistas. La función del sociohistoriador no es promover tal o cual causa, por justa que ésta sea, pues nadie le ha pedido que sea su portavoz. Ciertamente, en su condición de ciudadano corriente, puede intervenir en los debates del momento, pero no tiene derecho a utilizar la ciencia para justificar sus propias opiniones. Se limita, en cambio, a revelar las problemáticas subyacentes, de modo tal que el ciudadano tenga la posibilidad de elegir con conocimiento de causa. Manteniéndose a distancia de la actualidad misma, el sociohistoriador también puede poner de relieve formas de sufrimiento social que no cuentan con ningún portavoz y que, por lo tanto, permanecen invisibles.

El lugar central que la sociohistoria otorga a la génesis de los problemas de la sociedad y de las relaciones a distancia permite poner al descubierto las presiones que pesan sobre los actores de la vida pública. Como vimos, en nuestras sociedades democráticas el poder depende de la capacidad de actuar sobre la mayor cantidad posible de individuos, y se ejerce gracias a inmensas cadenas de interdependencias, controladas, en parte, por los Estados burocráticos y, en parte, por las empresas capitalistas. Max Weber ya había señalado que cuando esas formas de dominación a distancia se instauraban plenamente, se hacían prácticamente indestructibles. Sus palabras se confirmaron en todas partes. La historia del comunismo mostró que hasta en los lugares donde se había atacado de frente tanto a la burocracia como al capitalismo, ambos terminaron por restablecerse más potentes que nunca. El primer deber del sociohistoriador es, pues, recordar la amplitud de imposiciones que sufren las acciones de los individuos, aun cuando estos cumplan funciones dirigentes, a causa de la multitud de interdependencias en las cuales están inmersos.

Hacerse oír en el espacio público

El sociohistoriador que se compromete en este tipo de indagación se topa con obstáculos que son el resultado de la separación de funciones. Desde que el investigador sale de su laboratorio para expresarse en el espacio público entra en competencia con los dos personajes que ocupan una posición dominante en esta esfera: el político y el periodista. Estos están siempre en una posición fuerte pues sus oficios les dan la posibilidad de llegar a un público mucho más amplio que el que está al alcance de los universitarios. Estos últimos pueden expresarse en la prensa, en la radio, a veces hasta en la televisión, pero con la condición de que acepten responder a las preguntas que interesan a los medios. De ahí las intensas tensiones que a menudo se dan entre los dos ámbitos.

Sin embargo, los investigadores no carecen de medios para difundir de manera autónoma los resultados de sus trabajos. El principal es de orden pedagógico. Gracias a la enseñanza, a los manuales escolares y universitarios siempre es posible llegar a un público más amplio que el de los especialistas. El segundo medio se asemeja más a la literatura. Como vimos en este libro, la comunicación escrita se dirige también a la esfera de las emociones y pone en juego los afectos. Émile Durkheim ya había hecho notar que «los conceptos que no estén en armonía con las otras creencias y opiniones serán negados [...], los espíritus se cerrarán a ellos y, en consecuencia, será como si no existieran» [1912, p. 625]. Esta comprobación se desprende del hecho de que, en general, los individuos buscan en las obras que leen elementos que respalden sus intereses, sus prejuicios, su identidad. Por lo tanto, hay que optar por maneras de escribir que estimulen la imaginación y susciten la simpatía, pues ése es el modo en que un escritor puede contribuir a cambiar las ideas de sus lectores y ayudarlos a ser más autónomos [Blum, 2001].

Los sociohistoriadores interesados en ahondar en la cuestión de la acción no pueden considerar que la producción del saber se detiene una vez que ellos han concluido su escrito. Es indispensable que sigan el derrotero de los conocimientos, desde el lugar donde fueron elaborados hasta sus últimos destinatarios. Además, deben tener la capacidad de traducir sus descubrimientos a lenguajes accesibles a los públicos a los que apuntan. Y, por último, es necesario que se movilicen para defender su saber en el espacio público, pues nadie lo hará en su lugar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGULHON, M., *La République au village,* París, Seuil, 1979.

ANDERSON, B., *L'imaginaire national* [1983], París, La Découverte, 1996 [ed. cast.: *Comunidades imaginadas,* México DF, Fondo de Cultura Económica, 1993].

BALIBAR, E., *La Philosophie de Marx,* París, La Découverte, «Repères», 1993 [ed. cast.: *La filosofía de Marx,* Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2004].

BARTHES, R., *Mythologies,* París, Seuil, «Points», 1957 [ed. cast.: *Mitologías,* Madrid, Siglo XXI, ²2009].

BEAUD, O., *La Puissance de l'État,* París, Presses Universitaires de France, 1994.

BEAUD, O. y PIALOUX, M., *Retour sur la condition ouvrière,* París, Fayard, 1999.

BECKER, H., *Écrire les sciences sociales* [1986], París, Economica, 2004.

BENSA, A. y GOROMIDO, A., *Histoire d'une chefferie kanak. Le pays de Koohnê (Nouvelle-Calédonie),* París, Karthala, 2005.

BERGER. P. Y LUCKMANN, T., *La Construction sociale de la réalité* [1966], París, Méridiens-Klincksieck, 1986 [ed. cast.: *La construcción social de la realidad,* Buenos Aires, Amorrortu, 1972].

BLOCH, M., «Pour une histoire comparée des sociétés européennes» [1928], *Mélanges historiques,* París, Éditions de l'EHESS, 1963.

—, *Les Caractères originaux de l'histoire rurale française,* París, Les Belles Lettres, 1931 [ed. cast.: *La Historia rural francesa,* Barcelona, Crítica, 1978].

—, *Seigneurie française et manoir anglais,* Cahiers des *Annales* 16 (1960), París, Armand Colin.
—, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* [1949], París, Armand Colin, 1993 [ed. cast.: *Apología de la historia o El oficio del historiador,* México DF, Fondo de Cultura Económica, 1996].
BLUM, H., *How to Read and Why,* Nueva York, Scribner, 2001.
BOIS, P., *Paysans de l'Ouest. Des structures économiques et sociales aux options politiques depuis l'époque révolutionnaire dans la Sarthe* [1960], París, Flammarion, «Champs», 1971.
BOLTANSKI, L., *Les Cadres. La formation d'un groupe social,* París, Minuit, 1982.
—, *L'Amour et la justice comme compétences,* París, Métailié, 1960 [ed. cast.: *El amor y la justicia como competencias,* Buenos Aires, Amorrortu, 2001].
—, *La Souffrance à distance,* París, Métailié, 1993.
BONINCHI, M., *Vichy et l'ordre moral,* París, Presses Universitaires de France, 2005.
BOURDÉ, G y MARTIN, H., *Les Écoles historiques,* París, Seuil, «Points», 1983 [ed. cast.: *Las escuelas históricas,* Madrid, Akal, 1992].
BOURDIEU, P., *La Distinction,* París, Minuit, 1979 [ed. cast.: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto,* Madrid, Taurus, 1988].
—, *Ce que parler veut dire,* París, Fayard, 1982 [ed. cast.: *¿Qué significa hablar?,* Madrid, Akal, 3 2008].
—, *La Noblesse d'Etat. Grandes écoles et esprit de corps,* París, Minuit, 1989.
—, *Sur la télévision,* París, Liber/Raisons d'Agir éditions, 1996 [ed. cast.: *Sobre la televisión,* Barcelona, Anagrama, 2007].
—, *Esquisse pour una auto-analyse,* París, Raisons d'Agir éditions, 2004 [ed. cast.: *Autoanálisis de un sociólogo,* Barcelona, Anagrama, 2006].

BOURDIEU, P. y SAYAD, A., *Le Déracinement,* París, Minuit, 1964.
BOUVERESSE, J., *Le Mythe de l'intériorité* [1976], París, Minuit, 1987.
—, *Le Philosophe et le réel,* París, Hachette, 1998.
BOYER, R., *Théorie de la régulation,* París, La Découverte, «Repères», 2004 [ed. cast.: *La teoría de la regulación, un análisis crítico,* Valencia, Alfons El Magnànim, 1992].
BRAUDEL, F., *La Méditerranée et le monde méditerrainéen à l'époque de Philippe* II, París, Armand Colin, 1949 [ed. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe* II, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1980].
BRAUDEL, F. y LABROUSSE, E. (dir.), *Histoire économique et sociale de la France,* París, Presses Universitaires de France, 4 vols., 1982-1986.
BUTON, F., «L'État et ses catégories comme objets d'analyse socio-historiques. Principes, modalités et limites de la production étatique des "handicapés sensoriales" au XIX siècle» en P. Laborier y D. Trom (dir.), *Historicités de l'action publique,* París, Presses Universitaires de France, 2003.
BUTON, F. y MARIOT, N., «Sociohistorie», *Encyclopedia Universalis,* «Les notionnaires», vol. 2, 2006.
CALHOUN, C., *Critical Social Theory,* Londres, Blackwell, 1995.
CARDON, D., «"Chère Ménie..." Emotions et engagements de l'auditeur de Ménie Grégoire», *Réseaux* 70 (marzo-abril de 1995).
CARR, E.-H., *Qu'est-ce que l'histoire?* [1961], París, La Découverte, 1988 [ed. cast.: *¿Qué es la historia?,* Barcelona, Ariel, 2010].
CEFAÏ, D. y PASQUIER, D. (dir.), *Le Sens du public. Publics politiques, publics médiatiques,* París, Presses Universitaires de France, 2003.

CERTEAU, M. DE, *L'Écriture de l'histoire,* París, Gallimard, 1975 [ed. cast.: *La escritura de la historia,* México, Universidad Iberoamericana, 2006].

—, *L'Invention du quotidien. 1. Arts de faire* [1980], París, Gallimard, «Folio», 1990 [ed. cast.: *La invención de lo cotidiano 1,* México, Universidad Iberoamericana, 2000].

CHAMPAGNE, P., *Faire l'opinion. Le nouveau jeu politique,* París, Minuit, 1990.

CHAPOULIE, J. M., *La Tradition sociologique de Chicago,* París, Seuil, 2001.

CHARLE, C., *Histoire sociale de la France au* XIX *siècle,* París, Seuil, «Points», 1991.

CHARTIER, R., *Les Origines culturelles de la Révolution française,* París, Seuil, 1990 [ed. cast.: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo* XVIII. *Los orígenes culturales de la Revolución francesa,* Barcelona, Gedisa, 1995].

— (dir.), *La Correspondance. Les usages de la lettre au* XIX *siècle,* París, Fayard, 1991.

—, *L'Ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe du* XVI[e] *au* XVIII[e] *siècle,* Aix-en-Provence, Alinéa, 1992 [ed. cast.: *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos* XIV *y* XVIII, Barcelona, Gedisa, 1994].

—, *Inscrire et effacer. Culture écrite et littérature* (XI[e]-XVIII[e] *siècles),* París, Éditions des Hautes Études/Gallimard/Seuil, 2005 [ed. cast.: *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos* XI-XVIII*),* Madrid, Katz, 2006].

COLLOVALD, A., «Histoire d'un mot de passe, le poujadisme. Contribution à une étude des "ismes"», *Genèses* 3 (marzo de 1991).

CORBIN, A., *Le Village des «cannibales»,* París, Aubier, 1990.

CROSSICK, G y HAUPT, H. G., *The Petite Bourgeoisie in Europe 1780-1914,* Londres, Routledge, 1995.

DAYAN, D. y KATZ, E., *La Télévision cérémonielle* [1992], París, Presses Universitaires de France, 1996.

DEFRANCE, J., *Sociologie du sport,* París, La Découverte, «Repères», 2003.

DELOYE, Y e IHL, O., «Des voix pas comme les autres. Votes blancs et nuls aux électionss législatives de 1881», *Revue française de science politique* 4 (1991).

DELOYE, Y, y VOUTAT, B. (dir.), *Faire de la science politique. Pour une socio-histoire du politique,* París, Belin, 2002.

DENIS, V. y MILLIOT, V., «Police et identification dans la France des Lumières», *Genèses* 54 (marzo de 2004).

DESROSIÈRES, A., *La politiques des grandes nombres,* París, La Découverte, 1993 [ed. cast.: *La política de los grandes números,* Barcelona, Melusina, 2004].

DESROSIÈRES, A. y THÉVENOT, L., *Les Catégories socioprofessionnelles,* París, La Découverte, «Repères», 1996.

DETIENNE, M. (dir.), *Les Savoirs de l'écriture en Grèce ancienne,* Lille, Presses Universitaires de Lille, 1988.

DUBOIS, V., *La Politique culturelle. Genèse d'une catégorie d'intervention publique,* París, Belin, 1999.

DUMONS, B. y POLLET, G., *L'État et les retraites,* París, Belin, 1994.

DURKHEIM, E., *De la division du travail social* [1893], París, Presses Universitaires de France, 1978 [ed. cast.: *La división del trabajo social,* Madrid, Akal, [4]2001].

—, *Les Règles de la méthode sociologique* [1895], París, Presses Universitaires de France, 1986 [ed. cast.: *Las reglas del método sociológico,* Madrid, Akal, [6]2001].

—, *Le Suicide* [1897], París, Presses Universitaires de France, 1983 [ed. cast.: *El suidicio,* Madrid, Akal, [6]2008].

—, *Les Formes élémentaires de la vie religieuse* [1912], París, Presses Universitaires de France, 1985 [ed. cast.: *Las formas elementales de la vida religiosa,* Madrid, Akal, 2007].

ELIAS, N., *La Civilisation des mœurs* [1969], París, Calmann-Lévy, 1973 [ed. cast.: *El proceso de civilización.*

Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1989].
—, *La Société de Cour* [1969], París, Calmann-Lévy, 1974 [ed. cast.: *La sociedad cortesana,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993].
—, *La Dynamique de l'Occident* [1969], París, Calmann-Lévy, 1975.
—, *Qu'est-ce que la sociologie?,* La Tour d'Aigues, L'Aube, 1991 (1970) [ed. cast.: *Sociología fundamental,* Barcelona, Península, 1995].
—, *Engagement et distantiation* [1983], París, Fayard, 1993 [ed. cast.: *Compromiso y distanciamiento,* Barcelona, Península, 2002].
—, *The Germans* [1989], Nueva York, Columbia University Press, 1996.
—, *Norbert Elias par lui-même* [1990], París, Fayard, 1991 [ed. cast.: *Mi trayectoria intelectual,* Barcelona, Península, 1995].
ELIAS, N. y DUNNING, E., *Sport et civilisation* [1986], París, Fayard, 1994 [ed. cast.: *Deporte y ocio en el proceso de la civilización,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1992].
FOUCAULT, M., *Surveiller et punir,* París, Gallimard, 1974 [ed. cast.: *Vigilar y castigar,* Madrid, Siglo XXI, 2005].
—, *Histoire de la sexualité. 1. La volonté de savoir,* París, Gallimard, 1976 [ed. cast.: *Historia de la sexualidad,* Madrid, Siglo XXI, 2005].
—, «Polémique, politique et problématisations» [1984], *Dits et Écrits,* t. 4, París, Gallimard, 1994.
GARCIA, A., *Libres et assujettis. Marché du travail et modes de domination au Nordeste,* París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1989.
GARRIGOU, A., *Le Vote et la vertu. Comment les Français sont devenus électeurs,* París, Presses de Sciences-Po, 1992.
GAXIE, D. (dir.), *Explication du vote. Un bilan des études électorales en France,* París, Presses de la FNSP, 1985.

GEERTZ, C., *The Interpretation of Cultures. Selected Essays,* Nueva York, Basic Books, 1973 [ed. cast.: *La interpretación de las culturas,* Barcelona, Gedisa, 2000].
GINZBURG, C., *Le Frommage et les vers,* París, Flammarion, «Champs», 1980 (1976) [ed. cast.: *El queso y los gusanos,* Barcelona, Península, [2]2008].
GIRAULT, R., *Histoire des relations internationales contemporaines,* París, Payot, 2004.
GONON, A., «Noms et changements de noms. Un aspect de la construction institutionnelle de l'identité japonaise (1868-1945), *Genèse* 13 (otoño de 1993).
GOODY, J., *La Raison graphique* [1977], París, Minuit, 1979 [ed. cast.: *La domesticación del pensamiento salvaje,* Madrid, Akal, [2]2008].
GUSFIELD, J., *Symbolic Crusade. Status Politics and the American Temperance Movement,* Urbana, University of Illinois Press, 1963.
HALBWACHS, M., *La Mémoire collective* [1950], París, Presses Universitaires de France, 1968 [ed. cast.: *La memoria colectiva,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004].
HOBSBAWM, E., *Nations et nationalisme depuis 1780* [1990], París, Gallimard «Folio», 1992 [ed. cast.: *Naciones y nacionalismo desde 1780,* Barcelona, Crítica, 2000].
HOGGART, R., *La culture du pauvre* [1957], París, Minuit, 1970 [ed. cast.: *La cultura obrera en la sociedad de masas,* México DF, Grijalbo, 1990].
HUMBOLDT, W. VON, *La Tâche de l'historien* [1821], Lille, Presses Universitaires de Lille, 1985 [ed. cast.: «Sobre la tarea del historiador», en *Escritos de filosofía de la historia,* Madrid, Tecnos, 1997].
HUNT, L. (dir), *The New Cultural History,* Berkeley, University of California Press, 1989.
JONES, G. S., *Languages of Class. Studies in English Working Class History (1832-1982),* Cambridge, Cambridge University Press, 1983 [ed. cast.: *Lenguajes de clase.*

Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982), Madrid, Siglo XXI, 1989].
KALIFA, D., *La Culture de masse en France. 1. 1860-1930,* París, La Découverte, 2001.
KOCKA, J., *Les Bourgeoisies européennes au* XIX *siècle,* París, Belin, 1996.
KOTT, S., *Le Communisme au quotidien. Les entreprises d'État dans la société est-allemande,* París, Belin, 2001.
LAHIRE, B. (dir.), *Le Travail sociologique de Pierre Bourdieu. Dettes et critiques,* París, La Découverte, 1999 [ed. cast.: *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu. Deudas y críticas,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2005].
LANGLOIS, C.-V. y SEIGNOBOS, C., *Introduction aux études historiques,* París, Hachette, 1898 [ed. cast.: *Introducción a los estudios históricos,* Alicante, Universidad de Alicante, 2009].
LATOUR, B., *La Science en action* [1987], París, Gallimard, «Folio», 1995 [ed. cast.: *Ciencia en acción, cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad,* Barcelona, Labor, 1992].
LAVISSE, E. (dir.), *Histoire de France,* 6 vols. París, Hachette, 1900-1911.
LEPETIT, B., *Chemins de terre et voies d'eau. Réseaux de transports. Organisation de l'espace,* París, Éditions EHESS, 1984.
— (dir.), *Les Formes de l'expérience. Une autre histoire sociale,* París, Albin Michel, 1995.
LÉVI, G., *Le Pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont au* XVII *siècle* [1985], París, Gallimard, 1989 [ed. cast.: *La herencia inmaterial, la historia de un exorcista piamontés del siglo* XVII, Madrid, Nerea, 1990].
LÉVI-STRAUSS, C., *Anthropologie structurale,* París, Plon, 1958 [ed. cast.: *Antropología estructural,* Barcelona, Paidós Ibérica, 2000].
LÜDTKE, A. (dir.), *Histoire du quotidien* [1989], París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1994.

LYON-CAEN, J., *Scènes de la vie sociale. Une histoire des usages du roman au temps de Balzac,* París, Perrin, 2006.
MARIOT, N., «"Propagande par la vue". Souveraineté régalienne et gestion du nombre dans les voyages en province de Carnot (1888-1894)», *Genèses* 20 (septiembre de 1995).
MARX, K., *Le Capital,* t. 1 [1897], París, Éditions sociales, 1972 [ed. cast.: *El capital,* Madrid, Akal, 2000].
MATTELART, A. y NEVEU, E., *Introduction aux Cultural Studies,* París, La Découverte, «Repères», 2003 [ed. cast.: *Introducción a los estudios culturales,* Barcelona, Paidós Ibérica, 2004].
MERLE, I., «Les *Subaltern Studies.* Retour sur les principes fondateurs d'un projet historiographique de l'Inde coloniale», *Genèses* 56 (septiembre de 2004).
MINARD, P., *La Fortune du colbertisme,* París, Fayard, 1998.
NOIRIEL, G., *Le Creuset français. Histoire de l'immigration* (XIX^{e}-XX^{e} *siècle),* París, Seuil, 1988.
—, *Réfugiés et sans papiers. La République face au droit d'asile,* XIX^{e}-XX^{e} *siècle,* París, Hachette, «Pluriel», 1998 (1991).
—, *Sur la «crise» de la histoire* [1996], París, Gallimard, «Folio», 2005 [ed. cast.: *Sobre la crisis de la historia,* Madrid/Valencia, Cátedra, 1997].
—, *Les Origines républicaines de Vichy,* París, Hachette, 1999.
—, *État, nation et immigration* [2001], París, Gallimard, «Folio», 2005.
—, *Penser avec, penser contre,* París, Belin, 2004.
—, *Les Fils maudits de la République. L'avenir des intellectuels en France,* París, Fayard, 2005.
NORA, P., *Les Lieux de mémoire,* París, Gallimard, vol. 1, 1987.
OFFENSTADT, N., «Annoncer la paix. Publication et sujétion pendant la guerre de Cent Ans», *Cahiers d'histoire* 66 (1997).

OFFERLÉ, M., «Illégitimité et légitimité du personnel politique ouvrier en France avant 1914», *Annales ESC* (julio de 1984).
—, «Descendre dans la rue. De la "journée" à la "manif"», en P. Favre (dir.), *La Manifestation,* París, Presses de la FNSP, 1990.
—, «Le vote comme énigme et comme évidence», *Genèses* 12 (mayo de 1993).
—, *Sociologie des groupes d'intérêt,* París, Montchrestien, 1994.
—, «Socio-histoire», en P. Perrineau y D. Reynié (dirs.), *Le Dictionnaire du vote,* París, Presses Universitaires de France, 2001.
ORY, P., *L'Histoire culturelle,* París, Presses Universitaires de France, «Que-sais-je?», 2004.
PARK, R. E. y BURGESS, E., *Introduction to the Science of Sociology,* Chicago, University of Chicago Press, 1921.
PARSONS, T., *The Social System,* Nueva York, The Free Press, 1951 [ed. cast.: *El sistema social,* Madrid, Alianza, 1999].
PÉCOUT, G., «La politisation des campagnes au XIX siècle. Réflexions sur l'histoire politique des campagnes françaises», *Histoire. Sociétés rurales* 2 (septiembre de 1994).
POLANYI, K., *La Grande Transformation* [1944], París, Gallimard, 1983 [ed. cast.: *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico,* Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1989].
PROST, A., *Douze leçons sur l'histoire,* París, Seuil, «Points», 1996 [ed. cast.: *Doce lecciones sobre la historia,* Madrid/Valencia, Cátedra, 2001].
PUDAL, B., *Prendre parti. Pour une sociologie historique du PCF,* París, Presses de la FNSP, 1989.
RÉMOND, R., *Les États-Unis devant l'opinion français 1815-1852,* París, Armand Colin, 2 vols., 1962.
— (dir.), *Pour une histoire politique,* París, Seuil, 1988.

REVEL, J. (dir.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience,* París, Éditions des Hautes Études/Gallimard/Seuil, 1996.
REYNIÉ, D., *Le Triomphe de l'opinion publique. L'espace public français,* París, Odile Jacob, 1998.
ROCHE, D., *Les Républicains des lettres. Gens de culture et Lumières au XVIII siècle,* París, Fayard, 1988.
—, *Humeurs vagabondes. De la circulation des hommes et de l'utilité des voyages,* París, Fayard, 2003.
RORTY, R., *Science et solidarité. La vérité sans le pouvoir,* París, L'Éclat, 1990.
ROSANVALLON, P., *Le Sacre du citoyen. Histoire du suffrage universel en France,* París, Gallimard, 1992.
ROUSSEAU, J.-J., *Du Contrat social* [1762], París, Seuil, «Points», 1977 [ed. cast.: *El contrato social,* Madrid, Istmo, 2004].
RUHLMANN, J., *Ni bourgeois ni prolétaires. La défense des classes moyennes en France au XX^e siècle,* París, Seuil, 2001.
SAADA, E., *La Question des «métis» dans les colonies françaises: socio-histoire d'une catégorie juridique,* tesis EHESS, 2 vols., 2001.
SEIGNOBOS, C., *Études de politique et d'histoire,* París, Presses Universitaires de France, 1934.
SIEGFRIED, A., *Tableau politique de la France de l'Ouest,* París, Armand Colin, 1913.
SIMIAND, F., *Le Salaire, l'évolution sociale et la monnaie,* París, Félix Alcan, 1932.
—, *Méthode historique et esciences sociales* [1903], París, Éditions des Archives contemporaines, 1987.
TARDE, G., *L'Opinion et la foule* [1901], París, Presses Universitaires de France, 1989 [ed. cast.: *La opinión y la multitud,* Madrid, Taurus, 1986].
THOMPSON, E. P., *La Formation de la classe ouvrière britannique* [1963], París, Éditions des Hautes Études/Gallimard/Seuil, 1988 [ed. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Barcelona, Crítica, 1989].

TILLY, C., *Contrainte et capital dans la formation de l'Europe, 990-1990* [1990], París, Aubier, 1992 [ed. cast.: *Coerción, capital y los estados europeos (990-1990),* Madrid, Alianza, 1992].
TOPALOV, C., *Naissance du chômeur 1880-1910,* París, Albin Michel, 1994.
VEYNE, P., *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie,* París, Seuil, «Points», 1978 [ed. cast.: *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología,* Madrid, Fragua, 1972].
VOVELLE, M., *De la cave au grenier,* París, Serge Fleury, 2000.
WEBER, M., *Économie et societé. 1. Les catégories de la sociologie* [1922], París, Plon, «Agora», 1995 [ed. cast.: *Economía y sociedad,* México DF, Fondo de Cultura Económica, 1944].
—, *Le Savant et le politique* [1919], París, Plon, 1959 [ed. cast.: *El político y el científico,* Madrid, Alianza, 1999].
WEHLER, U.-H., *Essais sur l'histoire de la société allemande, 1870-1914,* París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 2003.
ZIMMERMANN, B., *La Constitution du chômage en Allemagne, entre professions et territoires,* París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 2001.